



Universidad Autónoma de Querétaro
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales
Maestría en Ciencias Sociales

“Construcción de la identidad y la pertenencia socio territorial en un barrio de Querétaro. El caso de San Francisquito”

Tesis

Que como parte de los requisitos para obtener el Grado de
Maestro en Ciencias Sociales

Presenta

Ricardo Severino Amezcua

Dirigida por:

Dra. Lorena Erika Osorio Franco

Lorena Erika Osorio Franco
Presidente

Diana Patricia García Tello
Secretaria

Ovidio Arturo González Gómez
Vocal

Pablo José Concepción Valverde
Suplente

Emiliano Duering Cufre
Suplente

Centro Universitario, Querétaro, Qro.
Fecha de aprobación por el Consejo Universitario, diciembre 2024

La presente obra está bajo la licencia:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>



CC BY-NC-ND 4.0 DEED

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional

Usted es libre de:

Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato

La licenciante no puede revocar estas libertades en tanto usted siga los términos de la licencia

Bajo los siguientes términos:



Atribución — Usted debe dar [crédito de manera adecuada](#), brindar un enlace a la licencia, e [indicar si se han realizado cambios](#). Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.



NoComercial — Usted no puede hacer uso del material con [propósitos comerciales](#).



SinDerivadas — Si [remezcla, transforma o crea a partir](#) del material, no podrá distribuir el material modificado.

No hay restricciones adicionales — No puede aplicar términos legales ni [medidas tecnológicas](#) que restrinjan legalmente a otras a hacer cualquier uso permitido por la licencia.

Avisos:

No tiene que cumplir con la licencia para elementos del material en el dominio público o cuando su uso esté permitido por una [excepción o limitación](#) aplicable.

No se dan garantías. La licencia podría no darle todos los permisos que necesita para el uso que tenga previsto. Por ejemplo, otros derechos como [publicidad, privacidad, o derechos morales](#) pueden limitar la forma en que utilice el material.

Dedicatoria

Esta tesis está dedicada a los habitantes del barrio de San Francisquito en Querétaro, quienes han hecho de él un lugar emblemático a través de su cultura y sus tradiciones; permitiéndoles resistir y continuar la lucha por aquellas cosas que importan tanto: Su cultura, su historia, su memoria, el territorio, la tierra, el agua y la vida.

Agradecimientos

Primeramente, me gustaría agradecer a mi madre y mi padre, Silvia y Jaime, quienes con su amor y apoyo incondicional me han impulsado para llegar a cada una de las metas que me he propuesto, y que, sin ellos nunca hubiera considerado siquiera alcanzar.

A mi compañera de vida, Dulce, quien con amor y paciencia nunca dejó de recordarme la capacidad que tengo para cumplir mis propósitos, y que sin ella tal vez nunca lo hubiera creído.

A Vanesa mi hermana mayor, quien siempre fue apoyo y orientación en mi vida académica, así como mi modelo a seguir.

A mis sobrinos Iñaki y Víctor quienes siempre han sido mi motivo para ser mejor en cada aspecto de mi vida.

A mi asesora, la Dra. Lorena, quien orientó cada paso de esta tesis y con su gran paciencia me permitió encarrilarme nuevamente en la vida académica.

A los habitantes del barrio de San Francisquito por permitir adentrarme un poco en sus vidas y conocer aquello que es importante para ellos.

Así mismo, un gran agradecimiento a CONAHCYT por brindarme la oportunidad de continuar mis estudios gracias a la beca que se me otorgó.

Resumen

El trabajo derivado de esta investigación surge a razón de la relación existente entre la ciudad y los espacios que la conforman, siendo el barrio una pieza significativa en la configuración de la ciudad. En ese sentido, el crecimiento urbano es un fenómeno que ha tenido un impacto significativo en los diversos espacios que componen la ciudad, obligando a cambios en las dinámicas socioculturales, económicas, comerciales y políticas que integran dichos espacios. El barrio de San Francisquito, como parte de la ciudad de Querétaro, es un referente importante de la ciudad misma a partir de su cultura y tradiciones, siendo este un espacio que al paso de los años se identifica como un referente de resistencia ante los cambios propiciado por el crecimiento de la ciudad; el barrio, ha desarrollado una identidad única que se manifiesta y se materializa a través de la organización vecinal, celebración de fiestas patronales, delimitación de espacios físicos, así como su posicionamiento ante los cambios críticos que amenazan su territorio.

Palabras clave: Barrio, Cultura, Identidad, Territorio.

Abstract

The work derived from this research arises from the existing relationship between the city and the spaces that make it up, being the neighborhood a significant piece in the configuration of the city. In that way, urban growth is a phenomenon that has had a significant impact on the various spaces that make up the city, forcing changes in the socio-cultural, economic, commercial and political dynamics that make up these spaces; The neighborhood of San Francisquito as part of the city of Queretaro is an important reference of the city itself from its culture and traditions, being this a space that over the years has articulated its positioning as a reference of resistance to the changes brought about by the growth of the city, the neighborhood has developed a unique identity that is manifested and materialized through the neighborhood organization, celebration of festivals, delimitation of physical spaces, as well as its positioning to the critical changes that threaten its territory.

Key words: Neighborhood, Culture, Identity, Territory

Índice

Contenido

Dedicatoria	2
Agradecimientos	3
Resumen	4
Abstract	4
Índice	5
Capítulo I. Introducción	7
1.1 <i>Planteamiento del problema</i>	8
1.2 <i>Pregunta y objetivos</i>	14
1.3 <i>Justificación</i>	15
1.4 <i>Estado de la cuestión</i>	16
Capítulo II. Marco Teórico	27
2.1 <i>Entendiendo la Cultura</i>	27
2.2 <i>Identidad: ¿Cómo nos construimos?</i>	32
2.2.1 <i>La identidad desde lo colectivo</i>	35
2.2.2 <i>Lo vecinal como identidad</i>	37
2.3 <i>Territorio: delimitaciones de lo nuestro</i>	41
2.4 <i>Pertenencia socio territorial</i>	45
2.5 <i>La memoria colectiva como cimiento de la identidad y la historia local</i>	47
2.6 <i>El barrio</i>	52

Capítulo III. Estrategia metodológica	56
3.1 <i>Construcción del objeto de estudio.....</i>	<i>59</i>
3.2 <i>Ruta de la investigación.....</i>	<i>65</i>
3.3 <i>La observación</i>	<i>66</i>
Capítulo IV. Conocer el pasado para entender el presente	72
Capítulo V. La pertenencia socioterritorial en el barrio de San	
Francisquito	80
5.1 <i>Las prácticas culturales (subjetivas y objetivadas)</i>	<i>82</i>
5.2 <i>La Identidad (colectiva y vecinal).....</i>	<i>89</i>
5.3 <i>El territorio (Fronteras – físicas y simbólicas, lugares importantes y</i> <i>espacio).....</i>	<i>102</i>
Capítulo VI. Conclusiones	107
Bibliografía	112

Capítulo I. Introducción

Los estudios socioculturales resultan de gran importancia al momento de enfocar el entorno urbano, si bien la ciudad es un elemento que se constituye de ciertas características que le dan sentido, los procesos sociales, políticos, económicos y/o culturales que suceden, o que pueden suceder, son un indicador de la relevancia sociocultural que albergan las ciudades. En ese sentido, los barrios son un componente importante al momento de entender los procesos urbanos que acontecen en la ciudad, así mismo, son una referencia relevante al momento de hablar de procesos socioculturales urbanos; sus dinámicas, configuraciones, tradiciones y/o costumbres, organización y su historia, permiten plantear un proponer una nueva visión sobre las ciudades para la Ciencias Sociales, puesto que son un espacio que se articula a la ciudad y que en éste se reflejan los continuos cambios, permitiendo observar qué permanece y qué cambia en el barrio desde una perspectiva sociocultural.

En ese sentido, la presente tesis pretende brindar, en un primer momento, una mirada crítica ante el crecimiento de la ciudad y sus afectaciones territoriales y socioculturales a un espacio como el barrio de San Francisquito, situado en el corazón de la Ciudad de Querétaro; un barrio que a través del paso del tiempo ha logrado permanecer a través de sus tradiciones y costumbres, así como por la pertenencia socio territorial que arraiga a diferentes generaciones de familias que viven en el barrio.

El orden de este trabajo, si bien refiere a un aspecto académico, esta propuesto en función de que el lector pueda situarse, primeramente, en el planteamiento del problema a través del cual pueda entender el contexto actual del tema trabajado para posteriormente situarse ante las bases, teóricas, históricas y metodológicas que permitirán sustentar el trabajo realizado, así como dar respuesta a las preguntas y objetivos planteados en la tesis. Posterior a esto, el lector podrá disponer de los resultados obtenidos en el trabajo de campo, así como de los principales hallazgos, finalmente cierro con conclusiones.

1.1 Planteamiento del problema

La investigación de la ciudad como objeto de estudio ha permitido, a través de los años, establecer y redefinir nuevos horizontes conceptuales que permiten entender la complejidad de esta y las formas en las que se constituye. Uno de los elementos importantes que constituye a la ciudad, tiene que ver con un proceso cuyas implicaciones generan transformaciones en el espacio a través del cual se entiende la ciudad y sus características. En ese sentido, la urbanización entendida como un proceso de crecimiento espacial, se expande buscando el aprovechamiento de los espacios para ampliar su superficie.

El crecimiento urbano de Querétaro no es una novedad, la década de los años setenta marcó el inicio de un proceso tardío de industrialización en el estado relacionado a las entonces políticas federales ya vigentes en el país sustentadas en el modelo de sustitución de importaciones. La elección del espacio queretano como apuesta para la instalación de industrias nuevas tiene que ver, en un primer lugar, con la cercanía a la Ciudad de México, cuya área metropolitana concentraba gran parte del asentamiento industrial en aquel momento y con las políticas limitativas de instalación a la industria nueva en aquella ciudad. Así mismo, la relación con una de las carreteras más importantes del país (Carretera Federal 57), cuyo recorrido es parte; y, uno de los tramos de ésta, de las vías principales que recorren al Estado de Querétaro. En ese sentido, desde esa década, se generó una estrategia que permitía establecer un mayor equilibrio en cuanto al desarrollo económico de otros estados de la República, a partir de la descentralización de las actividades industriales concentradas en la Ciudad de México. (Icazuriaga y Osorio, 2007)

Lo anterior puede entenderse como un parteaguas importante del proceso de industrialización en Querétaro. A partir de estas acciones, en décadas posteriores existieron diversos cambios en los modelos y políticas económicas (el cambio al Tratado de Libre Comercio) que propiciaron un mayor crecimiento industrial, comercial y por ende de la ciudad en términos de infraestructura. Así como cambios sustanciales en las dinámicas de la ciudad, relacionadas a la inversión extranjera, la instalación de empresas internacionales, la gran oferta

laboral y con ello un proceso migratorio atraído por el incremento de la oferta laboral en el Estado. (Icazuriaga y Osorio, 2007)

En relación con lo anterior, el fenómeno migratorio influenciado por la oferta de empleo y la búsqueda de una mejor calidad de vida ocurrió hacia el estado queretano por diversos factores como la promoción estatal de que es un Estado seguro, la oferta de empleo, el crecimiento y los desarrollos industriales e inmobiliarios. En ese sentido, desde entonces, el aumento de la población ha resultado significativo, ya que según datos obtenidos a través de la página de gobierno “Data México”, hasta 2020, en el municipio de Querétaro, hubo un crecimiento poblacional arriba del 30% en comparación con 2010. Así mismo, de acuerdo con datos del Anuario económico 2022, Querétaro se posiciona en el lugar número nueve, a nivel nacional, con el mayor número de habitantes nacidos en otra entidad. Además, de 2010 a 2020 se dio un crecimiento de 62.6% en la cuantía de población inmigrante (686,545 personas). Por otro lado, también se incrementó el número de viviendas habitadas en el estado ya que de 2015 a 2020 hubo un crecimiento de 1.9%, así como un promedio de 3,5 personas por vivienda. (Anuario económico, 2022)

Simmel (citado en Osorio, 2015) plantea que, dentro de la ciudad, el concepto de individuo toma fuerza debido a que se le confiere una característica de autoconservación, debido a que dentro del espacio urbano permea la imposibilidad de generar estímulos positivos a cada una de las interacciones que pueda tener con cada uno de los habitantes de la ciudad, ya que esto implicaría su atomización y una carga psíquica inconmensurable.

Es evidente que Querétaro es un estado cuya población ha crecido con el paso de los años, los cambios en la infraestructura de las vialidades principales como Constituyentes y 5 de febrero, el crecimiento del Centro Histórico hacia lo que en su momento pudieron considerarse como periferias, la apuesta turística enfocada en los programas de “Pueblos Mágicos” y “Barrios Mágicos”, cuya propuesta se enfoca en “mejorar” la estética de los lugares que son inscritos a este programa. Dichos programas atienden a características similares implementadas en

contextos diferentes, como menciona la página de Gobierno de México, estos programas se encuentran alineados al Programa sectorial de Turismo, por lo cual, parten de los mismos objetivos para la elaboración de dichos programas “identificar, poner en valor y conservar los usos, costumbres, territorios, identidades y culturas de nuestras poblaciones con vocación turística, así como apoyar la conservación y regeneración de su patrimonio cultural, natural y biocultural.” (Gobierno de México, 8 de septiembre de 2022)

Dado el crecimiento urbano que ha tenido la Ciudad de Querétaro, desde los años noventa a la actualidad, la configuración de la ciudad se ha modificado poco a poco con relación a un proceso de crecimiento acelerado que ha logrado permear en diferentes sectores de la población. Desde el mismo Centro Histórico de la ciudad, hasta las colonias y barrios aledaños, expandiendo cada vez más la mancha urbana de norte a sur, lo que es un indicativo de la fuerza que en el estado ha alcanzado el capital inmobiliario.

El Querétaro contemporáneo empezó a ser fragmentado espacialmente por la sobreposición de la infraestructura del transporte desde el siglo XIX, como las vías ferroviarias en su momento de expansión que, junto con el trazado de los tranvías de mulitas reconfiguraron la mancha urbana; así como vialidades y autopistas en tiempos más recientes. Ahora la ciudad está fragmentada espacialmente, formando un archipiélago de pequeñas islas urbanas ya sea como comunidades cerradas o como barrios. (Philibert y Hernández, 2018)

En ese sentido, la industrialización y el proceso de urbanización encuentran su tangibilidad en el desarrollo de la ciudad como elemento vivo del tan llamado progreso. De tal forma que las ciudades como puntos de conglomeración humana destinados a la productividad, el comercio, los servicios, el ocio, la recreación y el turismo, desarrollan componentes de socialización que permean en los individuos y dan pie a la conformación de grupos humanos vinculados a través de prácticas, opiniones, situaciones y/o contextos de la realidad en común, estos a su vez, articulados por un sentimiento de pertenencia. Resulta importante entender que, dentro de los procesos de crecimiento de la ciudad, existen elementos cuyas

particularidades constituyen la consolidación de estilos de vida, a través de los cuales las personas habitan el espacio urbano. Por lo tanto, un elemento derivado de la configuración, morfología y el crecimiento de la ciudad es el barrio, cuyo nacimiento va de la mano con la ciudad y donde la realidad alberga aspectos culturales relacionados al sentido de pertenencia, la construcción de identidades, usos, costumbres y tradiciones como ejercicios que permiten reafirmar la pertenencia y la identidad de los habitantes del barrio, así como delimitar espacios físicos donde se recrean prácticas y valores.

En relación con lo anterior, es notorio como el llamado “progreso” ha logrado modificar algunos de los lugares más antiguos y emblemáticos de la ciudad, buscando explotar el potencial turístico y comercial que estos lugares pueden ofrecer a través de mecanismos (como el cambio de uso de suelo y/o el incremento del valor de renta) que obligan a la población originaria a dejar su residencia. Barrios de la ciudad de Querétaro como La Cruz, El Tepetate, Santa Ana o San Francisquito han sido absorbidos por el crecimiento urbano, dando pie a cambios en las dinámicas socioculturales, espaciales y económicas existentes en cada uno de estos lugares.

Una de las causas es el creciente interés de las actividades turísticas por instalar en las áreas patrimoniales, las cuales ofrecen "rentas patrimoniales" indudables: de esta manera, buena parte del Centro Histórico se ha visto conquistado por la presencia de hoteles boutiques, restaurantes y tiendas ligadas al ocio y al turismo: su mercado no es solo el de los turistas que provienen de otras áreas del país (esencialmente de la ciudad de México) sino también las nuevas burguesías y la clase media local considerablemente infladas por la bonanza económica de la capital estatal (Hiernaux y González, 2014)

En Querétaro existen diferentes barrios, cuyos elementos identitarios se han construido y fortalecido a partir de la reproducción de dinámicas relacionadas a la

tradición, los usos y las costumbres recuperadas desde generaciones atrás. De tal forma que pudiera parecer que existe una polarización con las dinámicas socioeconómicas que el Estado ha tenido en función del crecimiento urbano e industrial. Dentro de los diversos sectores de la ciudad, las implicaciones del crecimiento industrial y urbano han tenido diferentes afectaciones relacionadas al contexto dando pie a la modificación de dinámicas o adaptación a ellas como parte de un proceso de construcción de estos espacios, que va desde lo físico como la infraestructura y el territorio, hasta aspectos más subjetivos como la construcción de identidades y el sentido de pertenencia y de comunidad.

En relación con lo anterior, la cultura y la construcción de identidades son elementos que constituyen la configuración de los barrios urbanos como un espacio a través del cual diversos elementos adquieren significados relevantes para la población que los habita. Así mismo, esta construcción de las identidades no resulta exclusiva de los barrios. A pesar de las diferencias contextuales y las particularidades propias de la estructura, el territorio y la población, la relación en cuanto a la construcción de identidades de los barrios, localidades y pueblos, permite dimensionar la importancia del estudio de identidades y su relación a los procesos de crecimiento urbano que tienen implicaciones en ellos. Pueblos como el de San Miguel Carrillo (al norte de la ciudad), cuya conformación socio territorial se encuentra relacionada a las implicaciones de la urbanización de la ciudad, conserva elementos socioculturales muy demarcados que han permitido a sus habitantes establecer un arraigo al territorio a través de la recreación de la identidad mediante la conservación de tradiciones y costumbres.

Para los carrillenses, el pueblo se construye en términos de temporalidad: entre el antes y el ahora (a partir de la memoria) y de espacialidad: el adentro y el afuera. Un elemento que contribuyó a esta construcción es la invasión -real y simbólica- de la ciudad, la zona industrial y las colonias. Ante la invasión, el sentido de pertenencia, como un atributo de la identidad social, lo que implica una auto identificación y

heteroidentificación (en ese sentido, las identidades sociales son relacionales) se construye en un complejo proceso histórico de acuerdos, negociaciones, conflictos y tensiones. (Giménez, 2007, citando en Osorio, 2020, p. 65)

Ciertamente el crecimiento urbano ha tenido injerencia en las dinámicas socioeconómicas de los diferentes sectores de la ciudad, viéndose orillada hacia procesos industriales y comerciales, sobre todo del centro de la ciudad donde las transformaciones han sido más profundas respecto al sector turístico donde se orientan hacia una tercerización del turismo como principal fuente de ingresos económicos, guiando su orientación hacia cambios que poco benefician a los habitantes de algunos barrios porque se encarecen los servicios y el impuesto predial de la zona centro de la ciudad; lo que termina desplazando de habitantes originarios, ya que éstos no pueden costear dichos incrementos. Estos espacios suelen ser importantes para los habitantes, ya que son lugares que destacan por su historicidad, las actividades que se realizan en él o porque son un referente identitario, como en el caso del barrio El Tepetate, donde a través del programa “Barrios Mágicos” el espacio y las dinámicas sociales han sufrido modificaciones que fueron realizadas con el fin de convertirlos en espacios turísticos con alta derrama económica.

Los cambios y transformaciones que derivan de este programa de gobierno (“Barrios Mágicos”) no pasaron desapercibidos. Comenzaron con la reconstrucción del mercado de El Tepetate (después de sufrir un incendio), lugar emblemático que identifica al barrio y que congrega a usuarios de toda la ciudad por sus bajos costos. A la par de la reconstrucción del mercado, los gobiernos municipal y estatal se dieron a la tarea de la restauración de las calles que rodean la zona, ambos proyectos han sido tema de controversia en la agenda mediática y política del estado. De tal forma que, a este

lugar ya no solo se le conoce por su "mercado tradicional" o por su dinámica de trabajo, sino que se busca convertirlo en un referente turístico. A pesar del cambio a "barrio mágico" los beneficios no han llegado a la mayoría de los habitantes de este barrio popular. (Agüero, 2021)

Comúnmente, a la par de los cambios espaciales y económicos, devienen importantes transformaciones socioculturales. Partiendo de esta premisa, en esta tesis se buscó profundizar sobre estos aspectos en uno de los barrios populares y con mayor reconocimiento de la ciudad de Querétaro: San Francisquito. Es uno de los barrios más antiguos de la ciudad, su origen se remonta al siglo XVI y resulta de interés saber ¿por qué pese al crecimiento urbano, que a su paso invisibiliza este tipo de lugares, este barrio ha logrado subsistir preservando su espacialidad (su territorio) y su identidad?

1.2 Pregunta y objetivos

¿Por qué pese al proceso de urbanización persisten elementos identitarios y una fuerte pertenencia socio territorial al barrio de San Francisquito? Para responder a esta pregunta se plantean los siguientes objetivos.

General

Identificar los referentes identitarios que, pese a la urbanización, generan pertenencia socio territorial entre los habitantes del barrio de San Francisquito.

Específicos

1. Analizar los elementos físicos y espaciales que contribuyen a la construcción de la pertenencia socio territorial de los habitantes del barrio.

2. Conocer de qué manera influye la memoria colectiva en el arraigo al barrio de San Francisquito.
3. Conocer los cambios se han dado en las dinámicas, actividades y vida cotidiana del barrio.
4. Identificar los elementos culturales subjetivados (o interiorizados) y objetivados que contribuyen a mantener la identidad social de los habitantes del barrio.

1.3 Justificación

La universidad como institución pública promueve, a través de su producción académica, conocer y reconocer elementos de la realidad que a simple vista pareciera alejados de cada uno de los actores que componen el espacio social, incluyendo académicos y estudiantes. La importancia del ejercicio de la investigación sobre temas que acontecen dentro de una realidad radica en poder visibilizar elementos, dinámicas, configuraciones, prácticas, realidades, que componen el día a día del quehacer cotidiano. Desde la perspectiva más amplia involucrada con la estructura social, hasta su determinación sobre el sujeto y su forma de relacionarse, existen diversidad de elementos que contienen un aspecto importante que puede y debe ser estudiado. En ese sentido, las dinámicas sociales se encuentran cargadas de componentes socioculturales que les dan sentido a través del espacio, las prácticas, las creencias. De tal forma que resulta pertinente la tarea de analizar y comprender la interacción social a distintos niveles.

En relación con lo anterior, esta investigación, que parte de una perspectiva sociológica en articulación con la antropología urbana, busca precisamente un acercamiento a un proceso cuyos elementos de identidad, cultura y territorio, juegan un papel fundamental dentro de la cultura urbana. El estudio sobre la identidad del barrio de San francisquito como un espacio atravesado por dinámicas socioeconómicas relacionadas al crecimiento urbano de la Ciudad Querétaro y dinámicas socioculturales relacionadas a la recuperación y fortalecimiento de las tradiciones y costumbres, resulta pertinente como parte de un proceso que está

generando resistencia, y que en comparación con otros espacios que llegaron a pasar por los mismos procesos, los habitantes del barrio han buscado alternativas para consolidar su identidad como barrio y conservar la mayor parte del área (espacio físico) que conforma el barrio. Esto, resulta relevante al momento de estudiar la Ciudad y los elementos que la componen, así como para entender los procesos socioculturales que surgen en los espacios que existen en la misma. Los barrios, son un componente urbano que puede a través de procesos culturales, identitarios y territoriales de gran magnitud, los cuales son de gran relevancia para entender la forma en que los habitantes de la ciudad, y sobre todo de espacios como los barrios, se constituyen como habitantes a través de la configuración de elementos tradicionales, culturales y sociales, que permean dentro del espacio que habitan, así como en la ciudad, siendo de gran importancia el entendimiento de la ciudad y sus habitantes. Por lo tanto, resulta pertinente identificar si es necesario repensar el crecimiento de las ciudades, ya que existe un dinamismo en la forma en que se da este crecimiento, generando cambios en las dinámicas económicas, sociales y culturales cuyo impacto se puede ver reflejado en situaciones de marginación, deficiente infraestructura, así como la estandarización de un modelo comercial y habitacionales pensado para solo un sector social.

1.4 Estado de la cuestión

La construcción de las identidades sociales se encuentra anclada a diversos elementos que le dan sentido, ya sea religiosos, políticos, étnicos, de género, y/o territoriales. En ese sentido, no es una novedad para los estudios socioculturales e identitarios el análisis de estos elementos y la forma en que se articulan. Es por eso por lo que los trabajos que fueron revisados para la presente tesis buscan retomar de manera general diferentes perspectivas analíticas de la identidad y la cultura, relacionadas a los barrios urbanos, y la forma en que se articulan a las diferentes dimensiones de análisis. Desde el barrio como unidad de análisis en la construcción de identidades sociales, procesos gentrificadores y su afectación en

los barrios, hasta perspectivas propuestas desde la arquitectura y la forma en que se entiende el espacio en relación con la cultura e identidad.

Gran parte de los barrios populares que se encuentran en la periferia o cercanos a centros urbanos, tienen elementos identitarios característicos que les han permitido establecer dinámicas socioculturales, políticas y económicas, así como delimitaciones espaciales, de tal forma que adquieren relevancia simbólica y espacial en relación con su dinámica con la ciudad o el centro urbano. En ese sentido, la importancia de los barrios recae en la forma en que se configuran a partir de ciertos comportamientos relacionados al sentido comunitario y colectivo.

El barrio ha sido reconocido como la unidad socioeconómica primaria del ámbito urbano, dado que en él se establecen relaciones comunitarias y de solidaridad que generan comportamientos con sentido de colectividad, los cuales se expresan tanto en situaciones lúdicas que experimenta la colectividad, como ante condiciones de riesgo y seguridad comunal. (Londoño s/a)

En ese sentido, Aldo Rossi (s/f) comenta que la conformación del barrio se encuentra fuertemente ligada al crecimiento urbano, como parte de un proceso conjunto. Sin embargo, resalta que esta dualidad se da en relación con como el crecimiento urbano implica la segregación de clases en planos sociales, económicos y culturales.

De esta manera resulta visible como el barrio adquiere significación y relevancia sociocultural relacionada a la forma en que se configura. Sin embargo, el valor que adquiere el barrio a partir de su conformación socioespacial, se enriquece a partir de elementos culturales que promueven los usos, costumbres y tradiciones, convirtiéndolos en parte de las estrategias gubernamentales de recuperar “lo perdido”, con un modelo de crecimiento acelerado que no se preocupa por dar cuenta de estos espacios, haciendo que elementos identitarios puedan sufrir modificaciones o alteraciones al momento de que la ciudad inicia su crecimiento y este empieza a tener influencia sobre a los barrios. De tal forma que nacen nuevas dinámicas socioculturales que contrastan con las del barrio y que pueden absorberlo como parte de un modelo económico social que intente promover el turismo a costa

del desplazamiento de la mayoría de los habitantes, y la pérdida de elementos culturales importantes.

Como ya se ha mencionado, la forma como se constituyen los barrios resulta enriquecedora para la construcción y fortalecimiento de la identidad y la cultura urbana. Elementos sociales, religiosos, políticos y/o culturales convergen en los habitantes, lo cual les permite significar espacios y actividades como forma de reafirmar su identidad. Bajo esta perspectiva, Olvera (2019) plantea la significación de la danza conchera en el barrio de San Francisquito en Querétaro, como un elemento primordial del reafirmamiento de la identidad del propio barrio ante los diversos cambios históricos que se han vivido. De forma fundamental, la danza ha facilitado la transmisión de valores y tradiciones que han permitido perpetuar la identidad del barrio en las jóvenes generaciones.

Por lo que, la danza como alternativa de resistencia al nuevo orden cultural, fue buscando nuevas formas de adaptación para preservarse como tradición a través de diversas formas de enfrentamiento a los cambios, tales como la organización de grupos de culto, hermandades o mesas como actualmente se denominan. (Olvera, 2019, p. 17)

Esta construcción de la identidad se puede relacionar al concepto de identidad social urbana, propuesto por Valera y Pol (1994). A través de él, la relevancia del espacio físico trasciende a través del sentido de pertenencia, donde los individuos dan significación a elementos espaciales como parte de su identidad. En ese sentido, es mediante la interacción simbólica entre los habitantes y el espacio físico que habitan donde se articulan diversos significados sociales.

El espacio urbano, pues, representa a nivel simbólico un conjunto de características que definen a sus habitantes como pertenecientes a una determinada categoría urbana en un determinado nivel de abstracción, y los diferencian del resto de personas con base a los contenidos o dimensiones

relevantes de esta categoría en el mismo nivel de abstracción. Así pues, desde este punto de vista, los entornos urbanos pueden también ser analizados como categorías sociales (Valera y Pol, 1994, p. 9)

En ese sentido, la resignificación del espacio físico permite establecer delimitaciones, reales, imaginarias o simbólicas, a partir de las cuales se establecen elementos socioculturales identificables en los habitantes del lugar. En relación con lo antes mencionado, se puede hablar del espacio habitado como un espacio cultural en que convergen diferentes implicaciones relacionadas a la percepción, el valor, el ocupar y la forma en que se concibe y se organiza el territorio. (Ameigeiras y Cabello, 2007 como se citó en González y Lara, 2008)

Como hemos visto, el territorio constituye una parte fundamental en la construcción de la identidad, el arraigo que generan sus habitantes sobre él, es resultado de un cúmulo de experiencias vividas en ese espacio, que dotan de significado al mismo. “El lugar es el espacio significado, el espacio delimitado por la experiencia vivida. El lugar no existe fuera de la experiencia personal determinado por el tiempo, la persona se apropia del espacio a través de la experiencia transformándolo en lugar.” (Egizabal, 2003, p. 790)

Parte importante de esta articulación de la identidad con el espacio físico recae en el uso de la memoria y la historia como forma de atravesar barreras generacionales con el fin de continuar con la identidad y los elementos que la constituyen. “Los hitos y de las propuestas de futuro, son elementos claves para percibir la interrelación que existe entre la persona y el barrio. Los hitos de la memoria son aquellas experiencias, decisiones o sucesos que al recordarlos se constituyen en una referencia significativa” (Del Valle, T, 1995, p.185 como se citó en Egizabal, 2003).

Los trabajos anteriores muestran, desde diferentes perspectivas, la forma en que se construyen y configuran los barrios como elementos activos de identidad sociocultural en un contexto urbano. En ese sentido, dentro de su cotidianidad se encuentran expuestos a dinámicas sociales, económicas y/o políticas que pueden

modificar su entorno, transformar sus actividades y diluir su identidad. Procesos como el crecimiento urbano o la gentrificación tienen afectaciones importantes en las configuraciones de estos lugares cuyas barreras socioespaciales pierden significación y rompen con su estructura.

En “La identidad después de la gentrificación” Carla Nóbile y Andrea Sader (2011) toman como ejemplo la ciudad de Colonia del Sacramento en Uruguay cuyo barrio fue declarado Patrimonio Histórico de la Humanidad por la UNESCO. “...según el Criterio IV de selección, por contar con testimonio notable en su trazado y construcciones, del asentamiento europeo colonial, de finales del siglo XVII. Esto trajo consigo el posicionamiento de la ciudad como uno de los puntos de atracción turística referente en la región.” (p. 55)

En relación a lo anterior, las autoras mencionan como esta asignación de Patrimonio Histórico se da como un elemento que parte de la nostalgia relacionada a la “recuperación” de espacios simbólicos que son históricamente viejos “Esto se halla vinculado al proceso de internacionalización propio de la cultura contemporánea, que alude al sentimiento de nostalgia por parte de las personas con respecto al pasado propio y también con el ajeno, como forma de ligarse emocionalmente a distintas identidades culturales.” (Nóbile y Sader, 2011, p.55)

Parte de este proceso tuvo implicaciones directas a los habitantes del barrio, puesto que el fin primero de este nombramiento era poder elevar el turismo en la zona e incrementar la derrama económica. Es por eso que, al elevarse los costos de vivienda, el uso de suelo y el cambio en la dinámica socioeconómica, provocó que muchos de los habitantes se vieran desplazados al no poder adaptarse o no poder costear los elementos antes mencionados. “Como consecuencia directa del aumento en los costos de vida, los antiguos pobladores se vieron imposibilitados de permanecer en esa área, viéndose desplazados por residentes de mayor poder adquisitivo” (Nóbile y Sader, 2011, p.57)

Partiendo de lo anterior, las autoras concluyen que este proceso en el cual la ciudad de Colonia se ha visto inmerso, ha traído consigo una pérdida o sustitución de la identidad puesto que el desplazamiento de los habitantes originales, el cambio

en las dinámicas y la integración de nuevos habitantes, solo reflejan el carácter comercial que se le buscaba dar al lugar, y no lo que realmente era y representaba “En definitiva, ciudad contemporánea, sin una identidad propia del lugar, de su historia y de su cultura, con identidad transformada, como un elemento al servicio del consumo.” (Nóbile y Sader, 2011, p.58)

En relación con el trabajo antes mencionado, los barrios y sus habitantes pueden llegar a atravesar procesos que les permitan desarrollar un sentido de identidad arraigado al espacio físico en el que se desenvuelven y habitan. Es por eso por lo que Verga, Bado y Forzinetti (2015) desarrollan en su trabajo “Identidad y sentido de pertenencia barrial respecto a los límites administrativos vigentes”. Caso Villa Lauro” como el sentido de pertenencia a un barrio, en este caso el de Villa Lauro (Buenos Aires), surge a través de la materialización de los espacios urbanos donde se encarna la socialización de los habitantes, y no como parte del establecimiento de límites político-administrativos. Para esto desarrollan brevemente el concepto de barrio como:

el sector diferenciado, dentro del área urbana, que tiene la dimensión espacial, demográfica y social de una ciudad pequeña, siendo el mayor sector urbano cuya dimensión puede ser reconocida y frecuentada por sus habitantes y cuya población, debido a una identidad local compartida y, a otros rasgos culturales, podría ser definida como comunidad. (Verga, Bado y Forzinetti, 2015, p.33)

Así mismo retoman varias definiciones del concepto de identidad, siendo esta la más relevante:

La identidad con un sector barrial, barrio o comuna ‘no es una esencia’ con la que uno nace y con la que inevitablemente va a morir sino un proceso de identificación que puede continuar o perderse. (Sánchez, 2000, p. 216)

De igual manera retoman el concepto de “realidades sociales” de Moscovici para poder sentar las características que configuran la construcción de Barrio como elemento conceptual.

“El concepto de ‘realidades sociales’, de carácter dinámico, se presenta como construcciones simbólicas que se crean y recrean a través de la interacción social y pueden ser consideradas, en la sociedad actual, como mitos y sistemas de creencias de las sociedades tradicionales o también como la versión contemporánea del ‘sentido común’ (Moscovici, 1981, pp. 181).”

De esta manera los autores establecen que la configuración de un barrio se encuentra atravesada por tres elementos que propician la estructura de este. Siendo estos la demarcación del física e imaginaria del territorio, la claridad del tejido urbano, el cual refiere a la forma en que se constituyen como habitantes de un espacio o territorio en relación a los procesos socioculturales (Tradiciones, dinámicas, actividades, etc.) que alimentan su identidad y el carácter del área central, lo que refiere a la centralización que puede adquirir el espacio a partir de los elementos antes mencionados “...por tanto, tendrán mayor integración aquellos que reúnan tres condiciones: límites físicos bien establecidos, tejidos bien estructurados y fuertes centros de convergencia, situación que permitiría la percepción clara de la imagen física del territorio y el funcionamiento de la comunidad barrial.” (Verga, Bado y Forzinetti, 2015, p.36)

Gran parte de los barrios, si no es que todos, que se ubican significativamente cerca de los centros urbanos de alguna ciudad, se encuentran inevitablemente expuestos a un proceso que va de la mano con el crecimiento de la ciudad, el crecimiento de los centros históricos y la expansión de la mancha urbana. Y es que la gentrificación como bien lo menciona Delgadillo-Polanco (2010):

...es un fenómeno económico, cultural, político y social que básicamente consiste en la revaloración de barrios centrales deteriorados y habitados por población de bajos ingresos, que una vez rehabilitados se destinan a la residencia de clases medias. Evidentemente no se trata de un proceso armónico, sino más bien conflictivo. (p. 836)

De tal forma que se puede observar como un proceso hegemónico que busca imponer una estandarización del espacio físico, y el desplazamiento y/o expulsión de clases subalternas. En ese sentido, Víctor Delgadillo-Polanco (2010) explica que la gentrificación no es un proceso nuevo, se trata de un fenómeno que empezó a ser estudiado a partir de 1960 en Europa y que tuvo auge a partir de 1990 en América Latina. En ese sentido, gran parte de los estudios enfocados a este fenómeno se encuentran relacionados a los grandes crecimientos urbanos que tuvieron las ciudades en esas épocas. De tal forma que el estudio de la gentrificación ha devenido en la obtención de diversos elementos conceptuales que permiten entender de mejor manera el crecimiento y sus consecuencias en la ciudad.

Los estudios sobre gentrificación aumentaron considerablemente a partir de la década de 1990. Estos trabajos han integrado aportaciones teóricas y evidencias empíricas sobre importantes áreas de investigación urbana: la globalización y las ciudades globales, los cambios en las políticas públicas, las nuevas formas de gestión urbana, la polarización del ingreso, la inequidad, la desigualdad y la exclusión social, la privatización del espacio público, la internacionalización del mercado hipotecario e inmobiliario, los cambios en las formas de consumo, las políticas habitacionales, etc.(Delgadillo-Polanco, 2010, p.835)

En ese sentido, la gentrificación como fenómeno es bastante antigua y se asocia a

las ciudades de primer mundo. Así mismo, se puede considerar desde mediados del siglo XIX cuando la *Hausmannización* de París consistió en desplazar a población de escasos recursos para dar camino a nuevas edificaciones. Posteriormente menciona que Federico Engels en “La cuestión de la vivienda” (1880), hace un señalamiento a los barrios obreros que se encontraban en las grandes ciudades, los cuales fueron “erradicados” para construir nuevos edificios.

Lo recuperado por Delgadillo-Polanco toma dos caminos: uno que busca explicar la gentrificación desde la producción del espacio y otro desde el consumo de este Partiendo del primero donde el enfoque consiste en el valor social o colectivamente agregado, el valor de uso de suelo, un valor que es asignado con relación a diversos aspectos que permiten maximizar la ganancia con relación al espacio que se busca utilizar. “...el atractivo del suelo urbano reside en su ubicación, accesibilidad, tecnología y trabajo invertidos en su mejoramiento.” (Delgadillo-Polanco, 2010, p.838)

Las explicaciones relacionadas al consumo parten de un aspecto de género y cultura, donde las nuevas dinámicas sociales establecen nuevos elementos de consumo. “En este proceso destacan como actores sociales las mujeres, los gays y en general los jóvenes, quienes –se asegura– encontraron en las áreas urbanas centrales un entorno más adecuado para su desarrollo que los patriarcales suburbios de baja densidad” (Delgadillo-Polanco, 2010, p.839). De tal forma que la gentrificación se encuentra relacionada al desplazamiento de estos actores que buscan un mejor acceso al centro de la ciudad y cercanía con los comercios y servicios.

Como se mencionó anteriormente, la gentrificación es un fenómeno que implica el desplazamiento de población originaria para el “aprovechamiento” de un espacio físico con el fin de “mejorar” la imagen de los centros urbanos en las ciudades. En ese sentido, este desplazamiento no siempre resulta “fácil” puesto que en los barrios existe un fuerte arraigo al espacio físico, el cual representa un elemento identitario crucial para los habitantes del barrio.

En relación con lo anterior, Casgrain y Janoschka (2013) mencionan que la

gentrificación en América Latina es resultado de la adaptación de un fenómeno que nace en Europa y cuyas características permiten el desarrollo de dicho fenómeno, en un espacio geográfico diferente como América Latina. “Esta idea preliminar manifiesta desde ya algunas de las dificultades y problemáticas que ocurren cuando un concepto desarrollado en otras ciudades y en diferentes contextos se intenta adaptar y trasladar a las realidades urbanas en América Latina.” (p.20)

Los autores mencionan que la gentrificación es un concepto que en la actualidad continúa generando polémica debido a la falta de caracterización y a la falta de claridad en sus consecuencias. Así mismo, hace un recordatorio al señalar que la mayoría de los conceptos utilizados en los estudios urbanos, tienen una relación directa con la legitimación de mecanismos políticos neoliberales. Es por eso mismo, que la propuesta de estos dos autores se encuentra en las reivindicaciones vecinales como forma de re-politizar los estudios urbanos.

Siguiendo a Harvey (2008), la implementación de las políticas neoliberales urbanas tiene como objetivo restablecer el control de clase, introduciendo extensivos procesos de acumulación por desposesión. A nivel de barrio, tal desposesión, así como la consolidación de las desigualdades de clase, a menudo se materializan en procesos de gentrificación. (Casgrain y Janoschka, 2013)

Lo que mencionan los autores se relaciona con la forma en que los procesos políticos neoliberales buscan mecanismos y estrategias que les permitan permear en las diferentes dimensiones que se implican en el llamado desarrollo; lo social, económico, cultural y político. Resulta conveniente como se legitiman los procesos de gentrificación en América Latina a través de la aplicación de políticas públicas y enlaces que permitan accionar sobre los espacios.

En muchos casos, tales políticas se desarrollan a través de la implementación de un modelo de gobernanza en estrecha cooperación con las oficinas de Patrimonio Mundial de la UNESCO. Una de las principales consecuencias de estos procesos se refiere a la expulsión de los vendedores ambulantes, y así preparar los paisajes urbanos centrales para su posterior

gentrificación. Ese desplazamiento de los comerciantes —muchos de ellos de una composición racial y étnica diferente de las clases medias y altas— presenta una serie de poderosos símbolos que escenifican la gentrificación, teniendo en cuenta que son las clases bajas, los comerciantes, los que se ven desplazados de las calles del centro de la ciudad en favor de un sector turístico en crecimiento. (Casgrain y Janoschka, 2013)

En ese sentido se menciona la *gentrificación simbólica* como un proceso que se apoya en políticas turísticas y culturales con el fin de apropiarse de espacios simbólicos (barrios) que cuentan con elementos culturales y económicos altos con relación al valor del espacio. “...cabe destacar la gentrificación en América Latina mediante las diferentes formas de gentrificación simbólica, conectada con políticas neoliberales que se aplican para restaurar el patrimonio arquitectónico de los centros urbanos para los turistas, las elites locales y la creciente clase media” (Casgrain y Janoschka, 2013, p. 26)

Así mismo, la situación de los barrios respecto a la ciudad plantea diversos escenarios que involucran elementos físico-espaciales, colectivos e interpersonales, así como dinámicas sociales, políticas y económicas que constituyen una transformación de los espacios, lo que, a su vez, implica la modificación de dinámicas dentro de los barrios a partir del crecimiento urbano y el cambio en las lógicas, económicas sociales y culturales.

En ese sentido, lo planteado por Álvarez (2013) resulta pertinente para el entendimiento de las dinámicas urbanas y sus afectaciones a otros espacios como son los barrios urbanos. En este caso, Álvarez propone a través de su estudio realizado en el barrio urbano de Getsemaní, en Cartagena de Indias, cómo se construyen los imaginarios urbanos que se articulan dentro de estas disputas. Partiendo de lo anterior, resulta pertinente entender que, para fines de esta tesis, el enfoque no se encuentra dentro de la construcción de imaginarios, más bien, en los cambios de dinámicas socioculturales a los cuales están propensos los barrios urbanos al momento de que empieza a establecerse el crecimiento urbano de una ciudad.

Partiendo de lo anterior, Álvarez (2013) utiliza la propuesta de Pierre George (1969) para definir al barrio como: “unidad significativa e identitaria de la vida urbana; es el espacio en el que el habitante puede situarse en la ciudad, sobre el cual desarrolla la vida pública, se articula la representación popular y posee un nombre que lo identifica dentro de la ciudad” (p.27)

En ese sentido, el planteamiento de Álvarez (2013) permite entender los barrios urbanos como espacios que tienen una fuerte carga simbólica por su riqueza cultural , la historia que se enraíza en estos lugares ha permitido configurar dinámicas socioculturales que tienen trascendencia generacional; lo cual, resulta de suma importancia para el estudio de las ciudades y su crecimiento, puesto que las implicaciones que tiene dicho fenómeno recaen en aspectos sociales, económicos, culturales y políticos.

Capítulo II. Marco Teórico

2.1 Entendiendo la Cultura

La cultura es uno de los grandes conceptos dentro de los campos de la antropología, la sociología y los estudios culturales, el cual, a través de los años ha sido interpretado y reinterpretado desde diversas dimensiones, brindando un abanico de posibilidades teóricas aplicables desde diversas perspectivas. En ese sentido, la respuesta a la pregunta sobre ¿Qué es la cultura? se puede plantear desde diversos paradigmas, por eso, gran parte de los autores que desarrollan este concepto, parten de visiones establecidas por sus campos disciplinarios y tienden a realizar una generalización que abarca distintas dimensiones que no necesariamente pueden entenderse como cultura.

Ciertamente el concepto antes mencionado ha transitado por diversos estadios paradigmáticos y diferentes disciplinas, relacionados a discursos tradicionales planteados desde diversos paradigmas y disciplinas, hasta el discurso planteado desde el sentido común. Dicho tránsito ha permitido formular y reformular

el concepto hasta posicionarse desde una perspectiva que esclarece, afina y legitima la conceptualización.

En un primer momento, las perspectivas surgidas alrededor del concepto de cultura partieron del entendimiento de la cultura como una teoría, más que como un concepto en sí. En ese sentido, la antropología clásica permitió redibujar una nueva concepción sobre la cultura a través de su entendimiento como una nueva dimensión que atraviesa varios elementos de la vida en colectivo y cuya aplicabilidad es totalizante, alejándose de las concepciones establecidas desde el elitismo que proporcionaban una visión sesgada y reducida a elementos muy específicos (Giménez, 2021), “La cultura se encuentra en todas partes y lo abarca todo, desde los artefactos materiales hasta las más refinadas elaboraciones intelectuales, como la religión y el mito” (p. 48).

Relacionado con lo anterior, antropólogos del siglo XX como Malinowski y Lévi-Strauss, plantearon cada uno desde sus corrientes de pensamiento (funcionalismo y estructuralismo), por un lado, la cultura como un sistema dentro del cual cada elemento perteneciente a ella tiene una función determinada, con lo cual puede permanecer en equilibrio, y por el otro, como un elemento que obedece a una serie de reglas construidas socialmente y que tienen un carácter universal y abstracto. (Podestá, 2006, p. 27)

Posteriormente, la tradición marxista entabló una relación singular en la aproximación al concepto de cultura. Más que establecer un elemento de análisis para entender los estudios culturales, homologó a su planteamiento ideológico la noción de cultura, como una “la lógica que atraviesa el sistema social y cuyas particularidades se asocian a los modos de producción que «condicionan el proceso de vida social, política e intelectual en general” (Zapata, 2000, s.i en Podestá, 2001, p.27) En ese sentido, la perspectiva marxista parte de una fundamentación estructural se aproxima al concepto de cultura y que no lo relaciona a la construcción social de la realidad. Sin embargo, esta perspectiva permitió dar otro tipo de alcance teórico a la configuración del concepto de cultura puesto que dicha equiparación de

nociones se articuló como una forma de poder analizar los fenómenos culturales *per se*.

Ciertamente existe todo un bagaje teórico en torno a este concepto, que parte de los estudios antropológicos del siglo XX, encontrándose con la tradición marxista, llegando a una perspectiva mucho más completa que permite establecer una concepción sobre la cultura y todo lo que abarca. En ese sentido, la perspectiva simbólica de la cultura surge como parte del entendimiento de la capacidad humana para crear, utilizar y reconocer símbolos como parte de una dinámica de comunicación dentro de un espacio social. De tal forma que esta visión permite reformular y entender desde un aspecto más interpretativo el análisis cultural.

La noción simbólica de cultura responde a una concepción realizada por Clifford Geertz y John B. Thompson, la cual retoma Giménez (2021) para poder entender la cultura, como un cúmulo de hechos simbólicos presentes en la sociedad, o de otra forma explicado por Geertz (1972) y Thompson (1998) “la organización social del sentido, como pautas de significados ‘históricamente transmitidos y encarnados en formas simbólicas, en virtud de las cuales los individuos se comunican entre sí y comparten sus experiencias, concepciones y creencias”(p. 197)

Partiendo del aspecto interpretativo de las acciones como un sistema de entendimiento intersubjetivo planteado a través de grupos de individuos, se establece una perspectiva acerca de cómo entender la cultura. De tal manera que se encuentra relacionado a la forma en que se establecen dinámicas sociales que permiten configurar espacios, acciones y perspectivas que determinan la forma en que interactúan los grupos sociales y que a su vez tiene una trascendencia generacional.

Entendida como sistemas en interacción de signos interpretables (que, ignorando las acepciones provinciales, yo llamaría símbolos), la cultura no es una entidad, algo a lo que puedan atribuirse de manera causal acontecimientos sociales, modos de conducta, instituciones o procesos sociales; la cultura es un contexto

dentro del cual pueden describirse todos esos fenómenos de manera inteligible, es decir, densa (Geertz, 1972, p. 27).

La importancia de esta perspectiva simbólica radica en la forma en que se entiende lo simbólico dentro del espectro cultural. De tal forma que, como menciona Giménez (2021), lo simbólico refiere al mundo de las representaciones sociales o “formas simbólicas”, y que pueden ser entendidas como acciones, expresiones, artefactos o acontecimientos en un espacio determinado.

En efecto, todo puede servir como soporte simbólico de significados culturales: no sólo la cadena fónica o la escritura sino también los modos de comportamiento, prácticas sociales, usos y costumbres, vestido, alimentación, vivienda, objetos y artefactos, la organización del espacio y del tiempo en ciclos festivos, etcétera. (Giménez, 2021, p.64)

Aunado a la perspectiva propuesta por Geertz, Gilberto Giménez (2006) propone una formulación del concepto de Cultura a partir de una definición etimológica que procura establecer una delimitación más asequible, a partir de su conceptualización y estudio de la misma, y que nos permite aterrizar de una forma, hasta cierto punto, sencilla.

El término Cultura admite dos grandes familias de acepciones: las que se refieren a la acción o proceso de cultivar (donde caben significados como formación, educación, socialización, paideia, cultura animi, cultura vitae), y las que se refieren al estado de lo que ha sido cultivado, que pueden ser, según los casos, estados subjetivos (representaciones sociales, mentalidades, buen gusto, acervo de conocimientos, habitus o ethos cultural en el sentido de Bourdieu, etc.), o estados objetivados (como cuando se habla de “patrimonio” artístico, de herencia o de capital cultural, de instituciones culturales, de “cultura objetiva”, de “cultura material”) (Giménez, 2021, p.29).

En ese sentido, hay una distinción que debe realizarse para entender la forma operativa de la cultura dentro de los actores sociales. Existen dos formas constitutivas de la cultura y que expresan diversos elementos prácticos y cognitivos a distintos niveles de entendimiento. La primera corresponde a las formas interiorizadas de la cultura, las cuales se entienden a través de instancias psíquicas que corresponden a una estructuración del pensamiento conformada por las creencias, las actitudes, las mentalidades, las ideologías y las representaciones sociales que se comparten (Giménez, 2021, p.77). La segunda refiere a las formas objetivadas las cuales refieren a objetos físicos dentro del espacio social que conforman una significación colectiva en distintos niveles; la indumentaria regional como los zarapes o rebosos, los símbolos religiosos como la virgen de Guadalupe, también elementos relacionados a la gastronomía como el mole, el mezcal. Así mismo los monumentos representativos, o las danzas regionales forman parte de esta forma de objetivación de la cultura. (Giménez, 2021, p.77) De tal forma, que la Cultura se puede entender como un proceso social intersubjetivo que alimenta distintos niveles de la interacción social en grupo, dando como resultado una conjunción de elementos determinantes e influyentes en las dinámicas de un grupo social, desarrollando así un sentido de homogeneidad en el pensamiento y percepción entre los propios integrantes.

Partiendo de lo anterior, es evidente que existe una relación indiscutible entre la cultura a través de sus formas subjetivadas y objetivadas, y la identidad como un elemento que se articula a través de estas formas, como un reflejo de esta interiorización de la cultura. Al final, las prácticas, mentalidades, creencias y demás, constituyen un motor en la diferenciación de los unos con los otros a través de estas. Por lo tanto, el entendimiento de la identidad social a través de los estados individuales y colectivos, resultan pertinentes para extender el diálogo a una perspectiva un tanto más puntual en la relación cultura – identidad, y la forma que influyen para la constitución de los territorios.

2.2 Identidad: ¿Cómo nos construimos?

¿Qué es la identidad? Ciertamente el concepto de identidad se ha conservado de manera cotidiana dentro de nuestro espectro social, al poder relacionarlo con nosotros mismo y como un elemento que nos permite distinguirnos de los demás a partir de las cosas que nos gustan, que nos interesan, que hacemos y que son parte de nuestro día a día como individuos. En ese sentido, el concepto de identidad abarca una noción más amplia, teóricamente hablando, y se encuentra articulada a diferentes dimensiones de lo social y colectivo.

En un primer momento es importante seguir el planteamiento que realiza Giménez (2007) con relación a la existencia de diferentes tipos de identidad, individual y colectiva, y que a pesar de que aparentemente pudieran resultar en lo mismo, existen particularidades que permiten abarcar diferentes dimensiones de estudio. En una primera aproximación Gilberto Giménez (2016) señala que la identidad individual se forma en relación con la idea que tenemos sobre quiénes somos nosotros y quiénes son los otros. Esto como un ejercicio de comparación en cual se pueden identificar las similitudes y diferencias. En ese sentido la identidad surge como una diferenciación de un grupo hacia otro, adquiriendo diversos elementos representativos como formas de vestir, comunicarse o dando pie a usos y costumbres particulares, que permitan identificarse los unos con los otros como individuos de un mismo colectivo y diferenciarse los unos de los otros como individuos de diferentes grupos. "...la identidad puede definirse como un proceso subjetivo (y frecuentemente auto reflexivo) por el que los sujetos definen su diferencia de otros sujetos (y de su entorno social) mediante la auto asignación de un repertorio de atributos culturales frecuentemente valorizados y relativamente estables en el tiempo." (Giménez, 2016, p.61)

Teniendo en cuenta lo antes mencionado, Giménez (2021) plantea dos tipos de atributos que permiten dar fundamento a la distinción, a la cual el individuo somete su voluntad, siendo el primer atributo el de *pertenencia social*, cuya implicación se encuentra relacionada a la forma en que un individuo puede identificarse a través de diversos elementos, categorías, colectivos y grupos

sociales. El segundo atributo, nombrado como *particularizante*, refiere a la forma única en que se determina la forma de actuar y pensar de un individuo.

Dicha articulación de atributos confiere al individuo la construcción de su identidad a través de elementos que Giménez (2021) nombra como lo “socialmente compartido” y lo “individualmente único”, donde el colectivo logra establecer similitudes y lo individual producir diferencias que permiten al individuo adquirir elementos significantes que moldean su identidad como elemento único y diferenciable. No son sólo las nociones percibidas desde lo individual las que aportan a la identidad, las relaciones dentro de otros espacios, las interacciones realizadas con diferentes individuos permiten una noción multidimensional de la identidad, entendida como la articulación entre las características individuales y colectivas que atraviesan la construcción de la identidad de un actor. En ese sentido, existen categorías o grupos de pertenencia cuya influencia en los actores permite generar redes de relaciones como parte de la construcción de la identidad. De acuerdo con Giménez, (2021): la etnicidad, la clase social, el género, las colectividades territorializadas y los grupos de edad, son los más significativos para alimentar la identidad personal. (p.63)

De acuerdo con lo anterior, las pertenencias sociales pueden diversificarse en identidades potenciales, identidades activas y en identidades que se encuentran politizadas cuya representación consiste en aparentar de manera exagerada la identidad con una carga valorativa de mayor importancia, de forma que se pueda articular funcionalmente dentro de una estructura colectiva (Bradley, 1997 en Giménez, 2021, p.63)

Así mismo, Giménez (2021) plantea que los atributos antes mencionados no son las únicas formas en que los individuos se particularizan o se identifican, sino que hay cinco formas más de hacerlo. La primera es nombrada por Giménez como “atributos caracteriológicos”, “los cuales son un conjunto de características tales como "disposiciones, hábitos, tendencias, actitudes y capacidades, a los que se añade lo relativo a la imagen del propio cuerpo” (Lipiansky; 1992, p.122 en Giménez,

2021, p. 64). Donde de estos atributos pueden ser entendidos de carácter individual y otros de carácter relacional.

La segunda consiste en el “estilo de vida” ligado a los hábitos de consumo donde elementos visuales relacionados al marketing, tienen influencia en el estilo de vida que el individuo adopta y que se vuelve parte de las dinámicas individuales, sociales e interpersonales de su día a día. “Nuestra tesis es la de que los estilos de vida constituyen sistemas de signos que nos dicen algo acerca de la identidad de las personas, son "indicios de identidad.” (Giménez, 2021, p.64)

La tercera se encuentra constituida por la red personal y de relaciones íntimas, donde el individuo al socializar va generando grupos de relaciones con diferentes individuos que adquieren una relevancia significativa, y que fungen como una personalidad del individuo al representar una extensión de sí mismo. Por lo cual, la desarticulación de alguno de los miembros del círculo cercano representa una fatalidad. (Morín, 2001, p.69 en Giménez, 2021, p.65)

La penúltima de las atribuciones, está ligada a los objetos o pertenencias “entrañables”, cuya carga simbólica es de gran relevancia para el individuo. Las posesiones como un elemento al que se le adjudica una carga valorativa de suma importancia, ya que, por el hecho de existir y encontrarse vinculado a un recuerdo, una vivencia o una persona, adquiere relevancia. “El apego afectivo a cierto conjunto de objetos materiales que forma parte de nuestras posesiones: nuestro propio cuerpo, nuestra casa, un automóvil, un perro, un repertorio musical, unos poemas, un retrato, un paisaje...” (Larraín, 2000, p.25 en Giménez, 2021, p.65)

Por último, lo que Giménez (2021) nombra como “la biografía incanjeable” destaca como el elemento de mayor relevancia en cuanto a la particularización y diferenciación del individuo. Y es que la “historia de vida” consiste en un proceso ligado a la formación de relaciones interpersonales cuya relevancia trasciende de menor a mayor profundidad, generando relaciones íntimas o profundas que significan en el proceso de construcción de la identidad del individuo. (Brehm, 1984 en Giménez, 2021)

En relación con lo anterior, la construcción de la identidad individual consiste en un proceso articulado a diversos elementos que cobran sentido a partir de la interacción, acción y los vínculos interpersonales. Dicha articulación trabaja de forma continua a través del comportamiento individual relacionado a lo colectivo. Y es precisamente en ese punto donde el elemento de “reconocimiento” constituye la pieza central de la identidad como construcción. El reconocimiento implica la relación de dos o más actores individuales, cuya interacción remite al intercambio de elementos diferenciadores a través del diálogo, la acción o la interpretación, como una forma de implicarse interpersonalmente con el otro.

De aquí la posibilidad de que existan discrepancias y desfases entre la imagen que nos forjamos de nosotros mismos y la imagen que tienen de nosotros los demás. De aquí procede la distinción entre identidades internamente definidas, que algunos llaman "identidades privadas", e identidades externamente imputadas, también llamadas "identidades públicas." (Hecht, 1993 en Giménez, 2021)

Ciertamente, y como ya se ha mencionado, la identidad no sólo es atribuible a la persona como individuo, la identidad se construye y constituye de forma colectiva y a pesar de que puede entenderse a través de lo individual, existen elementos diferenciadores para entender los procesos de construcción de la identidad colectiva.

2.2.1 La identidad desde lo colectivo

La identidad colectiva como menciona Giménez (2016), no puede ser tomada desde la perspectiva individual, ya que su construcción está constituida de forma más heterogénea y relacionada a múltiples individuos, por lo tanto, no se le pueden atribuir rasgos psicológicos como los que se le podrían atribuir a un individuo.

Agregando a lo anterior, las similitudes entre la identidad individual y la colectiva parten del elemento diferenciador que permite establecer una serie de

códigos, conductas, acciones, hábitos y/o dinámicas que dan pie a una distinción de los unos con los otros de forma colectiva. Sin embargo, las identidades colectivas no delimitan estos rasgos por sí mismas, sino que a través de los individuos que las conforman es que se administran y representan como tal. (Bourdieu, 1984, p.49 en Giménez, 2021, p.68)

En ese sentido, Gilberto Giménez (2007) retoma a Alberto Melucci (1982) para entender la identidad colectiva como una categoría analítica constituida a partir de la teoría de la acción social, donde las prácticas sociales se articulan a través de cuatro momentos. El primero de ellos parte de la interrelación simultánea entre un número determinado de individuos o de grupos (siendo esta última un grado más complejo). El segundo momento, se genera a partir de características morfológicas se relacionan a través de una contigüidad espacial y temporal. Así mismo, el tercer y cuarto momento se articulan mediante las relaciones sociales como un campo de efecto en el cual los actores involucrados cuentan con la capacidad de darle sentido a lo que hacen y lo que piensan hacer. Esta definición corresponde a un proceso donde los actores individuales dentro de un conjunto colectivo producen elementos de distinción que deben ser reconocidos como distintos por la otredad para que el ejercicio de reciprocidad de sentido y “legitimación” a la construcción de la identidad.

Al margen de lo dicho, la construcción de identidades colectivas tiende a establecerse a partir de elementos históricos y sociales. De tal forma que se debe entender a los “grupos” y a las “colectividades” como dos actores colectivos con una construcción diferente. (Giménez, 2021, p.73) Por un lado, las colectividades pueden generarse a partir de nociones nacionalistas que parten de mitos fundacionales, elementos culturales que son compartidos entre los integrantes y por un hilo histórico en común que articula cada elemento y propicia características homogéneas entre los mismos integrantes. (Giménez, 2021, p.73). Por otro lado, los grupos gozan de cierta particularidad al plantearse desde la heterogeneidad y variación que existe entre sus integrantes al momento de comenzar el proceso de construcción de la identidad. De tal forma que se puede tipificar de dos maneras, los grupos reducidos que conservan más homogeneidad y por lo tanto son más

restringidos, como lo pueden ser los grupos étnicos y religiosos; y los grupos como los políticos y/o sociales que tienden a ser mucho más amplios, y por lo mismo, inestables. (Giménez, 2021, p.74)

En ese sentido, la relación cultura - identidad se enlaza a través de un elemento que permite conformar y establecer una red de significados entre todos los miembros de un espacio social. El territorio, resulta ser un componente primario en dicha relación, ya que permite a un grupo social realizar una práctica de apropiación subjetiva que funciona como un elemento de representación, apego afectivo, y símbolo de identidad (Giménez, 2007, p.164). De tal forma que “Todo grupo social tiene como referente primario un territorio, es por ello por lo que adquiere tal fuerza que la esencia de la identidad es signada, en buena medida por el lugar de origen.” (Osorio, 2013, p.59)

Espacios como los barrios urbanos, pueden servir como potenciadores de la articulación cultura – identidad puesto que el espacio en el que se desenvuelven o relacionan los habitantes, en el que realizan actividades, prácticas y en el que viven su día a día, se convierte en un espacio que puede adquirir una relevancia significativa dado que las prácticas que trascienden a lo colectivo permiten un ejercicio de reconocimiento entre los integrantes que estimula la construcción de la identidad, en esta caso, vecinal. En ese sentido, como señala Safa (2001) Las identidades vecinales parten de los mismos elementos que constituyen los procesos identitarios. Sin embargo, se encuentran articuladas a la construcción del sentido de pertenencia hacia un lugar (p. 58) “-Pertenecer- significa, como lo señala Anthony Cohen (1982), "reconocerse como parte de una cultura y de un grupo.... comunicarse a través de un lenguaje, compartir conocimientos, ser parte de una genealogía y establecer vínculos de solidaridad (Pp. 6).” (Safa, 2001, p.58)

2.2.2 Lo vecinal como identidad

Una vez enmarcadas las delimitaciones propuestas para el entendimiento de la identidad, tanto colectiva como individual, el contexto en el cual se desarrolla esta investigación, como lo es un barrio urbano localizado en las inmediaciones del

Centro Histórico de la ciudad de Querétaro y cuyas características socioculturales se articulan sobre la dinámica de crecimiento urbano y construcción de la identidad, nos orilla a establecer una noción conceptual más cercana a la problemática planteada: la de identidad vecinal, de tal forma que resulta indispensable plantear, de primera instancia, la forma en que se articula este tipo de identidad y los procesos urbanos.

En ese sentido, los asentamientos humanos se han caracterizado por ser puntos de conglomeración de individuos donde las interacciones entre los mismos constituyen un elemento central en el desarrollo de los espacios y su crecimiento. Ciertamente la evolución de los asentamientos humanos ha desembocado en espacios urbanos que se encuentran relacionados a modelos de producción dentro del esquema económico planteado por un Estado-Nación. El estudio de la sociedad dentro de los espacios urbanos se plantea desde diversas dimensiones que abarcan las problemáticas sociales referidas al crecimiento urbano, la aceleración del crecimiento poblacional y el desarrollo industrial. (Park, 1988 en Safa, 2001) Entonces, se plantea la ciudad como un espacio organizado territorialmente donde los diversos grupos y comunidades que habitan dichos espacios cumplen con actividades que se articulan al funcionamiento de la ciudad.

La diferencia de funciones que desempeñan cada uno de estos territorios define no sólo las actividades predominantes sino, también, la población que los habita y el valor del suelo urbano. La forma en que la ciudad se organiza y la diferenciación y segregación del conjunto de los territorios locales se explica por la competencia social en la que se construye la diferenciación espacial. (Safa, 2001, p.39)

La ciudad enmarca un nuevo estilo de vida cuyas pretensiones contrastaron con los modelos de organización comunitaria asentados dentro del espectro rural, donde los elementos de organización y dinámicas sociales son articulados por la percepción del tiempo y las costumbres entendidas desde lo comunitario. En cambio, las dinámicas sociales presentadas dentro de la ciudad constituyen un

rompimiento en cuanto a los modelos tradicionales o rurales, e involucra el surgimiento de una personalidad específica. (Safa, 2001, p.40)

En relación con lo anterior, Safa (2001) retoma el planteamiento de Wirth (1988) quien relaciona la organización territorial de la ciudad con los estilos de vida de sus habitantes, donde la conjunción del manejo de los espacios urbanos con las actitudes que pudieran presentar los habitantes de estos provocaría constantes cambios en el carácter relacional de cada uno, dando pie a efectos como la segregación y el control social, así como modificaciones en la morfología urbana que pudiesen desatar más modificaciones en el comportamiento de los habitantes.

Llegado a este punto, dentro de la morfología de la ciudad como un espacio de alta movilidad, constantes cambios y disputa por el espacio, donde existen diversos territorios articulados a la ciudad pero que resultan distinguibles por la configuración social y territorial, Safa (2001) plantea los vecindarios urbanos como territorios delimitados por fronteras físicas o simbólicas, con un nombre o reconocimiento social que permite establecer una diferenciación con la otredad en cuanto a lo social y lo territorial.

Partiendo de lo anterior, la noción de vecindario contiene implicaciones que van más allá del simple hecho de la creación de fronteras o delimitación de los espacios por mera decisión. Es lo simbólico lo que resignifica las prácticas, y dota de significado a las nociones que constituyen la delimitación de los espacios, las dinámicas que se presentan y cómo se construyen. (Safa, 2001)

En ese sentido, Neil Anderson (1975 en Safa, 2001) define al vecindario a través del concepto de comunidad donde el vecindario funge como un espacio reducido o compacto, en el cual, los habitantes o vecinos se conocen mutuamente e interaccionan de diversas maneras. Así mismo, la comunidad es entendida como un espacio, local o urbano, donde los habitantes tienen un tipo de relación espacial en la cual se reconocen mutuamente y viven procesos de subsistencia. “Desde su punto de vista, la identidad local se construye a partir de las experiencias del grupo que comparte una historia común. Esta concepción de comunidad se usa tanto para denominar a una nación, una ciudad, un pueblo, una aldea o un vecindario.” (p.49)

Las identidades vecinales pueden reproducirse dentro de espacios locales, como barrios o vecindarios, donde existe una interacción y reconocimiento mutuo que construye una caracterización del espacio y de los habitantes. De tal forma que la percepción del espacio adquiere una relevancia significativa y se conforma como diferenciador del espacio urbano. En ese sentido, la identidad vecinal parte de un proceso de organización y representación de la identidad a partir de la relación con el trazado del espacio urbano como lo son los barrios urbanos. Así mismo, la organización de los habitantes involucra un proceso de formación de un grupo social en el cual permea la lucha por la democracia local y la defensa del espacio. De tal forma que se puede entender como una práctica de pertenencia a partir de la cual se definen límites y fronteras, físicas e imaginarias, de un espacio, lo cual, lo dota de identidad y permite que exista una diferencia entre ese espacio y cualquier otro, siendo este reconocido tanto como por los habitantes como por el exterior (Safa, 2001, pp. 55-58). “Se considera que la formación de las identidades vecinales es el resultado de un proceso de construcción histórica que, a su vez, es constructor de la realidad física-geográfica y de la sociedad de la que forma parte.” (Safa, 2001, p.58)

Los barrios en Querétaro se consolidan durante el siglo XIX como organismos diferenciados dentro de la traza urbana debido a que en ellos habitaba la población indígena, que era relegada de las actividades sociales y políticas que se realizaban por parte de población española que habitaba el centro de la ciudad. (López e Ibarra, 1996, p. 30 en Safa 2001, p.53)

La conformación de la identidad vecinal respecto al espacio físico entendido con un barrio determina en gran medida la configuración del territorio, a partir precisamente de las prácticas identitarias que se suscitan dentro de él. La relación Identidad-Cultura tiene implicaciones relevantes dentro del espacio, las cuales, lo constituyen como territorio, siendo este una representación significativa de las expresiones socioculturales de las personas que lo habitan.

2.3 Territorio: delimitaciones de lo nuestro

La delimitación del territorio a diversos niveles, desde lo local hasta lo regional o nacional, se ha encontrado atravesada por diferentes dinámicas sociales, culturales, políticas y económicas que han constituido un elemento de construcción de homogeneidad para aquellos que forman parte del territorio conformado, así como una forma de expresar elementos diferenciadores con aquellos que se encuentran fuera de las delimitaciones.

En ese sentido, Giménez (2016) parte de la noción de espacio planteada por Raffestin (1908) para entender el territorio como un espacio que es valorizado y apropiado de manera simbólica y/o instrumental partiendo de una relación con el espacio como producción a través del valor de cambio y las relaciones de poder.

Partiendo de lo anterior, esta noción del territorio caracterizada a través de la producción espacial y su relación con el poder se articula de tres formas que permiten establecer la delimitación del espacio: creación de “malla”, implantación de “nudo” y el trazamiento de “redes”. (Giménez, 2016)

Las “mallas” se encuentran relacionadas a una cuestión de límites, funcionan como elementos que permiten delimitar determinado espacio en diferentes niveles como lo pueden ser: estatal, municipal, nacional, provincias o regiones (Giménez, 2016). Por otro lado, los “nudos” tienen la función de establecer el centro poblacional relacionado al poder, como un elemento de representación jerárquica y simbólica para los actores del territorio (Giménez, 2016). Por último, las “redes” son las articulaciones que unen a cada uno de los “nudos” representativos del espacio, permitiendo establecer una relación, comunicación y aproximamiento entre cada uno de ellos. (Giménez, 2016)

El sistema de mallas, nudos y redes jerárquicamente organizados -que constituye el sistema territorial- permite, en su conjunto, asegurar el control sobre todo lo que puede ser distribuido, asignado o poseído dentro de un determinado territorio; imponer uno o varios órdenes jerarquizados de poder y jurisdicción; y, en fin, garantizar la integración y la cohesión de los territorios. (Giménez, 2016, p.119)

En ese sentido, Giménez (2016) concibe el territorio como un resultado de la apropiación y valorización del espacio, que se constituye a través de dos elementos, uno instrumental y otro simbólico, donde el primero atiende a un aprovechamiento del espacio en diversas formas, ya sea para la extracción de recursos o como un elemento geopolítico que genera un tipo de ventaja sobre quien lo posee; y el segundo, se relaciona a la cuestión simbólico – cultural que permite el soporte de la identidad individual y colectiva a través de las relaciones sociales dadas dentro del espacio.

Dicho de otro modo, como organización del espacio, se puede decir que el territorio responde en primera instancia a las necesidades económicas, sociales y políticas de cada sociedad, y bajo este aspecto su producción está sustentada por las relaciones sociales que lo atraviesan. Sin embargo, su función no se reduce a esta dimensión instrumental; el territorio es también objeto de operaciones simbólicas y una especie de pantalla sobre la que los actores sociales (individuales o colectivos) proyectan sus concepciones del mundo. (Giménez, 2016, p.120)

Partiendo de lo anterior, se puede entender como la construcción del territorio constituye un elemento de gran importancia dentro de la vida social del ser humano. Parte de la articulación entre cultura e identidad, se encuentra arraigada a la delimitación de espacios que puedan dar certeza y legitimación de las prácticas sociales realizadas dentro del territorio, donde estas a su vez, toman el espacio y definen el territorio como un producto de la relación individual y colectiva de los actores que lo habitan.

Resulta importante destacar que el territorio también se encuentra articulado de forma profunda a la cultura. En este sentido, para ahondar un poco más en dicha articulación, Giménez (2016) plantea tres dimensiones que permiten entender de mejor manera la relación territorio-cultura. La primera dimensión plantea al territorio como algo que por sí mismo es un “espacio de inscripción cultural”, por lo tanto, se vuelve una forma objetivada de la cultura. De tal forma que se puede entender que no existe territorio que sea completamente natural, las condiciones socioeconómicas y políticas tienen injerencia dentro de la constitución de los territorios de alguna

forma o a diferentes niveles, directos o indirectos. Por otro lado, la segunda dimensión que plantea Giménez (2016) propone al territorio como un elemento cuya función permite la “distribución” de prácticas culturales e instituciones que se encuentran localizadas en un espacio determinado, aunque no todas ligadas de manera intrínseca. Esta dimensión se encuentra más relacionada a pautas de comportamiento, formas de vestir, rituales específicos o ciclos de vida o de celebración.

Por último, la tercera dimensión que propone Giménez (2016) plantea que el territorio puede ser apropiado de forma subjetiva como un elemento de representación y apego, así como un “símbolo de pertenencia socio territorial”. El autor menciona que el espacio es interiorizado por los sujetos, de tal forma que este se integra al sistema cultural de los propios sujetos, lo cual dota de significado al espacio. En ese sentido, esta dimensión implica que la “desterritorialización” física de un lugar no incluye la pérdida de elementos subjetivos y simbólicos dado que la nostalgia, la comunicación, la memoria y el recuerdo, funcionan como contenedores de toda esta red de significados que se encuentra arraigada al territorio (p.126)

Desde otra perspectiva, Armando Silva (2006) plantea el territorio como un elemento físico, así como una extensión mental. Partiendo de lo anterior, propone el territorio como una huella que define el estadio de habitación de un grupo o de una persona, el cual, se puede caracterizar a través de un nombramiento y este a su vez puede ser recorrido tanto física como mentalmente. (p. 57)

En ese sentido, de acuerdo con Silva (2006) el territorio constituye un referente a través del cual la persona se reconoce a sí misma y reconoce su entorno, permitiendo al territorio configurar sus límites. De tal forma que se crean implicaciones sociales respecto a aquello que se traspone a dichos límites, generando un simbolismo de distinción respecto del territorio; lo que representa el estar dentro y el estar fuera. (p.57) Así mismo, el autor comenta que los límites que logran definir a un territorio se forman a partir del uso social que se le da a un espacio. Este uso delimita los bordes a través de los cuales los “usuarios familiarizados”, como los llama él, configuran un adentro y un afuera del territorio, y

es por medio de esa configuración que logra definirse la figura de “extranjero”, como elemento que, a la vista, cruza las delimitaciones que constituyen al territorio. (p.59)

En relación con lo anterior, Silva (2006) menciona la capacidad que puede tener un territorio de “territorializarse”, lo cual refiere a una articulación de lo social, lo cultural y lo identitario que provoca un estrechamiento en los límites del territorio, haciendo que se genere una dinámica excluyente ante las figuras que no tienen una relación directa con el territorio. Esta “territorialización de los límites”, como él la nombra, implica una separación de lo que existe dentro con lo que hay afuera, y comenta que suele visibilizarse en los momentos de tensión, peligro o desconfianza, como puede suceder en un barrio que genera resistencias ante los procesos gentrificadores de una ciudad en crecimiento.

El territorio implica límites, los cuales, como menciona Silva (2006) pueden ser visuales, un ejemplo de esto serían los nudos, concepto que el autor plantea como “lugares de llegada”. En ellos, se encuentran características que permiten entenderlos como puntos a partir de los cuales el camino continúa o se distribuye. (pp.60) De acuerdo con lo anterior, el autor señala que el territorio en sí mismo, puede ser ideado de diferentes formas, desde lo físico, hasta lo que podemos nombrar y renombrar. “El territorio alude más bien a una complicada elaboración simbólica que no se cansa de apropiarse y volver a nombrar las cosas en característico ejercicio existencial-lingüístico: aquello que vivo lo nombro; sutiles y fecundas estrategias del lenguaje.” (Silva, 2006, p. 60)

En resumen, y retomando lo planteado por Silva (2006), el territorio y la elaboración de los límites que lo componen se encuentra articulado a la forma en que el grupo de personas que habita ese territorio elabora marcas que puedan constituir una distinción, a partir de su propio y profundo reconocimiento del espacio. (p. 63) Dicha distinción, como ya se ha mencionado con anterioridad, refiere a una significación del afuera, a partir de lo que se tiene adentro.

2.4 Pertenencia socio territorial

La propuesta de Giménez (2016) parte primeramente de lo expuesto por G. Pollini (1990) quien plantea de manera general que las pertenencias sociales consisten en la inclusión de personas a un colectivo, dentro del cual, se puede desarrollar un sentimiento de lealtad. En ese sentido, Giménez (2016) menciona que dicha inclusión implica ciertas dinámicas, como la de adquirir un rol dentro de la colectividad, pero su mayor implicación se encuentra en el complejo simbólico cultural, el cual, se comparte y es el que define dicha relación.

En efecto, a partir de la interiorización de por lo menos algunos rasgos o elementos de dicho simbolismo las personas se convierten en miembros de una colectividad y orientan recíprocamente sus propias actitudes adquiriendo la conciencia de una común pertenencia a una misma entidad social. (Giménez, 2016, p. 127)

En relación con lo anterior, la pertenencia socio territorial destaca en la forma en que el territorio caracteriza el espacio y lo dota de significación, así como se vuelve relevante para la estructura de la colectividad y cada uno de los actores pertenecientes a partir de los roles que tengan asumidos. (Giménez, 2016) En ese sentido, dentro de la construcción de significados dentro del territorio, este debe fungir como elemento central de la colectividad. Para esto, Giménez (2016) plantea, retomando a Pollini, (1990) que para que la identidad personal se pueda articular al territorio, debe entretorse con la socialización de los individuos porque es a través de dicho proceso que los individuos pueden interiorizar progresivamente diferentes elementos simbólicos al grado de poder asentar un sentido de pertenencia al territorio. “De este modo, coronan de significado social sus propias relaciones ecológicas con el entorno territorial.” (Giménez, 2016 p. 128)

Partiendo de lo anterior, Giménez (2016) menciona que las motivaciones que puede tener un individuo para construir su pertenencia socio territorial puede ser multifactorial y anclarse a diferentes elementos o dinámicas como pueden ser: el nacimiento dentro del territorio habitado, la habitación prolongada, integración social, radicación generacional, actividad profesional, entre otras.

Por otro lado, Flores y Salles (2001) plantean dos dimensiones que permiten comprender de mejor manera cómo se configura la pertenencia socio territorial de los habitantes a un territorio. Es así como el arraigo es planteado por Flores y Salles (2001) como una dimensión que atiende a la acepción de arraigar, refiriendo a elemento espacial y territorial. (p. 70) A su vez, el arraigo, se conceptualiza como una serie de dinámicas realizadas por una persona dentro de un territorio. Es decir, la relación que tiene una persona con el espacio en que desempeña actividades, por ejemplo, laborales o de residencia, implican un amplio reconocimiento del espacio utilizado, lo cual, toma sentido al momento en que una persona habita un territorio por mucho tiempo. Existe una vinculación de la persona con el territorio a partir de la forma que se relaciona constantemente con él, y es ahí, donde surge la dimensión del arraigo. (p. 82) Así mismo, las autoras plantean también la dimensión del apego, la cual, refiere más a una noción sobre el vínculo que se genera con una persona, o con una situación, tratándose de algo que no refiere directamente al territorio, sino a una cuestión sentimental. Sin embargo, esta noción sentimental puede tener incidencia sobre los lugares en los que las personas habitan, tanto privados como públicos. Y es justo en la constitución de esta dimensión afectiva que se derivan cuatro tipos de elementos afectivos que permiten entender de mejor manera la conceptualización del apego: Los elementos afectivos de apego a un territorio, corresponde a la relación de los lazos familiares o de amistad; los elementos culturales, atienden a la relación con las tradiciones y las celebraciones; los elementos económicos, relacionados a las razones económicas, y los elementos ecológicos, los cuales, se relacionan al medio ambiente y el paisaje. (Flores y Salles, 2001, p. 85) El apego se puede constituir desde diferentes elementos, a través de los cuales se generan distintos tipos de vínculos entre la persona y el territorio que había, y que esto a su vez, se define en relación con el contexto en el que se encuentra cada persona.

En ese sentido, Flores y Salles (2001) articulan las dimensiones antes mencionadas para brindar una base de entendimiento más clara para entender lo referente a la pertenencia socio territorial y su concepción. Partiendo de lo anterior,

las autoras denominan la pertenencia socio territorial como un elemento configurado a partir de la relación arraigo-apego-territorio, la cual, se entiende en función de una colectividad que habita un territorio; en él, se configuran las relaciones sociales y la propia estructura de la colectividad a partir de la territorialidad. (p. 71) Esto quiere decir que, a partir del espacio físico, las actividades y las relaciones sociales que suceden dentro del él, es que se constituye un territorio y configuran los vínculos que generan la pertenencia de las personas a su territorio. La relación continua de una colectividad con el territorio, la interacción social y la temporalidad, determinan una parte fundamental para entender la pertenencia socio territorial en articulación con la cultura y la identidad.

Es así que, mediante los conceptos anteriores podemos visibilizar que en nuestro entorno existen diversos espacios que son particularmente “famosos” o que gozan de importante reconocimiento por la identidad social que se ha desarrollado a través del tiempo, como es el caso de San Francisquito, barrio que resulta representativo para los habitantes de la ciudad de Querétaro, debido a sus tradiciones y costumbres (como las danzas y la celebración de la fiesta de la Santa Cruz), así como por otros elementos menos positivos, y más estigmatizantes como la inseguridad, la violencia y delincuencia que giran en torno a la vida del barrio.

Actualmente el barrio atraviesa por diversos procesos de cambios socioculturales relacionados al proceso de crecimiento urbano que ha surgido a su alrededor; una urbanización que contrasta con los aspectos culturales e identitarios del barrio.

2.5 La memoria colectiva como cimiento de la identidad y la historia local

Un elemento que permite articular la identidad, la cultura, el territorio y la pertenencia socio territorial, se encuentra alojado dentro de un ejercicio que permite articular el plano mental de un individuo con las dinámicas presentes en su día a día dentro de una colectividad, las cuales, implican la integración de significados colectivos que

permiten generar una memoria que resignifica los elementos compartidos a lo largo del tiempo, dotándolos de un valor y significado a través del cual se construyen las prácticas y tradiciones que conforman una identidad colectiva.

Parte de la concepción a través de la cual se construye la memoria es planteada en relación con un aspecto mental del individuo, los pensamientos, los sueños, ese residuo mental que queda al despertar por la mañana donde se tienen fragmentos de un todo que nos permiten a través de dicha imagen, reconstruir un todo y darle significado.

La imagen, algunas veces, no está separada sino de lo que la precede: ella inaugura toda una historia, ella es el primer anillo de toda una cadena de otras imágenes; a veces ella se desprende hacia un tiempo vacío: ni antes, ni después, nada se distingue que se pueda adjuntar. (Halbwachs, 1990, p. 33)

Ciertamente, este fragmento restante de una imagen permite evocar al ejercicio de la memoria, un desarrollo de la conciencia que surge a partir de un fragmento, de una imagen, de la cual no se percibe un todo o un origen claro, pero se sabe que no es una aparición aleatoria, sino que constituye parte de algo que se encuentra en el fondo. (Halbwachs, 1990, p.33) Y es que, como también menciona Halbwachs (1990), los recuerdos no solo producen estados afectivos dentro del individuo, sino que conforman un reflejo de los acontecimientos de su vida y generan una relación del presente con el pasado, así como con una época y replantean al individuo dentro de un momento cuyos vestigios se articulan para dar sentido.

Existe una relación consistente entre la forma en que nosotros como humanos procesamos ciertos momentos de nuestra vida de manera significativa, de forma que pueden ser rememorados apelando a un estado afectivo, y la forma en que un colectivo construye su identidad a partir de la recuperación de elementos significativos dentro del contexto histórico-espacial que los vincula interpersonalmente. La memoria, conforma un elemento significativo dentro de las relaciones humanas y las identidades sociales tanto individuales como colectivas, donde el recuerdo es formado a partir de las vivencias, y se articula mediante la narrativa para dotar de una identidad concreta y específica. (Bohórquez, 2020)

“Dichas vivencias son básicamente experiencias de la vida ordinaria que adquieren un sentido para la vida del sujeto en la medida en que se conectan con sus deseos, cosmovisiones, proyectos y tradiciones.” (Bohórquez, 2020, p. 10)

La forma en que diferentes colectividades articulan sus tradiciones, su historia, sus prácticas y el sentido de pertenencia a un espacio determinado se encuentra atravesado en gran medida por la recuperación de la memoria colectiva que atiende a un sentimiento de identidad colectiva, de encontrar significados que fortalezcan la unión. Como menciona Bohórquez (2020), la memoria se constituye a través de diferentes formas de interacción humana donde el recuerdo y su preservación se encuentran condicionados a que puedan ser recuperados por las nuevas generaciones, ya que no se conforma como un elemento de exclusividad individual, sino que se le da sentido a partir de la colectividad a la que pertenece.

De ahí que la memoria colectiva sea una de las fuentes de cohesión y cooperación social, pues en la medida en que un relato fundacional esté fuertemente anclado a la cultura de un pueblo, la trama de relaciones humanas que describen las posiciones subordinadas de sus integrantes se hace más estable y tradicional. (Bohórquez, 2020, p. 11)

En ese sentido, se puede destacar el origen de la memoria colectiva como parte de la forma en que un colectivo o grupo tiene la convicción de hacer permanecer la imagen y representación que han construido de ellos mismos, a través del tiempo. (Halbwachs, 2014) Así mismo, Bohórquez (2020) menciona que la memoria en sí no es algo inmutable o estático, sino que se encuentra sujeta a una continua reinterpretación que se encuentra definida a través de las condiciones que se vayan presentando, la migración de miembros de una colectividad, el nacimiento, la muerte o la desaparición componen elementos que brindan movimiento al estado estático de la memoria y generan una alteración.

Como se ha mencionado con anterioridad, la memoria es una articulación importante para entender las identidades sociales, Bohórquez (2020) comenta en “Entre la trama y la urdimbre”: Memoria, sentidos e identidades, que la relación entre

la memoria y la identidad se encuentra en la forma en que se puede explicar quiénes somos, tanto como individuo, así como colectivo, a través de la narración de experiencias. Desde lo íntimo a lo comunitario, la concepción de lo individual se encuentra permeada de lo colectivo.

Por ello, cuando hablamos del “yo” individual, podemos estar haciendo alusión al “sujeto”, un “yo” atado al “nosotros” del que forma parte; y cuando hablamos del “nosotros” quizá estemos haciendo una proyección de nuestro imaginario subjetivo del “yo” en que la comunidad funciona como un cuerpo orgánico. (Bohórquez, 2020, p. 13)

Si bien existe una dimensión subjetiva en cuanto a la construcción de la identidad y la memoria, la relación existente entre ellas establece elementos, a través de los cuales, los parámetros con los que se construye la identidad (como lo pueden ser la política, el género, el nacionalismo, entre otros) generan marcos sociales a partir de los cuales se pueden enmarcar o “delimitar” y organizar las memorias. (Jelin, 2002)

En ese sentido, Michael Pollack (1992, citado en Jelin, 2002) señala que existen tres tipos de elementos que pueden ayudar a enmarcar y organizar las memorias dentro del ámbito social y de construcción de la identidad: Los acontecimientos, las personas o personajes y los lugares. Cada uno de esos tres elementos se articula en diferentes dimensiones, ya sea como experiencias vividas o que son transmitidas (como el manifestante que sobrevive a una represión por parte del estado, o el abuelo que narra a sus nietos sobre la forma en que era antes el lugar en el que habitan ahora), o en hechos que se fundamentan desde la concreción, así como la proyección a partir de un evento en particular.

Jelin (2002) comenta que existe una forma con la cual se construye la memoria, en un primer momento dentro de la vida cotidiana, existen diversos comportamientos que son repetidos de forma constante y que no existe una reflexión acerca de lo que se realiza, y por tanto no son destacables como parte de

un ejercicio cotidiano. Sin embargo, existen excepciones que pueden enmarcarse socialmente en diferentes dimensiones (como la familia, las tradiciones o la clase) que se pueden entender desde lo individual hasta lo social colectivo. En ese sentido, Jelin (2002) menciona que estas excepciones se dan como efecto de una ruptura en estas rutinas y que sitúan al sujeto de forma diferente. Este posicionamiento establece un proceso de reflexión a partir de la forma en que se involucran las emociones o sentimientos, con los cuales la memoria de esos momentos se sitúa como un elemento particularmente destacable y que adquiere una significación. Parte de este proceso, continúa a través de la narrativa, que permite vincular las emociones con la búsqueda del sentido. El acontecimiento rememorado o «memorable» será expresado en una forma narrativa, convirtiéndose en la manera en que el sujeto construye un sentido del pasado, una memoria que se expresa en un relato comunicable, con un mínimo de coherencia. (Jelin, 2002, p. 27)

La relación de la memoria y la identidad es constante en cuanto a la forma en que los relatos buscan persistir en la memoria de las personas como una forma de dar continuidad a la imagen memorial que han construido sobre ellos mismos como colectividad.

Como el sentido que salvaguarda la memoria tiene su origen en las diversas formas de interacción humana, y debido a que la preservación del recuerdo en el tiempo está condicionada por su acogida en las nuevas generaciones, la memoria no parece ser propiedad exclusiva de cada ser individual, sino que, por el contrario, tiene su razón de ser en la colectividad de la que forma parte (Bohórquez, 2020)

En ese sentido, Bohórquez (2020) también menciona que la memoria no se trata de algo que es estático o inamovible, sino que se encuentra condicionada a una constante reinterpretación que se va generando a partir de nuevas condiciones a las que se puede someter. Esto debido a que los miembros de que pertenecen a una colectividad son efímeros en diferentes maneras, ya que algunos pueden morir,

otros migrar, algunos otros nacen o simplemente desaparecen, entonces existe un constante movimiento que genera nuevos hilos de comprensión sobre la memoria, de donde viene y hacia dónde va.

2.6 El barrio

Un elemento espacial importante al momento de hablar sobre la ciudad y la forma en que se constituyen los espacios que contiene, se encuentra relacionado a un espacio cuya significación ha adquirido mayor relevancia a lo largo del tiempo conforme a los estudios urbanos y su pertinencia hasta hoy en día. El barrio, como comenta Tapia (2015) a través de las políticas urbanas ha surgido con un nuevo énfasis en él como concepto, de tal forma que se puede dar cuenta de la ambigüedad que existía en torno a él. Si bien no se trata de un desconocimiento total acerca del concepto, se trata de una noción que se construye en segundo plano y se convierte en una versión asumida.

En ese sentido, para poder articular de mejor forma una conceptualización clara acerca de que es el barrio, Tapia (2015) parte del concepto tradicional del mismo y que es propuesto por la escuela de Chicago, donde se plantean dos atributos básicos que permiten comprender en términos generales lo que es el barrio. Por un lado, el barrio como refugio de la comunidad, el cual, se constituye a través de un grupo de personas y las instituciones que ellos establecen en un espacio determinado, donde, además, se genera una forma particular de vida, así como un tipo de cultura particular. “a esto Burgess lo denomina comunidad cultural, definida como los sentimientos, formas de conducta, vínculos y ceremonias características de una localidad.” (Tapia, 2015, p.127) En ese sentido, Tapia (2015) menciona que la comunidad tiene como características la conformación de una organización social que se encuentra en un lugar específico, a través del cual la gente encuentra los medios necesarios para llevar su vida, a la vez que se genera un sentido de pertenencia y se forma una identidad.

Por otro lado, el segundo atributo básico para entender lo que es el barrio, consiste en el barrio como unidad autocontenida, ya que como retoma Tapia (2015)

en Park (1985), los barrios dentro de la ciudad, con el paso del tiempo van adquiriendo las cualidades o el “carácter” que sus habitantes proyectan dentro de este espacio que habitan, lo cual provoca que ese espacio habitado se convierta en un barrio a partir de las expresiones que socioculturales, como las tradiciones o la historia, que surgen de él. Sin embargo, Tapia (2015) considera que la noción de barrio no debe considerar estas características de forma estática, ni enmarcarlo como la característica principal para entender lo que es el barrio. Más allá de eso, resulta pertinente partir de la noción de barrio como lugar, como un espacio interseccional de relaciones sociales que se dan en ese espacio y se define a través de ellas, lo cual, tiene la implicación de establecer el barrio de una forma atemporal donde tiempo y espacio permiten que el barrio se constituya y se modifique a través de las relaciones sociales que se establecen en pasado, presente y futuro. (Tapia, 2015, p. 132)

El barrio, entendido como lugar, es donde de manera predominante se desarrollan aspectos de la vida cotidiana de esas identidades, de esos sujetos que ahí se encuentran, es decir, que este encuentro de trayectorias en el caso del barrio se daría principalmente por el hecho de compartir más o menos permanentemente aspectos relacionados directamente con la vida cotidiana y los espacios donde ésta se desarrolla, más aún, aspectos específicos de la vida cotidiana que tienen que ver con el hecho de compartir ciertos espacios con otros que viven o residen en condiciones de proximidad geográfica. (Tapia, 2015, p. 133)

A la luz de la conceptualización del barrio propuesta anteriormente, resulta pertinente realizar una abstracción que permita definirlo en relación con el espacio y su articulación con la identidad. De acuerdo con lo anterior, para poder entender al barrio como lugar, es importante partir de lo planteado por Augé (1998) sobre el “lugar antropológico” como una construcción tanto específica como simbólica del espacio, pero que se define y se entiende a partir de la vida social que habita en él,

y que refiere a la significación que brinda el lugar a quien lo habita, o a lo que se encuentre presente dentro del mismo. "...el lugar antropológico, es al mismo tiempo principio de sentido para aquellos que lo habitan y principio de inteligibilidad para aquel que lo observa." (Augé, 1998, p. 58)

Parte de lo que define al lugar antropológico es su capacidad de medición variable pero que se articula en tres características que permiten entender la relación del espacio con la identidad; lo identificatorio, lo relacional y lo histórico refieren al espacio como elemento dotado de significado y que a partir de ellos define aquello se encuentra dentro de él.

Así, las reglas de la residencia que asignan su lugar al niño (junto a su madre generalmente, pero al mismo tiempo, sea en casa de su padre, sea en la de su tío materno, sea en casa de su abuela materna) los sitúan en una configuración de conjunto de la cual él comparte con otros la inscripción en el suelo. (Augé, 1998, p. 60)

De acuerdo con lo anterior, podemos entender el tipo de relación que se establece entre aquellos que habitan un lugar y aquellos que lo ven de afuera. La relación se establece a partir de la significación del entorno y de la capacidad del que lo habita de reconocer elementos que desde otra perspectiva no tendrían el mismo significado. La construcción histórica que se hace del lugar pone en perspectiva y sitúa al habitante en relación con sus antepasados y el momento en que habitaron el mismo espacio, estableciendo una dialéctica entre lo que son y lo que fueron.

El lugar antropológico definido por Augé (1998) brinda la entrada a su propuesta principal sobre los lugares y los no lugares, la cual, nos permite conceptualizar al barrio desde una perspectiva articuladora de los elementos que lo componen a través del espacio, la identidad y su significación. En ese sentido, el "lugar" definido en sí mismo, partiría de las nociones mencionadas anteriormente (identificatorio, relacional e histórico), las cuales permitirían definirlo como "lugar", y

todo aquello que no pueda definirse a través ellas caería en la categoría de “no lugar”. Partiendo de lo mencionado anteriormente, el “lugar” se constituiría en referencia a la capacidad de articular la realidad social situada por medio de una identidad histórica relacional con el lugar. Por otro lado, las implicaciones del “no lugar”, se presentan en relaciones a los fines que se le brindan a dicho espacio, si bien se trata de un punto en el que interceden dinámicas específicas que relacionan al individuo con una actividad, no articulan un proceso de identificación y articulación histórica, sino que constituyen una especie de contractualidad estandarizada.

Se ve claramente que por "no lugar" designamos dos realidades complementarias pero distintas: los espacios constituidos con relación a ciertos fines (transporte, comercio, ocio), y la relación que los individuos mantienen con esos espacios. Si las dos relaciones se superponen bastante ampliamente, en todo caso, oficialmente (los individuos viajan, compran, descansan), no se confunden por eso pues los no lugares mediatizan todo un conjunto de relaciones consigo mismo y con los otros que no apuntan sino indirectamente a sus fines: como los lugares antropológicos crean lo social orgánico, los no lugares crean la contractualidad solitaria. (Augé, 1998, p. 98)

Partiendo de lo planteado anteriormente, el barrio como lugar se entiende a partir de la relación que tienen los habitantes con el espacio que habitan, y en referencia a la historia que antecede al barrio. La perspectiva desde la cual se pretende situar al barrio como lugar, refiere a la capacidad de una ciudad en crecimiento, que da lugar a nuevas tendencias comerciales, políticas y socioculturales que generan “no lugares” como estándar para la concurrencia de los nuevos urbanitas; en contraste, el barrio simboliza la permanencia del lugar como referencia que evoca a la posibilidad de ser capaz de pertenecer.

Capítulo III. Estrategia metodológica

El enfoque de esta investigación es cualitativo, se trata de un estudio sobre la construcción de la identidad de un barrio configurado a través del territorio, la cultura, la historia y la memoria. Por lo tanto, un estudio de caso, de tipo descriptivo resulta pertinente para la obtención, análisis e interpretación de datos obtenidos en el espacio comprendido.

En ese sentido, resulta necesario establecer desde qué punto se reconoce como un estudio cualitativo, y es que, de acuerdo con Vasiliachis (2009) dependiendo del enfoque seleccionado, corresponde una mirada diferente a lo que se entiende por estudio cualitativo (p. 24). Sin embargo, existe una tendencia a ciertas características en común que permiten entender el corte cualitativo de forma un tanto más homogéneo. De tal forma que elementos que conforman la reflexión e interpretación de los fenómenos, y la forma en que las personas les otorgan significados, se encuentran presentes como un punto central del método cualitativo.

La investigación cualitativa abarca el estudio, uso y recolección de una variedad de materiales empíricos –estudio de caso, experiencia personal, introspectiva, historia de vida, entrevista, textos observacionales, históricos, interaccionales y visuales– que describen los momentos habituales y problemáticos y los significados en la vida de los individuos. (Vasiliachis, 2009, p. 24-25)

En relación con lo anterior, Vasiliachis (2009) plantea tres características de la investigación cualitativa. La primera refiere a quién y qué se estudia, partiendo del interés por la forma en que los sujetos comprenden, experimentan, producen el mundo, articulado a la forma en que los significados, perspectivas, experiencias y conocimientos adquieren relevancia para dicha comprensión. La segunda refiere al método *per se*, teniendo como particularidades el empleo de métodos de explicación y análisis flexibles que se sensibilizan al contexto social de donde se obtiene la información. Así mismo, involucra un proceso interactivo entre participantes e investigador. La última característica refiere a la finalidad de la investigación, donde pretende descubrir, describir, explicar y construir nuevas perspectivas sobre la realidad conocida. (p. 29)

A partir de lo anterior, la aplicabilidad del estudio de caso reluce en relación con el contexto que se estudió, el barrio de San Francisquito. Dicho barrio presenta condiciones físicas que lo distingue de otros tantos que existen en la ciudad de Querétaro, dichas condiciones físicas van desde la configuración particular del barrio en sí mismo, hasta la morfología propia de las casas más antiguas del barrio. Así mismo, cuenta con particularidades socioculturales únicas, como la danza conchera, que identifica y convoca anualmente cada vez a más gente al barrio. En ese sentido, el enfoque como estudio de caso permitirá estudiar de mejor manera las características y particularidades de este lugar.

Lo que hace específico un estudio de casos, más que radicar en una forma especial de reunir información y sistematizarla con fines de investigación social, es mantener la unidad del todo, el esfuerzo por no perder el carácter unitario de la entidad que está siendo estudiada (un individuo, una organización, una cultura, etcétera) (Goode y Hatt, 1969); el estudio de casos es el estudio de lo particular (Stake, 1994). (Gundermann, 2008, p. 256)

De acuerdo con Yin (1994, citado en Gundermann, 2008) el estudio de caso funciona como una estrategia de investigación que permite responder a diferentes cuestionamientos (los por qué y los cómo) a partir del potencial descriptivo y explicativo que puedan contener las preguntas.

Así mismo, el estudio de caso como método permite dos dimensiones desde donde entender la selección de un caso, lo intrínseco y lo instrumental. El primero se establece a partir del interés particular por un caso en concreto cuyas características no parten de un punto comparativo sino por el caso en sí mismo.

Así ocurre cuando un profesor decide estudiar a un alumno en dificultades, cuando sentimos curiosidad por unos determinados procedimientos, o cuando asumimos la responsabilidad de evaluar un programa. El caso viene dado. No nos interesa porque con su estudio aprendamos sobre otros casos o sobre algún problema general, sino porque necesitamos aprender sobre ese caso particular. (Stake, 1999, p. 16)

Por otro lado, lo instrumental se entiende desde un aspecto más comparativo, donde si bien se selecciona un caso particular, se parte de entender otro elemento que se encuentre ligado al caso y si las condiciones enmarcadas dentro de esa relación tienen algún efecto a través de dicha articulación.

Se puede elegir a una profesora como objeto de estudio, observar de forma general cómo enseña y de forma más particular cómo califica el trabajo de los alumnos, y si ello afecta o no a su modo de enseñar. La finalidad de este estudio de casos es comprender otra cosa. Aquí el estudio de casos es un instrumento para conseguir algo diferente a la comprensión de esa profesora concreta. (Stake, 1999: 17)

Partiendo de lo anterior, el estudio de caso para esta tesis tendrá un enfoque particular construido a partir de la relación que existe entre el barrio y la ciudad a través de la cultura e identidad. Si bien existen características dentro del barrio que pueden ser estudiadas a partir de lo comparativo, la configuración socioespacial, los antecedentes históricos y las dinámicas socioculturales presentes dentro de él, permiten entender la identidad y el territorio de forma particular.

Partiendo de lo anterior, las herramientas metodológicas que permitieron el acercamiento y la obtención de datos, así como su sistematización, comprendió tres etapas correspondientes a la observación, entrevista y análisis. En un primer momento, el trabajo etnográfico, entendido como "...una rama de la antropología que se dedica a la observación y descripción de los diferentes aspectos de una cultura, comunidad o pueblo determinado, como el idioma, la población, las costumbres y los medios de vida." (Peralta, 2009:37) a través de la observación no participante, abriría en camino para entender las dimensiones físicas del espacio dentro y fuera del barrio, parte de la configuración socioespacial, identificar usos, costumbres, elementos de la socialización interna del barrio, así como identificar líderes y organización interna. En ese sentido, podemos entender el trabajo etnográfico como un elemento que los permitió dilucidar, a través de la observación,

diferentes elementos socioculturales relacionados a las prácticas y costumbres, que proporcionaran información sobre cómo se configura el espacio y sus habitantes.

Posteriormente, la aplicación de entrevistas a profundidad como herramienta permite “una lectura de lo social a través de una reconstrucción del lenguaje en el cual los entrevistados expresan los pensamientos, los deseos y el mismo inconsciente” (Tarrés, 2001, p.68) y cuya aplicación se realizó a través de la técnica de “bola de nieve”, esto con la finalidad de generar un alcance diverso de los entrevistados, buscando variar entre la edad, profesión o el tiempo que llevaban viviendo en el barrio; esto con la idea de poder profundizar en los cambios vividos y/o percibidos con relación al barrio, así como del territorio y el crecimiento de la ciudad. Así como la forma en que el crecimiento urbano y cambios en las dinámicas socioeconómicas dentro de la ciudad han afectado al barrio.

Por último, el análisis y sistematización de información arrojada a través del trabajo etnográfico permitió comprender la construcción del sentido identitario y de pertenencia socio territorial al barrio.

3.1 Construcción del objeto de estudio

Dentro del tiempo de vida que llevo habitando la Ciudad de Querétaro he tenido la oportunidad, a través de los años, de conocer y recorrer distintos lugares, de escuchar hablar sobre tantos otros, y de reconocer la ciudad, de entender la ciudad como un elemento por medio del cual se manifiestan infinidad de procesos, situaciones y dinámicas. Algo que logró captar mi atención al momento de sentarme a elegir un tema de investigación, fue que al momento de estar reflexionando acerca de la ciudad y sus procesos, logré caer en cuenta de que el barrio de San Francisquito es un lugar que se ha mantenido presente en diferentes dimensiones de mi vida, ya sea por comentarios de terceros, por noticias periodísticas o por experiencia propia; fue ahí donde surge el punto de partida para el interés en realizar un trabajo sobre el barrio.

Las consideraciones acerca de cuáles eran las dimensiones a través de las que se podía abordar el estudio del barrio partieron de los referentes más visibles

del barrio, la danza conchera como un fuerte elemento tradicional y representativo de San Francisquito. Sin embargo, al profundizar un poco más en el contexto del barrio y la ciudad, resultó evidente que en el barrio no solo se trataba de un tema de cultura y tradiciones. Aunado a eso, al momento de revisar contextualmente la ciudad y sus procesos, se hicieron visibles los procesos de crecimiento urbano y gentrificación que acontecían y acontecen en otros puntos de la ciudad, sobre todo partiendo del Centro Histórico, y que, en otros barrios como El Tepetate o La Cruz, estaban teniendo injerencia sobre el tejido social y la configuración del espacio. En ese sentido, se pudo observar una particularidad en el barrio de San Francisquito, y a través de la cual surgió el planteamiento de esta investigación. Dicha particularidad era la forma en cómo los procesos de crecimiento de la ciudad que estaban afectando a otros sitios, aparentemente no estaban teniendo el mismo efecto en el barrio de San Francisquito. Si bien el barrio no se entiende como un enclave dentro de la ciudad, si logra ser percibido como un espacio propio dentro de la misma.

Es a partir de aquí que el trabajo de campo previo permitió ir configurando el rumbo de la investigación y las dimensiones a abordar; a través de los recorridos exploratorios, la observación y las charlas informales es que se pudieron modificar y asentar los preceptos de los cuales se partió. Resultaba evidente que existían elementos culturales que logran distinguir al barrio, la danza conchera siendo uno de los más distinguibles, y a través del cual el barrio ha logrado identificarse a través de los años. Sin embargo, el acercamiento al espacio físico en paralelo con la investigación documental, permitieron encontrar que, evidentemente, los aspectos socioculturales del barrio iban más allá de la danza conchera y que tenía elementos referentes a la identidad colectiva. Esto se hizo más evidente al identificar que la particularidad de una situación que dentro de las charlas y la búsqueda de información resultó relevante para entender la articulación de la identidad y la cultura en torno al barrio; la organización vecinal en contra de la construcción del Eje vial

Zaragoza¹, este antecedente constituyó un referente, tanto para habitantes del barrio como para habitantes de la ciudad porque posicionó al barrio como un espacio que era defendido por sus habitantes. Es aquí donde se destaca la pertinencia de incluir otro elemento importante para hablar sobre el barrio: el territorio.

El trabajo de campo realizado de manera intermitente entre recorridos, charlas informales y entrevistas a profundidad permitió distinguir una clara relación entre aspectos culturales e identitarios que devienen de la relación que tiene el barrio con la danza conchera, esto como un referente que a través de la participación de muchos de los habitantes del barrio es que se mantiene como una de las tradiciones más relevantes de este y que identifican al barrio a través de sus fronteras, aunado a eso, la significación que continua teniendo la iglesia católica en la mayoría de los habitantes, permite que se continúen reproduciendo ciertas costumbres de orden colectivo que aglomera a la mayoría de sus habitantes al momento de realizar actividades religiosas, así como fiestas patronales. Precisamente Giménez (2021) señala que la cultura debe entenderse primeramente como una forma conjunta de hechos simbólicos, socialmente compartidos, y que a partir de ellos los individuos comparten comunicación, experiencia y creencias entre sí. En ese sentido, muchas de las actividades realizadas por los habitantes del barrio constituyen una representación de la forma en que viven su vida dentro del barrio como habitantes de San Francisquito.

Esta representación tiene un significado, el cual, hace alusión a un aspecto de identidad; la mayoría de los habitantes que son originarios del barrio mantienen una relación significativa con la idea de pertenecer a San Francisquito, es de orgullo,

¹ El eje vial Zaragoza fue un proyecto de gobierno que buscaba la ampliación de los carriles de la Av. Zaragoza para la implementación de paradas de camión al centro de la misma avenida. Este proyecto tenía implicaciones físicas sobre comercios, casas y locales pertenecientes al barrio de San Francisquito, puesto que con dicha ampliación muchos de estos lugares se verían afectados o desplazados. En ese sentido, surge la organización vecinal en defensa del barrio ante este proyecto puesto que los habitantes lo considerarían la amenaza inminente del inicio de la gentrificación en el barrio.

implica tradiciones y costumbres, les brinda un sentido de identificación y permite que funcione la articulación entre cultura e identidad, alimentándose mutuamente.

Con los recorridos exploratorios surgió una imagen curiosa sobre los “límites” del barrio puesto que existe una configuración muy marcada entre lo que es el barrio y lo que no es, espacialmente, calles y avenidas definen las fronteras. Siendo así, a través de las charlas fue posible profundizar otra dimensión como es la territorial, donde a través de ellas se pudo entender la forma en que los habitantes del barrio reconocen el espacio en el que habitan. En un primer momento, la configuración espacial del barrio es un elemento comprendido en su totalidad por parte de los habitantes originarios o que más tiempo llevan viviendo en el barrio, conocen sus calles, sus espacios y lugares de importancia o relevancia, así como mantienen una constante orientación respecto al espacio en general, esto se entiende mediante lo que Giménez (2016) refiere sobre el territorio, donde el lugar adquiere significación a partir de la forma en que se usa o se transita el espacio.

Esta tercera dimensión se entiende a partir de la relación cultura e Identidad, ya que precisamente las dinámicas que surgen de la danza conchera, las creencias religiosas, las costumbres y las tradiciones constituyen elementos que para los habitantes dotan de sentido su vida en el barrio. Muchos de los habitantes refieren particularmente a estos elementos como parte de lo que para ellos representa el barrio de San Francisquito, aunque su participación en estas actividades o dinámicas sea directa o indirecta, para ellos tienen un peso importante al momento de hablar del barrio.

Las entrevistas a profundidad permitieron dimensionar dos elementos de suma importancia para entender la relación de los habitantes con el barrio. El primero de ellos es la pertenencia socio territorial; como se ha mencionado con anterioridad, si bien geográficamente la configuración del barrio se encuentra establecida de cierta forma, los habitantes a través de la reproducción social de elementos culturales e identitarios han definido el barrio y sus fronteras en relación con lo que Augé (1998) plasmaría como la constitución de un “lugar”, puesto que, precisamente, la identidad histórica relacionada al lugar, es la que permite articular

la realidad social situada. Los habitantes del barrio realizan recorridos diarios a partir de su rutina, laboral, personal y familiar, costumbres como la de acudir en familia a misa los domingos, llevar a los niños a la escuela del barrio, acudir a la tiendita que se encuentra dentro del barrio, ir a comer con la señora de los tacos de guiso, son actividades que los habitantes del barrio tienen en su día a día, no son las únicas, pero constituyen una constante interacción con el entorno y las personas que lo habitan. Para la mayoría de ellos es muy común acudir a la iglesia de la Divina Pastora² en ciertos días de la semana, escuchar la misa y saliendo encontrarse a vecinos con los que pueden platicar, así mismo, acudir al mercado que se coloca afuera de la parroquia los miércoles a dar la vuelta³ comprar algo de comer y reencontrarse con vecinos, amigos y familiares. Es ahí donde partimos de lo planteado por Giménez (2016) donde la pertenencia socio territorial se construye a partir de la interiorización de elementos que refieren a un simbolismo socialmente compartido, y que orienta la a la colectividad en un sentido de pertenecían a una misma entidad social.

Por otro lado, el barrio en sí mismo refiere en parte, a lo mencionando anteriormente por Augé (1998) puesto que conceptualmente atiende a características que permiten la proliferación se elementos socioculturales dentro de la ciudad. Particularmente Tapia (2015) menciona que dichas características refieren a la conformación de una organización social que se sitúa en un lugar particular y por medio de la cual, las personas que lo habitan configuran las dimensiones que les permiten llevar su vida dentro del barrio, propiciando la generación de identidad y la pertenencia.

Si bien el punto de partida para esta investigación se plantea en la relación de la ciudad, su crecimiento y el barrio, el interés particular se situó en la forma en que los habitantes del barrio de San Francisquito construyen su identidad. Como ya

² Se encuentra situada sobre la calle 21 de marzo, entre la Av. Insurgentes Queretanos y la calle Aurora. La parroquia de la Divina pastora es uno de los referentes principales del barrio de San Francisquito sienta el lugar en el cual la mayoría de los habitantes del barrio acuden a realizar actividades religiosas.

³ Forma de expresar la acción de realizar un recorrido sin un destino particular.

se ha mencionado, el barrio se encuentra situado en una ciudad que se encuentra en crecimiento, donde otros barrios como La Cruz o El Tepetate han resentido las consecuencias del urbanismo y la gentrificación, y donde cada vez existen más elementos que buscan un reajuste en las lógicas comerciales, de servicios y habitacionales. Muestra de ello es la construcción de la plaza comercial “Puerta la Victoria” y la zona de departamentos⁴ detrás de ella, y que se encuentran situadas a un costado del barrio. Es por eso por lo que el interés recae en la forma en que se construye la identidad de los habitantes de San Francisquito, las costumbres y tradiciones de la danza conchera, la historicidad del barrio, la actitud de reacción en defensa del territorio (en este caso el barrio), son elementos que sugieren la conformación de una identidad que pervive y que encuentra en el barrio, *su* barrio, su propia existencia.

En el caso de San Francisquito, las interacciones sociales resultantes de un proceso de segregación étnica de casi quinientos años (se trata de un barrio indígena), cuando en tiempos de la colonia el asentamiento de población española fue condensado en el centro de la ciudad y poco a poco expulsó, a las entonces periferias, a la población indígena que se asentaba en el cerro del Sangremal hacia el ahora barrio de San Francisquito.

La importancia del barrio de San Francisquito radica en la forma en que su identidad logra establecer delimitaciones espaciales y simbólicas relacionadas a la lucha por la conservación del espacio físico en el que interactúan sus habitantes, en una ciudad con un crecimiento exponencial sumamente acelerado⁵; y las dinámicas socioeconómicas actuales, que parten de una lógica neoliberal más competitiva, contrastan con las dinámicas del barrio más enfocadas al comercio local. Es por eso por lo que resulta pertinente dar cuenta de cómo las interacciones sociales entre barrio y ciudad, y; entre los mismos habitantes del barrio, han tenido influencia en

⁴ Latitud La Victoria Querétaro es un complejo de departamentos situado en la parte posterior de Plaza Puerta la Victoria, cuyas características son anunciadas como “lujos” de alto coste.

⁵ De acuerdo con Data México, “en 2020, la población en Querétaro fue de 1,049,777 habitantes (49% hombres y 51% mujeres). En comparación a 2010, la población en Querétaro creció un 30.9%.”

la manera en que el barrio continúa como un referente sociocultural, puesto que al ser de los barrios más viejos de la ciudad su presencia se ha encontrado a lo largo de varias generaciones, logrando destacar constantemente por cuestiones relacionadas a su historia, sus tradiciones o sus condiciones de seguridad. Así como su delimitación espacial y tradiciones han logrado persistir hasta estos días, como la danza de concheros, el recorrido del gallo o las fiestas patronales relacionadas a la iglesia de la Divina Pastora, así como el sentido de comunidad y las relaciones vecinales.

3.2 Ruta de la investigación

Como ya se ha mencionado con anterioridad, el trabajo de campo que se realizó para esta tesis atravesó tres fases o momentos, los primeros dos enfocados en la recolección de datos y el tercero en la sistematización y análisis de los datos obtenidos. Para esto, se empleó un periodo de tiempo estimado entre agosto de 2022 y noviembre de 2023, dentro del cual se aplicaron las técnicas y herramientas antes mencionadas.

En ese sentido, para esta investigación se partió de un objetivo principal que abarca las condiciones necesarias para el entendimiento de lo que en aquel momento pretendía investigar: Conocer los referentes identitarios que, pese a la urbanización, generan pertenencia socio territorial entre los habitantes del barrio de San Francisquito. A partir de este objetivo es que se estableció el primer momento del trabajo de campo, el cual se mantuvo de forma constante dentro del periodo establecido para el trabajo de campo y que consistió en la etnografía a través de recorridos al interior y en los límites del barrio, reconocimiento de elementos propios de la identidad y practicas socioculturales, identificando espacios o lugares que son o han sido referentes para los habitantes del barrio y acudiendo, en medida de lo posible, a eventos, celebraciones y/o acontecimientos de participación y organización vecinal dentro del barrio.

Para ese periodo (agosto 2022 – octubre 2022), se recurrió al uso de una guía de observación que permitió generar noción de elementos a observar de las

diferentes categorías antes mencionadas, identificando, por ejemplo, la existencia de barreras físicas o elementos que puedan distinguir fronteras entre el barrio y su exterior, elementos simbólicos (grafitis, murales, imágenes, entre otros), usos y costumbres visibles, que podrían verse reflejados como la asistencia a espacios religiosos en ciertos momentos del día, la cordialidad de saludar siempre a toda persona que pasa, reunirse afuera de las casas a platicar, etc.

Para el segundo momento (agosto 2023 – marzo 2024), se contó con varios informantes a los cuales se le aplicó una entrevista a profundidad, a través de la cual se buscó el sentido de los elementos identificados durante el proceso de observación en las diferentes dinámicas, prácticas o procesos que fueron presenciados. En ese sentido, a través de la guía de preguntas se abarcaron temas relacionados a la construcción de la identidad, la percepción del espacio personal, el espacio de uso colectivo y el espacio externo al barrio, así como los cambios en el barrio y en la ciudad.

En ese sentido, la muestra de la población que se buscó para la aplicación de las entrevistas se enfocó en el alcance y la oportunidad de entrevistar a diferentes habitantes del barrio, tratando de diversificar entre la edad, la ocupación, la zona del barrio en donde viven, si son originarios y de no ser así, el tiempo que llevaban viviendo en el barrio.

3.3 La observación

El proceso de observación que se realizó de forma introductoria, así como durante toda la investigación, ocurrió sin mayor complicación, el acercamiento a diferentes espacios y actividades dentro del barrio resultó sencillo, a través de algunos informantes, así como el aprovechamiento de fiestas patronales o fiestas de índole social (como el festival de primavera o la lucha libre) que propiciaron el ambiente adecuado para charlar y observar.

Posteriormente se inició con los acercamientos a diferentes habitantes del barrio para poder concertar o realizar las entrevistas, durante este momento de la investigación resultó un tanto complicado poder concretar entrevistas con diferentes

personas, ya que por un lado la cuestión de la confianza y el desconocimiento de mi presencia en el barrio generaba una barrera. Sin embargo, se pudieron realizar alrededor de 12 charlas informales, a través de las cuales se obtuvo información menos profunda que en una entrevista, sin embargo, igual de significativa para la investigación, puesto que se buscó abordar brevemente los temas generales sobre cultura, identidad y territorio.

Por otro lado, las entrevistas a profundidad lograron realizarse a 9 personas de distintas partes del barrio, así como distintas profesiones y momentos. La forma en que se pudieron obtener estas entrevistas fue a través del efecto bola de nieve propiciado por un informante que permitió el vínculo con un vecino, y de esa manera se fueron dando las entrevistas. Sin embargo, el proceso para llevar a cabo las entrevistas se vio postergado en varias ocasiones debido a peticiones de los informantes por cuestiones de salud, tiempos, salidas entre otros asuntos personales. En ese sentido, cabe destacar que la participación de los entrevistados fue variada respecto a la forma en que se fueron dando sus respuestas, para algunos casos el o la informante no permitían ahondar demasiado en sus respuestas, sin embargo, las mismas seguían siendo relevantes para la investigación. En ese sentido, los resultados propiamente y su análisis, cabe destacar la importancia que hubo entre la articulación de las entrevistas a profundidad y la observación no participante ya que permitió establecer un panorama amplio del barrio y sus habitantes.

A continuación, se presentará una descripción sobre el primer recorrido exploratorio que realizó para conocer el espacio y sus lugares, de tal forma que pueda servir de referencia al momento plantear el análisis de los resultados presentados para esta investigación.

La primera fase del trabajo de campo realizado para esta investigación consistió en la elaboración de un recorrido a pie, que, de forma general, permitiera establecer espacialmente el barrio en sí mismo, sus espacios, su adentro y su afuera, así como la identificación de elementos físicos, culturales, sociales, políticos o económicos que pudieran resaltar a la vista, de tal forma que abonaran

información pertinente para el trabajo. Para el recorrido se elaboró previamente una guía de observación con las categorías principales tomadas en cuenta para esta investigación.

En ese sentido, la guía de observación establece tres categorías principales como lo son: Cultura, Identidad y Territorio. A través de las cuales, se desglosan seis subcategorías relacionadas a ellas, tales son: Formas subjetivadas, Formas objetivadas, identidad, individual, identidad colectiva, Identidad Vecinal, pertenencia socio territorial y delimitación del espacio. Estas categorías sirvieron de referencia al momento de realizar el trabajo de campo, puesto que permitieron establecer parámetros generales para el entendimiento de la realidad presente, así como brindaron elementos base para la comprensión de categorías emergentes.

Partiendo de lo anterior, resulta pertinente describir, en un primer momento, la orientación que tuvo el recorrido de reconocimiento, así como sus hallazgos. En ese sentido, el barrio de San Francisquito, consisten en un conjunto de casas y calles que se encuentra cerca del Centro Histórico de Querétaro. Comúnmente se le reconoce por estar rodeado por avenidas principales que lo “encierra” y generan una delimitación del espacio. Dichas avenidas son, de norte a sur y en paralelo, Av. Zaragoza y Av. Constituyentes, y de forma perpendicular a las antes mencionadas, Calle Independencia, que se convierte en 21 de noviembre, en la parte sur y por la parte norte la Av. Luis Pasteur.

Un punto de referencia para poder ubicar el barrio es que se encuentra ubicado una calle después de la Alameda de Querétaro, y dos calles antes del famoso tanque de agua de la Av. Zaragoza. (Revisar imagen 1)

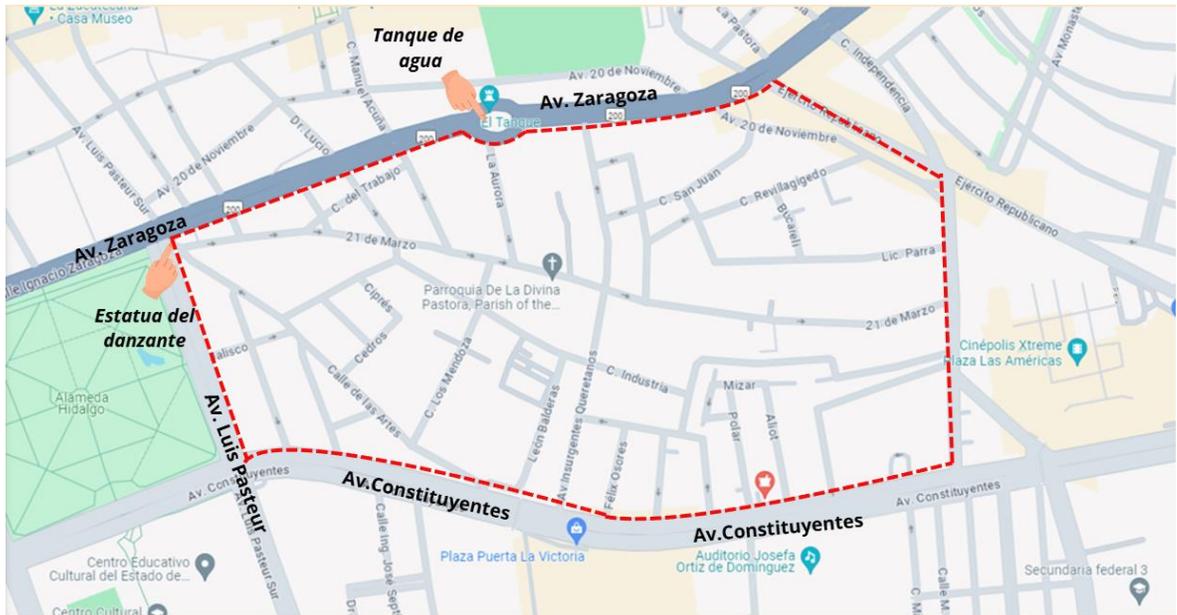


Imagen 1 – Delimitación del Barrio de San Francisquito, Querétaro. Elaboración propia.

El recorrido dio inicio en la “fuente del danzante”, la cual se encuentra entre la Av. Zaragoza y la Av. Luis Pasteur (Revisar figura 1). Dicha fuente es considerada por los habitantes como una entrada al barrio, puesto que la configuración espacial y el valor simbólico que tiene, la vuelven un referente al momento de ubicar al barrio.

Partiendo del punto antes mencionado, se procedió a explorar la parte exterior del barrio (véase figura 2) por la Av. Zaragoza, donde se caminó hasta la calle ejército republicano. Durante esta primera parte del recorrido, se pudo observar una tendencia en las edificaciones que dan la cara a esta avenida. Ya que en su mayoría se tratan de locales utilizados al comercio, particularmente destacando los oficios como el de la zapatería, costurera, estilista o barbero. Particularmente, se puede observar un comercio diferenciado de otros segmentos comerciales del centro de la ciudad, puesto que se tratan de comercios que parten de lo local y que en su mayoría se encuentran dirigidos por habitantes del barrio de San Francisquito. Así mismo, se pudo observar que casi todas las edificaciones se

conservan “originales”, respecto a que no se puede identificar que hayan sufrido modificaciones estructuralmente significativas.

Posteriormente el recorrido continuó hacia la calle ejército republicano hasta 21 de marzo (véase figura 2). De la misma manera, esta zona se caracterizó por contar con locales comerciales de diferente índole, como reparadora de electrodomésticos o venta de productos naturistas, sin embargo, los comercios eran en mucho menor medida. Para este punto ya se podían observar una cantidad más grandes de casas pertenecientes al barrio.

El recorrido continuó por la calle 21 de marzo, la cual conecta directamente con la entrada del barrio donde se encuentra la fuente del conchero. Cabe destacar que esta calle, junto con la calle Insurgentes Queretanos, tienen la particularidad de “dividir” al barrio en cuatro partes puesto que estas son las calles más prolongadas dentro de él y son consideradas como principales. Esta parte del recorrido consistió en bajar por 21 de marzo hasta Insurgentes Queretanos, para posteriormente doblar en sentido a Av. Zaragoza por la calle Insurgente Queretano y regresar nuevamente a 21 de marzo y bajar hasta la entrada donde se encuentra la fuente del conchero. Durante dicho recorrido se pudieron observar, en su mayoría, casas y alrededor de 3 vecindades ubicadas a lo largo de la calle 21 de marzo, habiendo de vez en cuando algunos comercios locales como tiendas o fruterías, así como otros oficios como el de la sastrería y la costurera, la reparación de electrodomésticos o la venta de comida. Así mismo, durante el recorrido se pudo destacar la presencia de una iglesia conocida como la Divina Pastora, donde se realizan diversas actividades de índole cultural y comunitario, lo cual se pudo distinguir a partir de un itinerario que se encontraba colgado a las afueras del lugar. Además, se pudo observar la presencia de diversos murales entre las calles, los cuales contenían temáticas políticas y de resistencia relacionadas a la lucha por el barrio, la lucha por el agua,

noviembre. Esta parte del recorrido resultó particularmente diferente al lado paralelo que se encuentra sobre Av. Zaragoza, ya que si bien había presencia de establecimientos comerciales, estos no eran locales, sino que eran establecimientos relacionados a la venta de vehículos motorizados de marca, la presencia de una escuela privada, o unas oficinas comerciales, así como bancos y una concesionaria de automóviles. Este recorrido brindó una sensación visual y espacial totalmente diferente a la zona de Av. Zaragoza, ya que, al contrario, parecía desencajar de la arquitectura del barrio mismo, los edificios eran totalmente nuevos, e incluso el pavimento de la calle es diferente y nuevo. Esto tomó particular notoriedad cuando se pudo observar que, de otro lado de la Av. Constituyentes, se encontraba la plaza comercial Puerta Victoria, la cual es una plaza nueva de gran tamaño que tiene gran densidad de clientes.

Particularmente este recorrido exploratorio permitió identificar las dimensiones espaciales del barrio dentro de la ciudad, sus calles principales (20 de noviembre e Insurgentes queretanos) y varias de las actividades que se desempeñan durante el día a día del barrio, como acudir a misa a ciertas horas, talleres que se realizan en las casas de la cultura o salir a la tienda más cercana a realizar el mandado. Así mismo, se pudo observar en un primer momento las dinámicas sociales que se presentan entre los habitantes, los horarios en los que algunos habitantes acuden a espacios como la iglesia, el jardín o a la tienda, la forma en que se reconocen y reconocen a otros a través del constante uso del saludo. Así como identificar instituciones importantes, como la religiosa, que son de gran peso para los habitantes del barrio.

Capítulo IV. Conocer el pasado para entender el presente

La ciudad de Querétaro logra concebirse a través de un proceso histórico relacionado con la época de la conquista cuyas interacciones derivaron en la configuración de diversos espacios dentro del territorio, algunos que logran persistir hasta la actualidad y otros que se han visto modificados con el paso de los años.

En ese sentido, Santiago de Querétaro fue fundada como ciudad en 1531 de la mano de un indígena chichimeca, que tras el proceso de evangelización dentro del territorio por parte de la Corona Española fue convertido al catolicismo bajo el nombre de Fernando de Tapia, convirtiéndose posteriormente en un poderoso Cacique⁶ de la región.

El nombre de la ciudad “Santiago de Querétaro” deriva de la lengua purépecha cuyo significado es “lugar de las piedras grandes”, en conjunción con el nombre del apóstol Santiago. Así mismo, parte de la historia que rodea a esta ciudad parte de una batalla que tuvo lugar en el entonces cerro del Sangremal, en lo que ahora se reconoce como el barrio de San Francisquito y “El tanque”. La batalla entre españoles y chichimecas, donde estos últimos en medio del calor de la batalla se detuvieron abruptamente al observar en el cielo ubicado en la parte superior del cerro, una cruz de gran tamaño y la imagen de Santiago Apóstol, para posteriormente rendirse ante los españoles. (Gobierno de México, 2019)

La historia de la ciudad de Querétaro se encuentra relacionada a diversos elementos socioeconómicos y políticos que la han configurado a través de los años hasta lo que conocemos hoy en día. Y es que, en un primer momento, la conformación de la ciudad se encontró atravesada por elementos naturales que propiciaron una división geográfica, a través de la cual, se articularon diferentes elementos culturales, sociales, políticos y económicos distinguibles. En ese sentido, García (2016) comenta que:

“La expansión de los ganaderos de la región resultó demasiado amplia provocando que se diera pie a desplazamientos de población indígena que en ese momento contaban con posesiones legales sobre la tierra de la cual estaban siendo desplazados; sumado a la codiciosa expansión ganadera, destacaba que las tierras en propiedad de los indígenas resultaban

⁶ - m. y f. Gobernante o jefe de una comunidad o pueblo de indígenas americanos.
- m. f. Persona que en un pueblo o comarca ejerce excesiva influencia en asuntos políticos.

sumamente atractivas por la gran calidad que tenía. Dicho proceso de expansión y desplazamiento propició que, a inicios del siglo XVII, Querétaro se encontrara dividido en dos tipos de asentamientos, por un lado, la parte central que estaba destinada a la población española, y por el otro, el espacio correspondiente al cerro del Sangremal, y lo que es en la actualidad el cerro de San Francisquito. (García, 2016)

Dicha división generó tensiones entre los habitantes debido a que los estilos de vida y los aspectos culturales eran contrastantes. A partir de estas tensiones, donde la prioridad del uso de las tierras (tanto como para trabajo como para habitar) recaía en los habitantes españoles que se dedicaban a la ganadería, fue que empezó a generarse un agrietamiento dentro del aspecto social del territorio, y es que se trataba de una diferenciación muy marcada donde parte de las políticas virreinales implicaban concentrar la población española hacia el centro de la ciudad y la población indígena era desplazada hacia las periferias.

Este fue solo el inicio del paulatino desplazamiento que sufrieron las poblaciones indígenas con el paso de los años, dado que en determinado momento la familia de los Tapia (Fernando y Diego –su hijo–), quienes habían alcanzado el reconocimiento real por parte de la corona española convirtiéndolos en la única familia indígena en calidad de cacique, y, por su puesto, en alcanzar dicho reconocimiento; tras la muerte de Diego de Tapia, la presencia y fuerza de los caciques indígenas se fue perdiendo por motivos relacionados al aumento del mestizaje y el aumento de figuras de origen español que empezaron a ser vanagloriadas y vistas como parte de la gloria de Querétaro. (García, 2016)

Fue este cambio en las dinámicas sociales y políticas que terminó de propiciar el desplazamiento de la población indígena a las “afueras” de la Ciudad de Querétaro, y no solo de este espacio, lo mismo ocurrió en otros municipios vecinos como San Juan de Río. (García, 2016) Así mismo, esta dinámica de desplazamiento permitió que hubiera un reforzamiento de los lazos étnicos entre toda la comunidad que fue desplazada del centro y que se iba asentando en las periferias de la ciudad.

“La corona española siguió una efectiva estrategia a fin de tener un control total sobre las tierras conquistadas y consolidar la posterior colonización. Dicha estrategia se fundamentó a partir de la traza urbana basada en las "Ordenanzas de pobladores", resultado de las experiencias europeas en la época medieval, que formalizaban el trazo y ocupación del suelo, siempre a partir de una plaza principal de forma cuadrada, donde las calles debían ser rectas y paralelas a sus costados.” (Moreno, 1994, pp.9)

Posteriormente, la nueva lógica productiva que se estableció en la ciudad (relacionada al comercio, la ganadería y los textiles) permitió el asentamiento de más obrajes y espacios destinados a las nuevas dinámicas comerciales permitiendo un crecimiento comercial de alto impacto.

“El crecimiento de los obrajes fue espectacular. En el siglo XVI solamente había uno, establecido aproximadamente en 1589. En 1640 había seis en el viejo pueblo indio de Querétaro, que ya respiraba los aires y giros de una ciudad española.” (García, 2016, p.119)

En relación con el contexto planteado anteriormente, resulta importante resaltar que mientras se gestaban estos cambios que culminarían por constituir enteramente la ciudad de Querétaro, en ese mismo plano, también se iniciaba la conformación de lo que hoy es uno de los barrios más antiguos de la ciudad: el barrio de San Francisquito. De acuerdo con Moreno (2018), entre 1531 y 1538 en el Cerro del Sangremal se inició una congregación de indios que lograron ocupar parte de la cuesta del cerro, así como la cima de este. (p.109) En una primera instancia, la ocupación de este cerro se concentraba en la cima, siendo un espacio al cual se relegaba a la población indígena o no española. Sin embargo, es hasta aproximadamente 1550 que, en la parte inferior del cerro, a partir de una reglamentación referente a la división de tierras, empieza a ser ocupada por

población española y caciques indígenas que se vieron beneficiados por esta repartición de tierras en pago a su servicio por su participación en la pacificación de la Gran Chichimeca. (Moreno, 2018, p. 110)

En ese sentido, cabe resaltar que la población indígena que se asentó en la parte alta o cima del cerro vivía en condiciones precarias; como asentamiento ubicado en las periferias del primer cuadro de lo que ahora es el Centro Histórico de la ciudad, los materiales que utilizaron para las construcciones de sus viviendas eran adobe y paja, construyeron entre los peñascos y rocas que conformaban la cima del Cerro del Sangremal. (Moreno, año, pp. 110) “Por la estructura del lugar, no contaban con agua, y a pesar de esta limitante, muchos artesanos utilizaban su habitación también como taller.” (p. 110)

La relación de este asentamiento con los frailes seráficos del Colegio de Propaganda Fide, dio a pie al nombre con el que hoy en día se le conoce al barrio. San Francisquito, surge de la intervención de dichos frailes en el asentamiento, con la finalidad de brindar atención espiritual a la población indígena del asentamiento, de tal forma que eventualmente tomaron cargo de la población, siendo así que decidieron erigir una capilla pequeña en devoción a San Francisco. Sin embargo, las poblaciones aledañas al asentamiento comenzaron a brindarle un nombre en diminutivo para poder diferenciarle de la capilla original de San Francisco⁷, de modo que se le reconoció como San Francisquito, nombre que perdura hasta la fecha.

Es necesario entender que, conforme al crecimiento de la ciudad, debido al incremento de la población, la integración de los habitantes fue incrementando, así como el crecimiento y relativo mejoramiento de la infraestructura de los caminos, calles, edificaciones y demás, de tal forma que lo que empezaron como caminos de terracería, techos de paja o edificaciones precarias, fueron adquiriendo un sentido más “urbano” con relación al crecimiento de la ciudad y la población.

Posteriormente, la configuración de la ciudad se fue adecuando en relación con el trazado de las calles. “Cuarteles” fue el nombre que se le brindó a una forma

⁷ El Templo de San Francisco de Asís se encuentra ubicado sobre la calle Corregidora a un costado del andador 5 de mayo, en el Centro Histórico de Querétaro.

de configurar y dividir la ciudad en ese entonces, cada cuartel no iba relacionado a un trazado recto, sino que basaban su delimitación con relación a las calles que, en ese entonces, muchas eran curvas. (Moreno, 2018, pp. 112) Dicha división se gestó en cuatro cuarteles, siendo el tercero de ellos el que incluía dentro de su traza al ya entonces barrio de San Francisquito. (Pp. 112)

“Este cuartel fue delimitado en el plano de las Ordenanzas de 1796, de la siguiente manera: Callejón de Diamante y calles del Desafío, Zonaja, Zorrillo, Culebra, y Estrecho (que actualmente corresponden a toda la calle de Ignacio Manuel Altamirano), Carrera de Callejas (actual Av. Constituyentes oriente); Carrera de la Tauromaquia y calle de Varias Mudanzas (actual A. Zaragoza, al costado Norte de la Alameda); 2ª Calle del Rastro (que Corresponde al crucero de Zaragoza con las calles. Benito Juárez Y Colón); Camino Real hasta la Garita del Pueblito también conocida como Garita de Celaya (tramo que corresponde a las calles de Madero hasta Ignacio Pérez, siguiendo por Pino Suarez hasta la altura de la colonia Niños Héroes, donde se encontraba la garita mencionada y continuaba el Camino Real que conducía al Bajío); el cuartel incluía también las calles del Quemadero, Grillos, Hoyos, Árbol de las Maravillas, Estampa de Santo Domingo, Águila, Rejas, Serafín, Malfajadas, Flor Alta y Cornelio (Correspondientes a las actuales avenidas de Ignacio Pérez, Pino Suarez e Independencia en dirección poniente a oriente)” (Moreno, 2018, pp. 112)

La llegada del agua potable a la ciudad queretana, entre 1735 y 1738, concurrió en la construcción de una considerable cantidad de fuentes en distintos espacios de la ciudad, entre ellos San Francisquito. (Moreno, 2018) “El barrio de San Francisquito tenía su fuente pública casi frente al templo de La Divina Pastora y se conoció por mucho tiempo con el nombre del barrio al que pertenecía.” (Moreno, 2018, pp. 113) Resulta importante entender las implicaciones de lo anteriormente mencionado, la integración paulatina de la población asentada en el

Cerro del Sangremal fue en incremento ante la expansión de la ciudad y el aumento de la población. El relativo acceso a ciertos servicios públicos fue dándose en relación con las distintas dinámicas sociales que se desempeñaban en ciertos espacios, un ejemplo de esto las aglomeraciones de mujeres que llegaban a las fuentes a lavar la ropa, convirtiéndose en un punto de reunión y socialización importante.

“El agua ha jugado un papel esencial para los vecinos: por los años cuarenta del siglo XX, la acarreaban o se iban a lavar o a bañar a la Acequia Honda, adonde llegaba el agua de La Cañada por un canal, y luego pasaba por los Arquitos. La acequia se encontraba en terrenos que hoy ocupa el centro comercial “Las Américas” y otros fraccionamientos cercanos.” (Moreno, 2018, pp. 128)

El paso del tiempo ayudó a definir de cierta forma la configuración del barrio de San Francisquito, el uso de senderos y caminos permitió establecer una idea en dicha configuración, de tal forma que poco a poco se fueron definiendo las calles que conformarían lo que hoy en día es el barrio. Las prácticas en ciertos espacios, así como eventos destacados, leyendas, personajes o fechas memorables, fueron elementos que se retomaron para fijar los nombres de las calles que los habitantes transitaban. (Moreno, 2018, pp. 118) En ese sentido, en año de 1796 se le atribuyó la tarea de elaborar un plano del barrio a Manuel Fernández, siendo este el primero de otros dos elaborados en 1844 y 1845, y plasmando al barrio y sus calles de la siguiente manera:

Subiendo por los terrenos de la Alameda hacia el sureste, se localizaba la Subida de San Francisquito y las calles de la Estrella, de la Aurora y Juno (que conforman las actuales calles de la Av. 21 de marzo). Perpendicular a estas calles se encontraba la Carrera de Callejas (hoy tramo de la Av.

Constituyentes, entre Pasteur e Insurgentes Queretanos, que bordeaban la loma en forma de medialuna). (Moreno, 2018, pp. 118)

Por otro lado, el plano correspondiente a 1844 indicaba lo siguiente:

se pueden ver las calles de la Aurora y Carrera del Acueducto, el Callejón de Don Juan y la Calle del Cuervo. Otras calles del rumbo eran: La Esmeralda, del Súchil, del Zorrillo, del Parque, de San Pedro y de Arizpe, que formaban parte de la rejilla, entre la actual Av. Zaragoza y 21 de marzo. (Moreno, 2018, pp. 118)

En el plano de 1845, elaborado por Néstor Montes plasmaba lo siguiente:

Observamos las Gran Carretera de Callejas y el Callejón del Cuervo, que desembocan en la Garita de México, para subir la loma del Sangremal por la Alameda, viniendo de la calle de la Tauromaquia, se pasaba por las calles de la Víscera y el Lobo, que continuaban por la Subida de San Francisquito; las calles de la Aurora y de Juno, desembocaban al Camino Real a México; y la calle de Insurgentes Queretanos, que actualmente reconocen los ancianos como calle del "Laberinto. (Moreno, 2018, pp. 119)

Las calles principales que se establecerían en el barrio servirían posteriormente para definirlo en espacio, puesto que a través de ellas se propició el crecimiento; crecimiento que quedarían enmarcado en relación con las avenidas principales de la ciudad. En ese sentido, ya en el siglo XX, empezaría las primeras movilizaciones migratorias que se asentarían en el barrio e incrementarían su población. Dichas movilizaciones se darían a partir de un cambio en el sistema ejidal que modificaría las condiciones de trabajo en el campo, lo cual, propiciaría la búsqueda de trabajo de muchos habitantes provenientes de lugares aledaños como: San Miguel Carrillo, Santa María Magdalena, Los Olvera, El Pueblito, así como de ranchos y comunidades cercanas. (Moreno, 2018, pp. 127) Lo anterior, solo sería el

comienzo de muchos otros procesos de migración que se fueron gestando hacia la Ciudad de Querétaro en relación con el crecimiento que fue teniendo la ciudad y las nuevas dinámicas socioeconómicas y procesos industriales que dieron inicio en el siglo XX.

En los años 80 y 90 del siglo XX, algunos vieron la oportunidad de vender sus casas y terrenos, y emigraron a las colonias de la periferia, por lo que se integraron nuevos vecinos al barrio, provenientes de varias partes de la República y aun del extranjero. (Moreno, 2018, pp. 127 - 128)

En ese sentido, el crecimiento de Querétaro se ha mantenido de forma paulatina en diferentes momentos de la historia llegando a convertirse en lo que conocemos en la actualidad. Para esto, se atravesó por un momento importante que es el que ha definido el crecimiento urbano de Querétaro en los últimos años; la llegada de la industria al estado queretano significó la oportunidad de entablar nuevas dinámicas socioeconómicas que influyeron en la expansión de la mancha urbana en relación con un fenómeno que se empezó a dar gracias a la nueva oferta laboral de Querétaro como un referente del bajío: la inmigración.

Capítulo V. La pertenencia socioterritorial en el barrio de San Francisquito

Para esta investigación se empleará el uso de tres categorías que permitirán delimitar los observables pertinentes para orientar el trabajo de campo y la obtención de datos. En ese sentido, la primera de las categorías se establece a partir del concepto de cultura, y se determina a través de las prácticas socioculturales, las cuales pueden ser entendidas a través de dos dimensiones. La primera corresponde a aquellas prácticas que destacan por ser una representación de la cultura y la identidad a través de instancias psíquicas como las creencias, las actitudes y la ideología, en relación con las representaciones sociales (formas subjetivadas). La segunda corresponde al mundo físico a través del cual se

manifiesta la cultura e identidad, por ejemplo, las prácticas, la vestimenta, la comida, las fiestas o las representaciones monumentales (formas objetivadas). Partiendo de lo anterior, se puede observar a través de las dinámicas o prácticas sociales, como lo pueden ser la asistencia a misa diaria o semanal, la organización de un mercadito interno, la organización para la fiesta patronal, reuniones vecinales periódicas, entre otras cosas, tienen un carácter rutinario que trasciende diversos momentos del día a día de los habitantes del barrio de San Francisquito, siendo así que el organizarse como individuo y como colectivo requiere estar reflexionando en diferentes momentos acerca de lo que se hará y de lo que se hizo.

La segunda de las categorías se encuentra definida a través del mismo concepto que la compone, la identidad. Así mismo, de dicha categoría se articulan tres dimensiones que permitieron orientar la observación y la recolección de la información. La identidad individual, la identidad colectiva y la identidad vecinal, a través de las cuales se pueden observar dinámicas sociales relacionadas a la tradición y/o los usos y costumbres, así como elementos físicos y simbólicos que propician un frontera física e imaginaria que permita distinguir entre los habitantes del barrio lo que está dentro y lo que está fuera. Dichas dinámicas sociales se establecen dentro de un marco de reconocimiento mutuo, y es precisamente a través de la danza conchera, las fiestas y el reconocimiento del barrio como territorio que se formulan dichas categorías.

Para la tercera categoría, se establecerá a partir del territorio como un elemento que tiene relevancia y se encuentra articulado a las dos anteriores, puesto que las implicaciones de la cultura y la identidad se encuentran relacionadas al territorio en cuanto a una forma de convertir el espacio en territorio a través de del reconocimiento de este, y de las prácticas socioculturales (fiestas patronales, danza conchera, mercadito cultural, etc.) que se desempeñan dentro de él, así como la forma en que se habita. En ese sentido, la pertenencia socio territorial y la delimitación del espacio sale a la luz a partir de las siguientes preguntas: ¿Cuáles son los límites del barrio? ¿De qué maneras física e imaginaria se construye el territorio en relación con lo que está dentro y lo que está afuera? ¿Los habitantes

reconocen las fronteras que delimitan el barrio?, ¿Qué zonas del barrio han cambiado más?, ¿Desde cuándo y a qué lo atribuyen? ¿Qué identifica al barrio (edificaciones, calles, su traza irregular, etc.) Estas interrogantes permitieron establecer un enfoque destinado a entender de qué manera es percibido el espacio y el significado o relevancia que este tiene para los habitantes del barrio o aquellos que no son del barrio, pero lo conocen por su presencia prolongada (trabajan ahí todo el día).

5.1 Las prácticas culturales (subjetivas y objetivadas)

Dentro de la categoría de Cultura, encontramos diversos elementos dentro de las entrevistas que nos permitieron establecer los puntos principales a través de los cuales se puede articular esta categoría. Como se mencionó en capítulos anteriores, Giménez (2016) propone la cultura como ese conjunto de símbolos y prácticas que dan sentido a una colectividad a través de su interacción. En ese sentido, a través de las entrevistas se pudo observar que, dentro del barrio de San Francisquito, una de las actividades cuya carga simbólica era amplia, y que tenía injerencia dentro del día a día de los habitantes y como se perciben como colectividad, era la danza conchera.

“Pues creo que el aspecto más característico es la danza de los concheros, resulta muy llamativa y se ha vuelto como un eje dentro del barrio.” (Abigail, 29 años)

San Francisquito es un barrio que a lo largo de los años se ha caracterizado por ser uno de los referentes de la danza conchera en el estado de Querétaro, y más aún de la ciudad y el centro histórico (debido a su cercanía). Todos los años, la fiesta de la Santa Cruz, que se realiza los días 12 al 15 de septiembre, aglutina en el templo de la Cruz y sus alrededores a cientos de danzantes de distintos lugares del estado, así como de la república. Sin embargo, el barrio de San Francisquito tiene como característica ser un punto de salida para todos y todas las danzantes del barrio. Dentro del barrio existen alrededor de 22 mesas de concheros, o también llamadas capitanías, relacionadas a una larga tradición familiar, cada una

cuenta con su “cuartel”, el cual, funciona como un espacio de organización y ensayo de danzas. Así mismo, existen familias dentro del barrio que, si bien no están vinculadas directamente a una mesa de concheros, ser danzante es parte de su tradición familiar, en algunos casos toda la familia continúa danzando hasta la fecha, en otros casos, solo algunos miembros siguen danzando, pero aquellos que no siguen inmersos dentro de la danza, asumen un papel de observador. El cual, se manifiesta de mayor forma los días de la fiesta que celebran hacia la Santa Cruz.

“De muy niña estuve en grupos de danza, pero solo fue en esa época después me salí porque dejó de gustarme. A la fecha disfruto de ver, pero no de participar como tal.” (Abigail, 29 años)

En ese sentido, la danza se convierte en un elemento que reúne a habitantes del barrio de diferentes maneras, ya sea directa o indirectamente, incentivando la participación y el involucramiento de los mismos habitantes en estas actividades. Tal es el caso de Rodolfo de 55 años, originario del barrio y que tiene más de 35 años dedicándose al oficio de la zapatería, cuyo local se encuentra sobre la Av. Zaragoza, entre la calle La Aurora y Manuel Acuña, el cual reconoce la importancia de las tradiciones dentro del barrio de San Francisquito, si bien en la actualidad no participa de manera activa dentro de ellas, disfruta de ser observador de lo que él reconoce como el principal elemento de identidad y cultura dentro del barrio, las danzas. Así mismo, comenta que hace algunos años participaba como “huehuetero” (persona encargada de tocar los tambores y llevar el ritmo durante la danza), mencionando también que es una labor bastante cansada pero muy gratificante, y la cual realizó durante 15 años.

Dos elementos que nos permiten ampliar el entendimiento sobre la Cultura son aquellos que Giménez (2021) plantea como las formas objetivadas y las formas interiorizadas, las cuales se establecieron dentro de la metodología, como dos subcategorías útiles al momento de hacer trabajo de campo. En ese sentido, dentro de la condición de formas objetivadas, se pudo observar dentro del barrio, diversos

elementos que se adecuaban a esta categoría; al interior del barrio, se encuentran diversos espacios y elementos que con el paso de los años han adquirido una relevancia significativa para los habitantes, siendo así que son identificados por los habitantes como lugares o cosas referenciales en su día a día. Partiendo de lo anterior, existen dentro del barrio, la llamada “fuente del conchero” y la pila de los Dolores, la primera de ellas es visualmente identificable porque se representa para los habitantes del barrio la “entrada” al mismo, siendo también un punto de referencia para encuentros al momento de salir con alguien o como elemento de ubicación espacial. Así mismo, Braulio, quién si bien no es un habitante originario del barrio, es un miembro activo de la danza conchera y participante de la Asamblea vecinal por el nombramiento de barrio indígena, comenta que dicha fuente tiene una particular historia puesto que menciona que hace algunos años (poco más de diez) esa fuente no era la representación de un danzante, sino que se trataba de un “colonizador español”. Sin embargo, habitantes del barrio, incluido él, se organizaron para pedir que se retirara dicha estatua, dicha organización vecinal propició el diálogo con agentes del gobierno, los cuales solicitaron a los habitantes seleccionar alguno elemento que fuera considerado más relevante a modo de sustituir la fuente, los habitantes que participaron eligieron a un danzante conchero puesto que para ellos era algo mucho más representativo del barrio. En ese sentido, esta situación nos habla nos muestra un poco de la capacidad organizativa que puede llegar a tener la gente del barrio, así como de la capacidad de interlocución con el gobierno.

En el caso de la pila de los Dolores, se trata de una fuente que en la actualidad no se encuentra en funcionamiento. Sin embargo, continúa siendo un referente espacial e histórico para los habitantes del barrio, sobre todo para los que son originarios puesto que comentan que es de aproximadamente antes de los años cincuenta, y todavía en esa época se encontraba en funcionamiento. De hecho, la pila a la fecha tiene el desgaste en sus bordes por la forma en que se recargaban las cubetas para sacar agua de ella.

Otro de los elementos espaciales y referenciales dentro del barrio, es ubicado como el jardín Bucareli, el cual, se encuentra al norte del barrio y que, durante los años setenta, casi ochentas, era mejor conocido como “el llanito”. Doña Carmelita (65 años), comenta que se le llamaba así porque era un espacio de terracería que era utilizado como un espacio recreativo donde los niños iban a jugar, pero, sobre todo, iban a jugar fútbol. Carmelita comenta que ella solía jugar ahí cuando era niña y que, con el paso del tiempo y la llegada de más habitantes al barrio, fue un espacio que decidieron modificar hasta convertirlo en un Jardín. Dicho jardín, hoy conocido como Bucareli, funciona como un espacio con jardineras y bancas debajo de los árboles que se utiliza como punto de reunión o como espacio para realizar actividades vecinales, como el juntarse a realizar novenarios, así mismo es un referente para los habitantes al momento de ubicarse dentro del barrio.

Así mismo, otro referente simbólico para los habitantes del barrio tiene por nombre la parroquia de la Divina Pastora. Esta iglesia que se encuentra ubicada justo en el centro del barrio es un referente importante para los habitantes puesto que esta iglesia se mantiene en funcionamiento desde hace más de setenta años y es un espacio al que acuden muchos de los habitantes del barrio para profesar su religión católica, acudiendo a misa todos los domingos o actividades propuestas por la iglesia, como círculos de oración, misas u organización para elaborar donaciones, ya sea de comida o ropa. Por lo tanto, resulta un espacio de suma importancia para los habitantes del barrio.

“Bueno, mira, yo en lo personal, acá mi mamá y mi papá eran muy devotos de la Cruz, de la Santa Cruz de los Milagros, y la mayoría de las veces íbamos a misa allá, pero como aquí tenemos la parroquia de la Divina Pastora fuimos bautizados aquí en la parroquia, agarramos nuestra parroquia y fuimos bautizados aquí” [...] Yo casi a la parroquia tendré, no te miento, así como que de asistir a la parroquia así ya bien, bien, como no, unos 25 años, si, unos 25 años que empecé a asistir más asiduamente a la parroquia” (Imelda, 57 años, Cocinera. 14 de marzo de 2024)

De acuerdo con Don Rodolfo, el zapatero, el día 8 de septiembre se realiza dentro del barrio la que es reconocida como la fiesta patronal (práctica objetivada) principal, la cual es referente a la Divina Pastora, debido a la parroquia que tiene en su nombre dentro del barrio. Así mismo, comenta que esta iglesia adquiere su nombre en referencia a la Virgen María, la cual es madre del Buen pastor, el cual tiene su iglesia “allá por la cruz”, “y su mamá la Divina Pastora se encuentra acá en el barrio.”

Como se puede observar, existen referentes espaciales y físicos que se pueden entender como formas objetivadas de la cultura. Sin embargo, otro elemento que adquiere su significación a partir de lo físico y práctico se encuentra en la indumentaria danzante, el proceso mediante el cual se realizan los trajes que utilizan para ir a danzar el 13 de septiembre, es un proceso meticuloso y largo, puesto que en él se impregna parte de la identidad conchera y la identidad individual de cada participante, dando a cada traje una personalidad única.

“Es que es dependiendo, máximo lo tienes que hacer como tres meses antes o si no hasta más, dependiendo de qué tan elaborado es el vestuario, , ya tienes que ir pensando cómo lo quieres, entonces por ejemplo si lo quieres pintado, o sea máximo lo tienes que estar haciendo como en junio, julio, o sea para que en julio quede y que julio, agosto y parte de septiembre se esté pintando, porque si, la mayoría es pintado a mano, entonces todos los trazos tú los dibujas, toda la pintura tú lo tienes que hacer, si es entresacado es un poquito más caro, un poquito más trabajoso, porque igual el entresacado son como varias capas de tela y las tienen que coser de acuerdo al diseño que tú quieres, ir sacando tela por tela hasta sacar el color de la tela que tú quieres, entonces es un poquito más complejo y se tiene que hacer como en mayo para que para que la costura se esté terminando en julio y ya julio, agosto y parte de septiembre hacer tu entresacado.” (Cecilia, 19 años)

Si bien la indumentaria no es algo que se porte todos los días, las implicaciones que tiene su proceso de realización, así como la relevancia que tiene

para los habitantes que participan en las danzas, la hacen un elemento significativo en el día a día de cada uno de ellos. Como mencionó Don Miguel Martínez, que es capitán de una mesa de concheros, en una oportunidad que se tuvo para platicar con él, la vestimenta no solo es algo que se prepara para verse bien en las fechas de danza, sino que involucra una selección de elementos significativos para cada uno y que referencian a momentos de su vida personal, su identidad y las cosas que uno considera importante, así como las tradiciones y las creencias que se arraigan a uno por generaciones.

Dentro del aspecto de las formas interiorizadas de la cultura, existe un elemento sumamente relevante mediante el cual se les pudo observar al momento de hacer trabajo de campo, la religión católica. Si bien, la danza conchera es un elemento referente importante para los habitantes del barrio, a través del cual se constituyen muchas de sus prácticas o creencias, este mismo surge a raíz de la internalización de la religión católica existente en el barrio. La presencia de la religión es algo que se ha mantenido de forma continua entre los habitantes del barrio, sobre todo aquellos que son originarios del barrio y llevan toda su vida viviendo en él. Muchas las prácticas y/o actividades familiares, colectivas o individuales se encuentran atravesadas por la religión y el compromiso, mayor o menor, con la iglesia y sus celebraciones.

“los jueves siempre están los de la hora santa en la iglesia y los martes y los sábados van la señora de las flores, Y por ejemplo siempre afuera de la iglesia se ponen como las señoras con gorditas y los domingos, por ejemplo, yo que tengo memoria era salir, entrar a la misa de 10 y salir e ir por los tacos de barbacoa en frente de la iglesia o por ejemplo el chocomilk afuera de la iglesia. Entonces este tipo de cosas como que todavía pues yo las veo en mi familia como muy presentes. Y por ejemplo cuando son las fiestas desde el novenario, yo me acuerdo, o sea que estaba muy chiquita, que era llegar de la escuela, comer e irnos al rosario, después del rosario nos quedamos a la semana cultural y, por ejemplo, ya cuando era como ya los tres días fuertes que son seis, siete, ocho, Por ejemplo, el seis era llegar de

la escuela, comer, ayudar un rato en hacer este en forrar los gallos y después ir al rosario y después estar en la semana cultura”. (Cecilia, 19 años)

Como se puede leer en el párrafo anterior, la religión es algo que forma parte de los habitantes, más allá de la danza conchera. Si bien, estos se encuentran articulados, la mayor parte de los habitantes que no están directamente relacionados con la danza, lo están con el compromiso que les requiere su fe católica. Esto se puede ver reflejado en el funcionamiento de la iglesia dentro del barrio, como un elemento que concentra una gran cantidad de habitantes en los diversos horarios y días en los que se celebran las misas, o que tiene abiertas sus puertas casi todos los días a la espera de aquellos que buscan un acercamiento más personal con su fe.

En ese sentido, la relación de los habitantes con la iglesia se ha construido de manera ambivalente, ya que es a través de esta institución que los vecinos organizan diversas de las festividades que tienen en su calendario patronal. El vínculo habitante-iglesia-Padre, este último refiriendo a la persona que es asignada al espacio de la iglesia para dirigirla y celebrar las misas, constituye un elemento fundamental en la articulación de Cultura -Identidad - Territorio, ya que como se ha mencionado en párrafos anteriores, la iglesia es un es una institución que continúa vigente en el barrio, y que presenta como un fuerte referente de los habitantes, sobre todo aquellos que llevan más tiempo viviendo en él.

Cabe destacar, que, si bien existen referentes culturales que resaltan mucho dentro del barrio, también existen que pueden considerarse menos visibles pero que están presentes y que parten de la misma relación Cultura - Identidad - Territorio, y que compartidos entre los habitantes del barrio alimentan la articulación de los conceptos antes mencionado. En ese sentido, el Carnaval Deportivo y Recreativo, en conjunto con el Festival de la Primavera son celebraciones que se realizan el día 17 de marzo, y que concentran a los habitantes del barrio en una kermés donde se realizan diferentes actividades, desde venta de alimentos hasta actividades en familia, así como la selección de una “Reina de la Primavera”, y actividades

deportivas como fútbol para diferentes edades. Así mismo, otra de las actividades que destacan en este festival, se encuentra en el espectáculo de lucha libre que brindan alumnos y profesionales de lucha libre originarios del barrio. Este espectáculo concentra a gran parte de los asistentes para disfrutar de él. Así mismo, los organizadores de dicho evento comentan que se trata de una escuela de lucha libre que cuenta con más de 30 años en el barrio, y aunque es abierta a todo público, la mayoría de los alumnos son habitantes del barrio. En ese sentido, la lucha libre tiene un gran significado para los habitantes más grandes del barrio, es un símbolo de la disciplina y el profesionalismo que se llega a transmitir por generaciones teniendo exponentes de todas las edades, puesto que en algunas familias se ha convertido un elemento reconocido por parte de los habitantes del barrio. Sin embargo, a pesar de que dentro de las actividades del 17 de marzo es una de las que tiene más relevancia en el aspecto de la observación, no se trata de una actividad que hagan propiamente, disfrutan observarla, pero son poco aquellos que lo vuelven parte de su vida. En ese sentido, resulta significativa para los habitantes al momento de apreciarla, puesto que con el paso de los años se ha vuelto un referente más de las actividades que se realizan en las festividades de marzo.

Como se ha podido comentar, el aspecto cultural que envuelve al barrio es diverso, teniendo referentes más o menos relevantes, pero que contienen un grado de significación importante para las personas que habitan el barrio. En ese sentido, la misma articulación conceptual planteada en capítulos anteriores, nos lleva a entender la forma en que se sitúa la identidad de los habitantes del barrio y a través de qué elementos.

5.2 La Identidad (colectiva y vecinal)

Como ya se ha mencionado en capítulos anteriores, la identidad está fuertemente articulada a la cultura, son conceptos que se entrelazan al momento de hablar de individuos y colectividades con prácticas y actividades particulares, a las cuales, les confieren significación y trascienden el espacio y la individualidad. En ese sentido, mucha de la identidad individual de los habitantes entrevistados está relacionada a

dos elementos, algunas veces uno presente con más fuerza que el otro; uno que es el vínculo religioso, el cual, se transfiere a partir de la educación familiar y se convierte en un elemento cotidiano para los habitantes, y el otro elemento que se encuentra asociado a su relación continua como habitantes del barrio y el espacio que habitan. Esta característica se encuentra mucho más presente en los habitantes que son originarios del barrio o que tienen muchos años viviendo en el barrio. Mucho tiene que ver la forma en cómo se los habitantes del barrio perciben las tradiciones de este, la participación directa o como observador, generan un vínculo que da pie a una conformación de la identidad a partir de lo que viven las personas y la forma consideran ampliar su participación.

“-Y ya, por último, señor, ¿usted se siente identificado con el barrio?”

-Si (Sonriente)

- ¿Le gusta? ¿Si usted me tuviera que describir al barrio, cómo lo describiría?

-Es un barrio muy bonito, como lo vuelvo a comentar, que son las tradiciones que uno ha vivido aquí durante muchos años. Yo como les comento, bueno, de tener esos años ya desde el 72 hasta ahorita, lógico que se siente uno parte, y yo soy del barrio de Santa Rosa de Viterbo, ahí nací, ahí fue mi casa. Pero aquí me la vivo todo el día, todo el día”. (Entrevista con Benjamín, mecánico de 70 años)

Tal es el caso mostrado en el fragmento de entrevista anterior, Don Benjamín es un mecánico de motocicletas que se encuentra sobre Av. Zaragoza, en la esquina de la calle Dr. Lucio. Como tal él no vive dentro del barrio, sino que su casa se encuentra en la zona cercana al templo de Santa Rosa de Viterbo, sin embargo, tiene su taller desde hace, más o menos, cincuenta años, y como él comenta, pasa la mayor parte del día en él. Su cercanía con el barrio ha hecho que sea reconocido por los habitantes, así como también ha propiciado su interacción con las fiestas y

la danza, logrando que se genere un vínculo que le permite identificarse como parte del barrio de San Francisquito.

Por otro lado, como se ha podido observar, la relevancia de la danza en los habitantes del barrio es algo que se encuentra presente en distintas dimensiones, desde lo externo hasta lo más interno. Sin embargo, es a través de las capitanías de danzantes, su vínculo generacional y su dedicación a la danza, que se logra constituir una identidad colectiva que abraza el ser indígena y ser danzante. Elementos que buscan combinarse con una perspectiva de recuperación de tradiciones arraigadas a significado e importancia del maíz y el agua, así como prácticas comunitarias y de recuperación del espacio habitado en un sentido comunitario y compartido.

El referente anterior, ha constituido una perspectiva que diversos habitantes del barrio (tanto aquellos que se dedican de lleno a la danza, como aquellos que no) han querido contener y dirigir para brindarle un significado que pueda servir para el reconocimiento del barrio, siendo así que se realizó la organización, de una parte, de los habitantes, para buscar el nombramiento de barrio indígena en el barrio de San Francisquito. Dicha organización atiende a una conformación y reforzamiento de la identidad colectiva que surge a partir de uno de los elementos referenciales del barrio, la danza conchera, la cual mencionan es parte importante y se compone a partir de diversas tradiciones de origen indígena y que, para ellos, se constituye en las prácticas que realizan en su día a día.

La danza conchera es un elemento que atraviesa de diferentes formas a los habitantes del barrio de San Francisquito, ya sea por práctica, discurso o referencia. Y es que dentro de la mayoría de las personas a las que se pudieron entrevistar, o con aquellas que se logró charlar, la danza conchera ha sido un elemento referencial importante dentro de su vida. Sobre todo, dentro de las familias originarias, como los Aguilar, donde la danza es un elemento da sentido a su identidad como habitante del barrio de San Francisquito, así como de danzante; la asistencia a los ensayos, la elaboración de la vestimenta, la convivencia y las enseñanzas acerca de la importancia de cosas como el maíz, el agua y el cuidado de la tierra y el territorio,

son elementos que propician el arraigo y la construcción de la identidad dentro de cada habitante.

La danza se involucra en diferentes dimensiones de la vida personal de los habitantes, puesto que se encuentra presente de diferentes maneras, no solo para el que la práctica, sino también para aquel cuyos familiares, amigos o conocidos son danzantes. El barrio, siendo referente en cuanto a la danza conchera, no pasa desapercibido al momento de llevar a cabo sus fiestas correspondientes, todos los habitantes de San Francisquito reconocen la danza como un elemento que es parte del barrio. No importa si no se encuentran directamente relacionados a esta tradición, cada habitante logra reconocer la danza como un referente que pertenece al barrio.

Así mismo, dentro del barrio se puede observar, más allá de la danza conchera y retomando la perspectiva del habitante que pertenece al barrio de San Francisquito, que existe una noción vecinal de organización, identificación y cuidados. Por un lado, la presencia de alguien externo al barrio resulta destacable en tanto que muchas de las personas que habitan el barrio, son capaces de reconocer al extraño que llega a transitar sus espacios, así como reconocen a muchos de los habitantes que recorren su cotidianidad, hecho que se puede observar en la forma en que transitan las calles y la mayor parte del tiempo saludan a alguien o alguien los saluda. Existe una constante actividad de reconocimiento, sobre todo en los días que concentran más habitantes en algún espacio, como puede ser los domingos después de misa, donde al salir, la gente intercambia saludos y charlas breves, al continuar con su transitar, saludan a la persona de la tiendita o la persona que vende fruta los saluda. Así mismo, la persona de la tiendita, la que vende comida en la noche, el zapatero, la costurera, o incluso la persona en situación de calle que recorre continuamente las calles del barrio y es reconocido y, a veces, ayudado por los mismos habitantes. Por otro lado, sobresale la organización vecinal que surge a partir de ciertas fechas como la navidad y sus posadas, donde se llegan a organizar por calle para comer y compartir con los vecinos que gusten participar. Dicha organización toma iniciativa del tipo de relación

que hay entre los vecinos de una misma calle, la cual, varía entre calle y calle, siendo de esta forma que existen diferentes personas encargadas de la organización, ya sea por calle o sector. En este caso, Verónica, quien es originaria del barrio y es costurera desde alrededor de 20 años, es la encargada de organizar la posada de su calle, aprovechando de que varios de sus clientes son sus vecinos, realiza las invitaciones personalmente, así como integrando a aquellos que gusten participar. Gran parte de la organización va relacionada a comprar piñatas o dulces para los aguinaldos, así como

“No, nada más mi calle. Y pido apoyo y esto, lo otro, yo nada más pues cierran la calle... yo de mi dinero, hice mis aguinaldos y a la gente que me cooperó le di su aguinaldito, pobremente si tú quieres, pero fue la intención. Hice unos monederitos y la gente dijo “Ay, gracias Vero” y anda la gente feliz y diciendo qué bonito monederito.” (Verónica, 45 años)

Así mismo, un comentario recurrente de varios de los habitantes entrevistados era referente a la percepción que tienen ellos sobre el barrio y sus habitantes, una característica que pudiera enmarcarlos de manera general, siendo la unidad y solidaridad, lo que ellos identificaban como una característica del barrio y sus habitantes.

“- ¿Qué es lo que más le gusta del barrio?
-Su gente. Sí, son solidarias siempre.
- ¿son muy unidos?
- Sí, como barrio sí.” (Benjamín, 70 años)

Por otro lado, existen otro tipo de actividades que de igual manera implican la participación de habitantes del barrio, y que surgen mediante su vínculo y asistencia a la iglesia, dichas actividades se piensan desde lo comunitario a modo de brindar espacios de dispersión, recreación y apoyo. Así mismo, hubo una

referencia constante entre los habitantes, al evocar los comentarios sobre unidad y solidaridad, el intento por parte de Gobierno del Estado por modificar la Av. Zaragoza y convertirlo en el “Eje Zaragoza”, con la finalidad de ampliar carriles e insertar paradas de camión, teniendo como consecuencia la tala de árboles y la modificación del espacio correspondiente al barrio de San Francisquito y el Centro Histórico. Sin duda, esta situación que surgió en el año 2019 propició la organización de muchos de los habitantes del barrio de San Francisquito con el afán de evitar que se realizaran estas modificaciones, puesto que a pesar de que Gobierno del Estado vendiera la propuesta como algo que resultaría en “beneficio” del desarrollo urbano de la Ciudad, poco se hablaba de las implicaciones que esto tendría sobre los espacios, el comercio local y la naturaleza presente en los mismos. En ese sentido, es importante señalar que la organización de los habitantes del barrio permitió posponer y pensar la obra en cuestión, esto debido a la capacidad organizativa y a la fortaleza de su convicción como habitantes defensores de su territorio. Es por eso, que el discurso sobre la unidad y solidaridad de los habitantes cobra sentido al momento de ser usado como un adjetivo que utilizan los mismos habitantes para describirse.

“Hay en la iglesia hay una, se llama Cáritas parroquial, ahí tengo yo ya trabajando como unos 20 años. Entonces ahí lo que se hace pues es... el barrio apoya, porque eso sí, el barrio es muy solidario, eso sí es bien importante con aquí en el que todos nos apoyan de una u otra manera, aunque no nos conozcamos, porque a lo mejor con la gente que viene que ya no conocemos, pero aún esa gente como que la jalamos y nos apoya, no la jalamos de jalar así no, sino de ven, ven ellos que pues aquel, aquella viejita o aquel viejito dice aquí están \$20, ellos también dicen pues aquí están \$100. Entonces eso es como motivación. Y yo digo que eso es importante porque no somos malos, no somos malos los del barrio, le digo, pero pues esos malos que han venido nos quieren apantallar, pero no lo han logrado, como dicen, hay más buenos que malos.” (María del Carmen, 75 años)

Una parte relevante de lo que se puede leer en el fragmento de entrevista anterior, recae en lo que se puede entender como una percepción que se ha

generado sobre el barrio a lo largo de los años. El barrio como un lugar reconocido de la Ciudad de Querétaro, ha sido relevante a lo largo de los años, en parte, como espacio “inseguro”; muchas de las notas periodísticas de los últimos 10 años, que refieren al barrio, se encuentran relacionadas a la violencia o inseguridad que se encuentra dentro del barrio. Si bien no se trata de un caso aislado, la percepción que se ha generado dentro de los habitantes más antiguos de la ciudad ha sido de peligro e inseguridad. En ese sentido, esta percepción se ha manejado como un secreto a voces donde las personas van asumiendo el discurso sobre el barrio y se crea un estigma. De esta forma es que, dentro del discurso social, por llamarlo así, el barrio es puesto como un espacio de riesgo, como un elemento diferenciador de la ciudad en el cual se plasman situaciones de inseguridad y riesgo.

Lo anterior resulta relevante por las implicaciones que tiene esta percepción sobre los habitantes del barrio. Si bien dentro de la mayoría de las entrevistas y pláticas que se pudieron obtener dentro del trabajo de campo, los habitantes entrevistados planteaban al barrio como un lugar seguro, también ellos mismos reconocían este estigma que se le ha conferido al barrio, saben sobre la percepción que se tiene del barrio y entienden por qué se le ha dado.

De lo anterior, deriva una situación que resulta curiosa, puesto que ellos desde su posicionamiento como habitantes del barrio, asumen que los espacios en los que se desempeña su día a día son seguros, el barrio es seguro para ellos. Sin embargo, también existe un reconocimiento de que, para la gente externa (los fuereños), el barrio no es un lugar seguro porque identifican y reconocen cada uno de los elementos que generan inseguridad dentro del barrio. En ese sentido, se trata de una especie de “complicidad” donde, mientras las barreras de su día a día dentro del barrio no sean transgredidas por las situaciones de riesgo que se presentan por ciertas actividades en el barrio, los habitantes lo entienden como un espacio seguro para ellos mismos.

- ¿Considera que el barrio es seguro o inseguro?

“Seguro, Bueno, yo al menos con nadie me meto y nadie se mete conmigo. Y si he escuchado de gente que dice "no te metas, ahí es inseguro" pero, no, también me ayuda que yo soy del barrio, pero no, no tengo problema con nadie. Pero hay gente que dice "no, si te asaltan" pero pues si pasas a las doce de la noche todo temeroso de que te asalten pues sí. Yo camino con la seguridad de que no me va a pasar nada, bueno yo soy así, pero me puede pasar, pero no.” (Verónica, 45 años)

En caso del Sr. Gonzalo de 63 años, comenta que, si bien es un barrio tranquilo, “tiene su fama” respecto a la inseguridad que hay. Y es que Gonzalo menciona que él logra identificar diferentes aspectos que hacen al barrio inseguro. Por un lado, menciona la existencia de casas de citas, donde ponen a trabajar a mujeres y ahí las tienen. Así mismo, comenta que esas mismas personas que se dedican o que dirigen las casas de citas, se dedican también a vender droga. Esta misma actividad, comenta, que también es realizada en otros espacios, sobre todo en algunas vecindades que son reconocidas como espacios peligrosos. Así mismo, comenta que, si bien existen este tipo de actividades dentro del barrio, ya no es igual de inseguro como lo era antes puesto que, todavía al momento de su llegada al barrio, existían conflictos entre pandillas dentro del barrio, por lo cual resultaba aún más inseguro.

Otro punto relevante al momento de entender cómo se articula la identidad de los habitantes del barrio de San Francisquito tiene que ver con la noción de lo vecinal. Esta noción se construye en relación con la forma en que los habitantes interactúan entre sí en su día a día, ya sea como vecinos cercanos, en encuentros al momento de acudir a la tienda del barrio, a la carnicería, a reuniones con otros vecinos, o de encontrarse en espacios como el jardín o la iglesia cada cierto tiempo de manera paulatina; les permite reconocerse como habitantes de un mismo espacio. Si bien la interacción puede ser más allá de lo visual, el hecho del encuentro constante en los mismos espacios genera un reconocimiento del otro a partir del cual se gestan relaciones y el espacio habitado adquiere significado.

Este tipo de interacciones, si bien pueden desbocar en relaciones más entrañables, también pueden mantenerse en un estado de reconocimiento, de ubicar al otro que vive en el mismo espacio. En general no se puede hablar de una dinámica homogénea entre todas las personas que habitan el barrio, el proceso de reconocimiento se entabla en ciertos espacios y en muchos casos se limita a la cercanía. Sin embargo, algo que se puede retomar de varias de las charlas y entrevistas, es el discurso acerca de la unidad del barrio que por un lado atiende al sentido general de la interacción, la convivencia y la participación en actividades relacionadas a la iglesia o la fiesta patronal; también atiende a un sentido de organización ante los momentos de necesidad, donde impera la identidad vecinal y la pertenencia.

- Y en el sentido ¿considerar que la gente de aquí del barrio es unida?

- Digo que sí, sí, este, a lo mejor sí tenemos discusiones, pero cuando se necesita así, porque bueno, en lo personal, la gente que vamos a misa, el padre pide el apoyo y se ha dado y gracias a Dios han salido muchos sacerdotes de aquí, de este barrio, muchos, muchos sacerdotes y les decían bueno, va a ser este, el cantamisa de tal padre, entonces alguien que si gusta venir a apoyar y ayudar, o hasta los de las carnicerías, que dar 1 kg de carnitas, entonces también, también apoyan así, dicen pues a los no te doy 1 kg, te doy medio puerco. En esas cantamisas ha habido que algunos que ponen, dan carnitas, otros que las cazuelas de arroz y todo eso, entonces ahí se ve... (Imelda, 57 años)

Otro ejemplo que ayuda a esclarecer lo antes explicado se puede retomar de una situación que sucedió en año 2019, donde a partir del anuncio por parte de gobierno sobre la construcción de un nuevo eje vial para el transporte público sobre la Av. Zaragoza, los habitantes del barrio de San Francisquito se organizaron para manifestarse e impedir que estas obras fueran realizadas, ya que estas

representaban una amenaza para los habitantes y sus espacios como casas y comercios. En ese sentido, dicha organización vecinal logró detener el proyecto vial dejando un precedente que hasta la fecha es un referente para los vecinos al momento de hablar de la unidad y colaboración entre los habitantes del barrio.

De acuerdo con lo anterior, la construcción de la identidad se logra gestar a través de la forma en que las personas viven como habitantes del barrio y la forma en que perciben a los demás dentro del mismo. Esto tiene implicaciones sobre la percepción de las actividades que se desempeñan en el barrio y la forma en que las personas se familiarizan con ellas. En ese sentido, la seguridad y la percepción que se tiene de ella por parte de los habitantes del barrio es un aspecto que destaca debido a los diferentes comentarios que surgen de las entrevistas, las charlas informales y la experiencia propia.

Durante la aplicación de las entrevistas, así como la realización de las charlas informales, uno de los elementos que logró destacar constantemente en la mayoría de los habitantes con los que se pudo conversar, fue la cuestión de la seguridad dentro del barrio y la percepción que tienen de ella en términos generales y personales. De manera general, la mayoría de los habitantes entiende que el barrio en sí mismo, carga con un estigma por parte de las personas que no pertenecen al barrio, el cual, parte de la noción de que el barrio es un espacio inseguro, un espacio en el que han sucedido y continúan sucediendo situaciones de riesgo como asaltos, narcomenudeo y violencia.

Resulta interesante que dentro del discurso que manejaron los habitantes entrevistados, se entiende que exista esta percepción del barrio puesto que en años pasados eran recurrentes las situaciones de riesgo y violencia dentro del mismo; las peleas de pandillas, los asaltados, los conflictos con la policía eran situaciones comunes para los habitantes. Sin embargo, como comenta el Sr. Rodolfo (55 años), fueron situaciones que fueron mermando con el paso de los años, y en la actualidad ya no es común que eso pase en las calles del barrio. Sin embargo, existen calles que, para los habitantes, continúan siendo particularmente de cuidado, como la calle Dr. Lucio, la cual comentan es mejor no transitarla de noche. En ese sentido, el Sr.

Rodolfo (55 años) comenta que el barrio si puede seguir siendo un espacio peligro para aquellas personas ajenas al barrio, y que deciden transitar por calles que no conocen. Sin embargo, comenta que también se trata de una cuestión más del tipo de “vestimenta y actitud”, puesto que si uno recorre las calles del barrio con una vestimenta ostentosa y una actitud “soberbia” es más propenso a que se coloque en una situación de riesgo.

Esta percepción que se tiene acerca de la seguridad destaca con relación a situaciones particulares del barrio, y que dentro de los discursos de los entrevistados podrían parecer hasta contradictorio. Si bien las personas entrevistadas comentan que el barrio es un espacio seguro, esta seguridad refiere a un aspecto fundamental de ellos como habitantes, puesto que ese sentimiento de seguridad es otorgado por su condición de habitante (originario o de muchos años) del barrio.

“- Oye, y volviendo un poco a lo que mencionabas sobre la inseguridad ¿cómo lo percibes ahorita en este momento?

- Fíjate que sí hubo un momento que... ahorita ya no... tal vez antes sí se veía como mucho, o sea, sí se veía como esta parte de que se vendía ahí como todo tipo ¿no? Pero ahorita como yo lo percibo como más tranquilo, o sea, literalmente como llegas a las 3:00 a.m., y únicamente está solo, o sea, no hay como barrio, no hay como estas personas, pero, o sea, está solo. Creo que es lo que les causa seguridad a las personas, porque está muy solo.”
(Cecilia, 19 años)

La mayoría de los entrevistados consideran el barrio como un espacio seguro, por el cual se puede transitar tranquilamente. Sin embargo, fueron solo algunos los que reconocieron que esta seguridad se debe principalmente a que son habitantes del barrio. Así mismo, otro elemento de esta percepción sobre la seguridad, que contrasta con lo mencionado anteriormente, es que a pesar de que logran ver al barrio como un lugar seguro, todos los entrevistados logran identificar perfectamente los lugares, las actividades y a las personas que comente actos

ilícitos dentro del barrio. Desde la trata de personas, hasta la venta de drogas, los habitantes del barrio de San Francisquito entienden estas situaciones como parte del lugar que habitan. No se trata de una total indiferencia ante lo que sucede en el barrio, ya que se trata de situaciones que han sido denunciadas en varios momentos, pero reconocen que se trata de un problema que resulta difícil de tratar debido a que aquellos que son los encargados de todas estas actividades delictivas “tienen sus conectes” con diversos personajes de la política y de las autoridades policiales.

“- ¿Consideras al barrio como un lugar seguro o inseguro?

- Mmm para mí que vivo ahí, me resulta un tanto seguro puesto que me conocen o me ubican, saben que mi mamá es la que vende comida en la noche y de cierta forma conozco los espacios por los que no he de andar en la noche. Pero creo que para una persona externa del barrio puede resultar un tanto inseguro puesto uno si puede identificar en ciertos espacios a grupitos que están tomando o drogándose y eso pues genera inseguridad. También yo conozco espacios donde se da la trata de personas, que es ahí en estas casas de citas que hay por el barrio, de hecho, hay una como a cinco casas de la mía, también se vende droga en algunas vecindades. Y todos sabemos quiénes son los que mueven esos asuntos, pero pues no decimos nada porque si ha tocado que han ido a intimidar a algunas personas o porque cuando se han reportado y llega la policía, pues son conocidos.”
(Abigail, 29 años)”

Lo anterior refleja un aspecto importante de la seguridad del barrio y la percepción que se tiene de él a través de los habitantes de este. Si bien se logran identificar todas las situaciones que generan inseguridad dentro del barrio, los habitantes reconocen que para ellos como habitantes no hay implicaciones mayores, mientras no les genere una situación directa de riesgo. Sin embargo, a algunos habitantes les fue fácil reconocer que uno de los grandes motivos por los cuales existen estas actividades delictivas dentro del barrio, es debido a los grandes

flujos de personas que migran al estado queretano. El discurso de la otredad se utiliza como un común denominador que refiere al incremento de actividades delictivas o inseguridad de los espacios; lejos de tener implicaciones reales dentro de las dinámicas sociales del barrio, la otredad funciona como un elemento explicación ante los acontecimientos que son considerados como no “propios de la gente del barrio”, generando una respuesta negativa a los procesos migratorios que acontecen en la ciudad.

Otra de las dimensiones que surgieron al momento de realizar la investigación y el trabajo de campo, refiere a la relevancia que tiene la religión en la vida de los habitantes del barrio. Si bien no tiene una consideración homogénea para todos los habitantes del barrio, la religión sigue siendo una constante en los diferentes procesos sociales y tradicionales de muchos de los habitantes del barrio; aquellos quienes son originarios, establecen rutinas relacionadas al momento en que se realizan misas en la parroquia del barrio. Así mismo, la actividad antes mencionada conlleva a un tipo de socialización familiar cuyas implicaciones se reflejan en costumbres familiares que atraviesan diferentes generaciones. El hecho de acudir a misa en alguno de los días en los que se realiza las eucaristías tiende a relacionarse a un momento de convivencia familiar, donde después de la misa se aprovecha el momento para salir a pasear o consumir alimentos afuera de la iglesia, en los puestos de comida que se colocan sobre la calle para aquellos que van a reunirse a la parroquia.

“-Y respecto a las tradiciones que hay en el barrio, las que usted logra identificar, en las que ha participado ¿qué opina acerca de ellas?

- Bueno, mira, yo en lo personal, acá mi mamá y mi papá eran muy devotos de la Cruz, de la Santa Cruz de los Milagros, y la mayoría de las veces íbamos a misa allá, a misa, pero como aquí tenemos en la parroquia de la Divina Pastora, por lo tanto, si fuimos bautizados aquí en la parroquia, agarramos nuestra parroquia y fuimos bautizados aquí en la parroquia, pero para ir a misa y casi todas las festividades era irnos a ir a la cruz. Yo casi a

la parroquia tendré, no te miento, así como que de asistir a la parroquia así ya bien, bien, como unos 25 años que empecé a asistir más asiduamente a la parroquia...” (Imelda, 57 años)

La iglesia y la religión católica continúan siendo un referente para muchos de los habitantes del barrio de San Francisquito, y justamente esta dimensión religiosa encuentra su articulación con uno de los referentes culturales significativos del barrio, la danza conchera. En referencia a los habitantes del barrio que no practican la danza, su movilización durante las fechas de la fiesta de la Santa Cruz, se encuentra relacionada a la ceremonia religiosa en conjunto con la danza conchera, y es justo en estas fechas donde se logra apreciar la mayor articulación entre dos de las dimensiones que logran referenciar al barrio como un espacio de significación, tradición y cultura.

Como se ha podido leer en párrafos anteriores, si bien la religión católica tiene una fuerte articulación con la danza conchera, no se define a través de ella, sino que se trata de un elemento que se articula con la vida personal de las personas que habitan el barrio. La asistencia a misa los domingos, las actividades parroquiales, la organización para la fiesta patronal, la costumbre de rezar en casa a ciertas horas, pedir por aquellos a quienes aprecian, tener imágenes, altares a los cuales se les prenden veladoras, son dinámicas que se encuentran relacionadas a la religión y que son parte importante de los habitantes del barrio, sobre todo de los más grandes, quienes continúan realizando dichas actividades y buscan inculcarlas a las generaciones más jóvenes.

5.3 El territorio (Fronteras – físicas y simbólicas, lugares importantes y espacio)

Dentro de la dimensión relacionada al territorio, se partió de tres subcategorías (Fronteras físicas y simbólicas, Espacio vivido, Lugares importantes) que permitieron establecer las nociones pertinentes para entender los discursos de los

entrevistados, la pertenencia socio territorial y la delimitación del espacio. Partiendo de lo anterior, existe un pleno reconocimiento del espacio por parte de los habitantes que son originarios del barrio, el reconocimiento de las calles y los lugares representativos es algo presente en sus discursos (espacio vivido o practicado), ya que a pesar de que algunos tengan patrones en sus actividades del día a día, debido a su tipo de trabajo, ellos y ellas reconocen e identifican los espacios que transitan, así como los que no.

Algo muy presente dentro de los discursos de los habitantes entrevistados, y aquellos con los que se pudo charlar, fue la forma en que el barrio se encuentra “dividido” por sectores, estos sectores se encuentran relacionados a la forma en que está distribuido el barrio, siendo que las calles principales (Insurgentes Queretanos y 21 de marzo) generan dentro de la traza del barrio una división en cuatro apartados. Dichos apartados han sido retomados para entenderlos como sectores (uno, dos, tres y cuatro), y es la forma en que muchos de los habitantes ubican el espacio del barrio. Sin embargo, la razón por la cual se entiende el barrio de esta manera, y la forma en por qué se hizo de esa manera, es desconocida para la mayoría.

Dentro de este aspecto, el Sr. Rodolfo “El Zapatero” reconoce perfectamente los límites que constituyen al barrio, los cuales se conforman por avenidas como Zaragoza y Constituyentes, y calles como Pasteur y 20 de noviembre. Así mismo, reconoce la división por sectores que tiene el barrio, y comenta que es debido a un aspecto organizacional por parte de la iglesia para el momento en que realizan actividades, comenta que si bien ya tiene muchos años (más de treinta), no sabe de una fecha exacta en la cual se haya establecido esta división. También comenta de forma repentina que dicha división ha tomado tintes políticos debido a los vínculos que se han generado por parte de personas del barrio con personajes políticos del gobierno en turno, generándose acuerdos para que haya presencia partidista dentro de algunos de los eventos más populares del barrio a cambio de favores económicos (si bien es una situación que no es comprobable como tal, comenta Don Rodolfo que se trata de un secreto a voces). Así mismo, esta división ha servido

en un aspecto organizacional al momento en que se brindan apoyos como los de las despensas proporcionadas por el gobierno.

Por otro lado, considera que el barrio se encuentra bien delimitado respecto a otras partes de la ciudad. Sin embargo, también comenta que el barrio es un espacio que se quedó en el centro mientras la ciudad ha seguido creciendo, y, por lo tanto, corre el riesgo de desaparecer en algún momento puesto que el crecimiento de la ciudad tiene implicaciones relacionadas a forma en que se concibe el barrio, generando que se “pierda” en la ciudad. Dicha declaración se encuentra muy relacionada a la forma en que los habitantes perciben el espacio que habitan, y la forma que son conscientes del crecimiento de la ciudad en los últimos años. Parte de lo que comentó el Sr. Rodolfo es importante puesto que el crecimiento de la ciudad y los proyectos viales cercanos al barrio, son algo que él considera como algo que puede desdibujar las fronteras del barrio, haciendo que se convierta en “algo más” de la ciudad, dejando de ser el Barrio de San Francisquito.

Así mismo, Don Gonzalo (sastre), comenta que conoce bastante bien los límites y las calles conforman y representan al barrio, (comentando así las av. Principales que rodean al barrio: Zaragoza, constituyentes, Pasteur y 20 de noviembre) así como las calles principales del barrio que son 21 de marzo e Insurgentes Queretanos. De tal forma que considera como algo importante que los habitantes conozcan sus límites territoriales, puesto que este reconocimiento del espacio en el que se habita resulta fundamental para entender la identidad y la forma en que uno interactúa con el espacio.

En ese sentido, los habitantes originarios o con más años viviendo dentro del barrio, tienen muy presente los espacios, calles, y lugares que conforman al barrio. La forma en que llevan su día a día, recorriendo calles para ir a comprar diferentes tipos de artículos de consumo, así como las actividades que desempeñan, como asistir a misa, visitar a algún familiar o vecino, las festividades que se llevan a cabo en diferentes lugares del barrio; son una forma de concientizar el espacio que habitan, así como su relación con el mismo. Por otro lado, entre los habitantes que tienen menos tiempo viviendo en el barrio, destaca que la forma en que se

relacionan con el espacio tiene que ver mucho con las actividades que desempeñan, si bien reconocen (porque han escuchado) ciertos espacios del barrio, sucede que su reconocimiento está ligado solo a las calles que transitan diariamente. Tal es el caso de Ana (33 años) quien tiene aproximadamente 8 años viviendo en el barrio. Sin embargo, el espacio reconocido se encuentra limitado a la rutina que tiene en relación con su trabajo, la cual, implica salir temprano a trabajar y regresar en la noche a descansar.

“- ¿Y referente al tiempo que lleva aquí, ha logrado como identificar que existan dentro del barrio a lo mejor divisiones o que esté delimitado, digamos que se puede distinguir dónde es el barrio de San Francisco y dónde no?

-Pues no, la verdad no, porque como básicamente soy del trabajo a la casa, de la casa al trabajo, entonces no salgo y pues no me he dado quizás la oportunidad de conocer un poco más, entonces quizás eso me ha faltado, salir, conocer un poco más.

- ¿Qué partes conoces de aquí?

-Pues básicamente nada más lo que es la calle 21 de marzo, Manuel Acuña, son pues como son las calles que tránsito por ellas, entonces son las que conozco, pues sé que están a sus alrededores, por ejemplo, este, la Aurora o algunas otras calles, pero no las he transitado.”

Dentro del aspecto de la pertenencia socioterritorial, se pueden articular las nociones de cultura e identidad relacionadas al habitar y a las prácticas que se realizan dentro del barrio, y es precisamente de esa forma en que se genera el vínculo con el espacio habitado, y el arraigo al mismo.

“Pues en parte ya se volvió, pues no mi casa porque no tengo una casa como tal, pero en parte sí porque es donde habito ya, ya me arraigué un poco aquí, un poco al barrio. De hecho, pues la idea de cambiarme, de decir me voy a otra colonia, otro barrio, pues no me pasa por la mente, entonces como que,

pues todo ya como que, pues ya nos hicimos uno de cierta manera, entonces cambiar de lugar como que pues no. Entonces al final de cuentas volvemos a lo mismo, si uno se va, pues le quedan bonitos recuerdos de este lugar, de sus calles, de la gente, entonces pues definitivamente como que se siente uno a gusto también aquí”. (Ana, 33 años)

En ese sentido, como se mencionaba anteriormente, el aspecto de las tradiciones y la forma en que se habita el espacio tiene una relevancia ya que es a través de la memoria que se constituye también un arraigo al espacio y lo convierte en territorio. Las prácticas colectivas trascienden las generaciones a través de los años y se convierten en tradiciones, que apelan a la memoria y la significación de aquellos que las viven y las recuerdan.

“-¿qué cosas del barrio te gustan más?
- Creo que a mí siempre me ha gustado septiembre, septiembre sí me gusta mucho por todas las fiestas y creo que desde agosto, como a finales de agosto me gusta mucho, porque yo recuerdo que cuando estaba chiquita era un domingo literal entero, irnos a Hércules a decirle que desayunábamos allá, que íbamos a cortar el carrizo, justamente porque nosotros, o sea, vamos hasta cortar el carrizo, traerlo, vamos a comer, nos quedamos ahí, pelamos el carrizo, entonces creo que desde agosto me gusta mucho y en septiembre pues creo que el gallo, el gallo me gusta mucho. Y también en noviembre, antes se caracterizaba mucho en que en las calles se hacía un altar de muertos, por todos los muertos de ahí de la calle, entonces era muy bonito como pasar y ver como las fotos y como recordar a estas personas, pero sin duda el siete y ocho de septiembre”. (Cecilia, 19 años)

La forma en que se crean rutinas en el día a día, relacionadas a las actividades que desempeñan como ir a trabajar, realizar actividades de recreación o actividades religiosas, tienen influencia en la percepción espacial de los

habitantes, que, al momento de recorrerlo diariamente, logran reconocer el espacio observar sus cambios, y establecer un vínculo que genera arraigo al espacio.

“Bueno, es que mira, yo en lo personal, aunque sea de aquí del barrio de San Francisco, vamos a decirlo así, tengo mi ruta de que voy, compro en la mañana, voy, compro mi masa, compro mi carne, me regreso, yo ya como esta hora, te digo, a lo mucho es que, si exponen el Santísimo, voy y ya ahí estoy”. (Imelda, 57 años).

La forma en que los habitantes recorren el barrio, lo observan al caminar, desempeñan diferentes actividades en él, hace que se genere un vínculo, el cual, permite entender el barrio como un elemento que forma parte de la vida de las personas. Existe un reconocimiento que le brinda a la persona que vive dentro del barrio, un sentido de pertenencia hacia el espacio que habita, volviéndose parte importante de su identidad, de su cultura y de la forma en que se relaciona con otras personas.

Capítulo VI. Conclusiones

Es pertinente comentar que el alcance logrado por esta investigación, por cuestiones de tiempo, factibilidad y seguridad, no logra profundizar completamente en las dimensiones planteadas en capítulos anteriores. Sin embargo, si permite dar cuenta de elementos relevantes que permiten el entendimiento de dichas dimensiones y su articulación, siendo así que se deja trazado el camino para que se pueda dar continuidad en futuras investigaciones.

El barrio de San Francisquito es un referente histórico importante para la Ciudad de Querétaro que ha servido para visibilizar a la Ciudad en sí misma, con su dinamismo y su capacidad de heterogeneidad en función de diversos elementos como lo social, cultural, identitario, económico y político. Si bien no todos los procesos de crecimiento y transformación que ha tenido la ciudad tienen una relación directa o estrecha con el barrio, si se puede hablar de implicaciones que

han fortalecido, de cierta manera, las dinámicas socioculturales que hoy vuelven al barrio un referente importante de la danza conchera, el territorio y la identidad.

Empezando por el barrio como referente, es una noción que se ha transformado con el paso de los años, si bien históricamente el barrio es reconocido espacialmente, al paso del tiempo la significación de este espacio ha cambiado. La danza conchera ha logrado tomar fuerza en relación con los planes gubernamentales de turismo, lo cual, ha permitido un crecimiento exponencial en cuanto a visibilidad que se le da a esta tradición. Sin embargo, años atrás, e incluso a la fecha, pero ahora con menor visibilidad, el barrio era reconocido como un espacio peligroso, al cual, resultaba riesgoso ingresar si no vivías en él. En ese sentido, ha habido una transformación paulatina en la perspectiva que se tiene del barrio, lo cual no quiere decir que ya no existan problemáticas dentro del barrio, pero sí que la imagen de este se ha asentado en las tradiciones que conserva como un elemento comercial de recuperación de la memoria. Esto evidentemente con sus condiciones particulares referentes a un crecimiento urbano que busca sacar beneficio de todo aquello que pueda resultar atractivo.

En relación con lo anterior, resulta importante entender que el crecimiento de la Ciudad de Querétaro ha sido rápido en los últimos años, esto ha generado cambios en la configuración de la ciudad, adquiriendo un enfoque más industrial, por un lado, pero a su vez un enfoque hacia el turismo que ha fortalecido el gobierno a través de la idea de “recuperar las tradiciones”. Esta relación entre una ciudad en crecimiento y un barrio que resiste y lucha por sus tradiciones, enmarca la importancia de los estudios socioculturales y urbanos, puesto que la presencia de la articulación Cultura – Identidad – Territorio continúa siendo una parte esencial para entender a los colectivos humanos que habitan un espacio, y más aún, un espacio urbano.

Siguiendo lo planteado en esta tesis a partir de la pregunta de investigación que se planteó al inicio, es importante entender de primer momento que San Francisquito es un barrio el cual se configura a través de un proceso histórico que lo posiciona como uno de los barrios más antiguos de la ciudad de Querétaro. Existe

un proceso sociocultural, que hasta la fecha sigue en transformación, y que ha logrado establecer una memoria colectiva respecto a las tradiciones del barrio que cada vez adquieren mayor relevancia, tanto dentro como fuera de él. En ese sentido, esta memoria se construye a partir, primeramente, de la conservación de las tradiciones y costumbres, así como de la relación generacional que existe entre los viejos y los jóvenes. Las y los bisabuelos, las y los abuelos, son uno de los vehículos que permite la trasmisión de conocimientos y la historia a otros miembros de la familia. Siendo así que, a pesar de que pueda debilitarse el vínculo con las tradiciones y la historia, aún quedan prácticas, valores y creencias que mantienen la memoria viva, de tal forma que esta puede ser recuperada y fortalecida por otros.

Este ejercicio de fortalecimiento se nutre a partir de la repetición de ciertas actividades o dinámicas que permiten retomar parte del por qué se realizan y por qué es importante hacerlo. En ese sentido, el ámbito religioso sigue teniendo un referente entre los habitantes del barrio, si bien tiene un fuerte vínculo con la danza conchera (como elemento de la religiosidad popular), la creencia particular en la iglesia católica aún se encuentra presente en la rutina diaria de muchas de las personas del barrio. Por otro lado, la danza conchera, si bien es parte de un sistema de creencias de la gente originaria del barrio de San Francisquito, logra objetivarse a través de diferentes prácticas como lo es la danza en sí misma, la fabricación del vestuario, el ritual previo y posterior, los murales, las imágenes o los monumentos, mostrándonos que existe una amplia representación de la tradición conchera arraigada al barrio. En ese sentido, efectivamente existen elementos culturales dentro del barrio que permiten fortalecer la articulación de identidad, cultura y territorio.

En relación con el territorio, existen elementos del espacio físico que permiten la configuración del barrio a partir, por ejemplo, de las avenidas y calles principales que lo conforman. Esta demarcación física del barrio es más evidente para aquellos que son habitantes de este, puesto que existe un reconocimiento continuo por parte de ellos al momento de recorrerlo constantemente como parte de su rutina diaria. Esto por su parte, permite a los habitantes del barrio definir los espacio, lugares y

límites del barrio. Como ya se ha mencionado en capítulos anteriores, existe una configuración a través de la cual los habitantes del barrio identifican el espacio que habitan, las avenidas Zaragoza y Constituyentes, así como las calles de Pasteur, Ejercito Republicano y 20 de noviembre, se constituyen como los límites que disponen al barrio dentro de la ciudad, y a través de los cuales los mismos habitantes reconocen espacialmente al barrio. Así mismo, existe un sentido organizacional y de ubicación que funciona a partir de la división por sectores que tiene el barrio; ya sea a grandes rasgos o de forma muy específica, los habitantes del barrio plantean una división de cuatro sectores, a partir de la cual los habitantes se organizan para ciertas actividades como las fiestas patronales. Así mismo, les permite ubicar de manera espacial la configuración del barrio en relación con la zona (dentro del mismo) en la que viven.

Resulta importante entender que para los habitantes del barrio es muy fácil identificar los espacios, las calles y los límites que conforman San Francisquito; en el caso de los habitantes originarios o de aquellos que tienen más tiempo en el barrio, las actividades que desempeñan, así como la cantidad de tiempo en que han habitado dicho lugar, les permite referenciar el espacio de manera detallada y generar un vínculo con el lugar. Este no es un vínculo exclusivo para aquellos que son originarios del barrio, si bien son ellos los que permiten que dicho vínculo siga existiendo, es una relación que requiere tiempo; aquellos que son más nuevos en el barrio generan un vínculo en proporción al tiempo en que vivan y la forma en que se van involucrando con las distintas actividades, lugares y espacios del barrio. No se trata de una condición obligada, pero si es un elemento que influye en las personas y su forma de percibir el espacio que habitan.

Así mismo, la condición de “habitante del barrio” es un elemento significativo en relación a la pertenencia puesto que las implicaciones de esta transcurren más allá del ámbito sociocultural y se aplican en un sentido de territorio, el ser del barrio, independientemente de su participación en ciertas actividades o la idiosincrasia de cada persona, el hecho de vivir dentro del barrio les brinda una condición de

pertenencia asociada a, por ejemplo, la percepción de la seguridad y la forma en que como habitantes se sienten relativamente seguros dentro del barrio.

A través de los anteriores párrafos, podemos identificar qué elementos han contribuido a la construcción de la pertenencia socio territorial y los elementos identitarios que hoy identifican al barrio de San Francisquito, con relación al fuerte proceso de urbanización de la ciudad de Querétaro. En ese sentido, el reconocimiento y fortalecimiento de las tradiciones y costumbres por parte de habitantes del barrio, ha permitido retomar elemento de la identidad barrial que fortalecen la perspectiva que tienen los habitantes de sí mismo y del barrio en el que habitan. Aunque no se trata de un trabajo que se haga de la noche a la mañana, y que incluso al momento de estar escribiendo esta conclusión continúa en desarrollo, resulta importante entender que se mantiene por la voluntad y la constante construcción, por el deseo de pertenecer.

Si bien el barrio de San Francisquito es un lugar que a través de la experiencia y la historia ha podido fortalecer los elementos socioculturales que hoy lo destacan, esto no ha sido un proceso corto y homogéneo; el crecimiento de la ciudad ha traído consigo una considerable actividad de inmigración a todos los puntos de la ciudad, entre ellos San Francisquito, y es evidente que aun cuando existen personas originarias habitando el barrio, generaciones de jóvenes que continúan cultivando las costumbre y tradiciones, y procesos que buscan reforzar la identidad barrial; también existen personas cuyas perspectivas sobre lo que debería ser la relación del barrio con la ciudad, y el barrio en sí mismo, difieren de estos procesos. En ese sentido, resulta relevante entender el dinamismo con el que los habitantes del barrio abordan este tipo de situaciones y procesos, porque no se trata de una fase sociocultural a la cual es importante atender, sino que también se trata de visibilizar todo el panorama en el cual se desenvuelven los habitantes en cuestiones sociales, políticas y económicas. No sólo es un barrio en el cual destacan una cultura, es un barrio en el que se desenvuelven todo tipo de situaciones que van más allá del aspecto sociocultural y que generan que no siembre haya una opinión o visión compartida. Sin embargo, es por conducto de esto anterior que las

relaciones sociales dentro del barrio tienden a estar en constante movimiento, permitiendo dotar de cierta vitalidad al barrio y generando escenarios de reacción, lucha, organización, pertenencia, solidaridad y resistencia.

Bibliografía

Augé, Marc. (1998). Los no lugares, espacios del anonimato: una antropología de la sobremodernidad (4. ed edición). Gedisa. ISBN 84-7432-459-9.

Agüero Rodríguez, I. (7 de octubre de 2021) El Tepe: de barrio tradicional a barrio “mágico”. ZonaDocs. <https://www.zonadocs.mx/2021/10/07/el-tepe-de-barrio-tradicional-a-barrio-magico/>

Casgrain, A.; y Janoschka, M. (2013) Gentrificación y resistencia en las ciudades latinoamericanas. El ejemplo de Santiago de Chile Andamios. Revista de Investigación Social, vol. 10, núm. 22, mayo-agosto, 2013, pp. 19-44 Universidad Autónoma de la Ciudad de México Distrito Federal, México.

Durán Segura, Luis A. (2010). Identidad barrial y producción axiológica: un estudio sobre el barrio Santa Cecilia, Ciudad Colón. Cuadernos de Antropología, No. 20.

Eugenia, G. U. M. (2016). *Querétaro: Historia breve*. Fondo de Cultura Económica.

Flores, Julia Isabel y Vania Salles (2001). Arraigos, apegos e identidades: un acercamiento a la pertenencia socio territorial en Xochimilco. En María Ana Portal (coord.), *Vivir la diversidad, identidades y cultura en dos contextos urbanos de México* (pp. 63-11). México: UAM y Conacyt.

Giménez G. (2016). *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*. ITESO - Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.

Giménez, G. (2021), *Teoría y análisis de la cultura: volumen I* / G. Giménez; pról. de A. Fábregas Puig; presen. de J.A. Mac Gregor Campuzano. - Guadalajara, México: ITESO: Universidad de Guadalajara; México: Universidad

Iberoamericana Ciudad de México; Puebla, México: Universidad Iberoamericana, Puebla, 2021. 483 P.

Gobierno de México (8 de septiembre de 2022) Barrios Mágicos, nuevo programa de Sectur. <https://www.gob.mx/sectur/prensa/barrios-magicos-de-mexico-nuevo-programa-de-sectur?idiom=es-MX>

Gobierno de México (s.f.) *Data México*. <https://www.gob.mx/que-es-gobmx>

Gobierno de México (2019) *Dirección de patrimonio mundial* https://patrimoniomundialmexico.inah.gob.mx/publico/lista_detalle.php?idLista=Mjc=

González Carvajal, María L. (2008). “El barrio son los vecinos” Cultura e identidad en los procesos de urbanización de villas. Algunas reflexiones sobre el barrio Carlos Gardel. V Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata.

Halbwachs, M., (1990). Espacio y memoria colectiva. *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, III (9), 11-40.

Hurtado-Peña, Diana D., Bautista-Roa, Milton, A., Bohórquez-Aunta, Rafael, R., (2020) “Entre la trama y la urdimbre”: Memoria, sentidos e identidades. Editores. Tunja: Ediciones USTA, Universidad de Santo Tomás, Colombia.

Icazuriaga Montes, C. y Osorio Franco, Lorena E (2007). La relación periferia-centro en la ciudad de Querétaro mediante las prácticas de movilidad y consumo. *Alteridades* [online]. 2007, vol.17, n.33 [citado 2023-02-28], pp.21-41. Disponible en: <http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-70172007000100003&lng=es&nrm=iso>. ISSN 2448-850X.

Irene, V. (2019). *Estrategias de Investigación Cualitativa*. Gedisa.

Janoschka, M., Sequera, J. (2014) Procesos de gentrificación y desplazamientos en América Latina, una perspectiva comparativista, en *Desafíos metropolitanos. Un Diálogo entre Europa y América Latina*, Juan José Michelini (ed.), pp. 82-104. Catarata. Madrid. ISBN 978-84-8319-887-2

Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI de España Editores, S. A. Príncipe de Vergara, 78. 28006 Madrid, España.

Lees, Loreta, Tom Slater y Elvin Wily (2008), *Gentrification*, Routledge-Taylor & Francis Group, Nueva York, 310 pp., isbn: d-415-95037-b.

Moreno Olvera, Sandra G. (2019). *La tradición de la danza como símbolo identitario del Barrio de San Francisquito en la Ciudad de Querétaro* (tesis). Universidad Autónoma de Querétaro, Querétaro

Nóbile, C., & Sader, A. (2011). La identidad después de la gentrificación. *Anales de Investigación en Arquitectura*, 1(1), 49-60.
<https://doi.org/10.18861/ania.2011.1.1.3047>

Osorio Franco, Lorena E. (2020). *Etnografía de un pueblo urbano*. Tirant lo Blanch Humanidades y Universidad Autónoma de Querétaro.

Osorio Franco, Lorena E. (2013) *Jurica, un pueblo que la ciudad alcanzó, la construcción de la pertenencia socio territorial*. Universidad Autónoma de Querétaro. Miguel Ángel Porrúa.

Osorio Franco, Lorena Erika. (2015). *La urbanización del modo de vida: cambios territoriales y culturales de una población a la que le llegó la ciudad, el caso de Santa Rosa Jáuregui, Querétaro*. Universidad Autónoma de Querétaro.

Pérez Álvarez, A., (2013). ESE BARRIO VALE PLATA ... ¡¡ PERO NO ESTÁ A LA VENTA!! IMAGINARIOS URBANOS EN EL BARRIO GETSEMANÍ EN CARTAGENA DE INDIAS. *Tabula Rasa*, (18), 257-274.

Podestá C., Paola Un acercamiento al concepto de cultura, *Journal of Economics, Finance and Administrative Science*, vol. 11, núm. 21, diciembre, 2006, pp. 25- 39 Universidad ESAN Surco, Perú

Peralta Martínez, C., (2009). Etnografía y métodos etnográficos. Análisis. *Revista Colombiana de Humanidades*, (74), 33-52.

Philibert, E. y Hernández Amador, N. (2006) *Cuatro visiones de Querétaro en Cuadernos de Arquitectura y Nuevo Urbanismo* (pp. 19 – 27)

Rossi, A. (S/F), *Arquitectura de la Ciudad*.

Safa, Barraza, P. (2001). *Vecinos y vecindarios en la Ciudad de México: Un Estudio sobre la construcción de las identidades vecinales en Coyoacán, D.F.* CIESAS; M.A. Porrúa.

Secretaría de Desarrollo Sustentable. (19 de enero de 2023). Anuario económico 2022. <https://www.queretaro.gob.mx/sedesu/contenido.aspx?q=0P7NpleTMww3HR5p8WDNH+uEt5B3ifl94/GBSxbgl7w=>

Silva, Armando (2006), *Imaginarios Urbanos*. Bogotá y Sao Paulo: cultura y comunicación urbana en América Latina. Tercer Mundo Editores, Bogotá.

Suárez Egizabal, M. (2003) Interrelación entre la identidad de barrio y la identidad personal. *Zainak*. 24, pp. 787-802

- Tapia Barría, Verónica. (2015). ¿De qué hablamos cuando hablamos de barrio? Trayectoria del concepto de barrio y apuntes para su problematización. *Revista Antropología s del Sur*, (Nº3), 121-135. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/6756902.pdf>
- Tarrés, M. L. (2014). *Observar, escuchar y comprender: Sobre la tradición cualitativa en la investigación social*. El Colegio de México; FLACSO México.
- Ugarte García, Marta E. (2016) Querétaro, Historia breve. Fondo de Cultura Económica.
- Valera, S., & Pol, E. (n.d.). El concepto de identidad social urbana: Una aproximación entre la Psicología social y la Psicología Ambiental la Psicología Social y la psicología ambiental. Barcelona; Universidad de Barcelona.
- Verga, José L.; Bado, Mónica S.; Forzinetti, María E., Identidades y sentido de pertenencia barrial respecto a los límites administrativos vigentes. Caso Villa Luro, Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales - Universidad Nacional de Jujuy, núm. 48, 2015, pp. 29-49, Universidad Nacional de Jujuy, Argentina.